

NARRATIVA

Colección Almuerzo Desnudo

Piel adentro

Marco Xavier Rodríguez



EDITORIAL
MAR ABIERTO

Piel adentro

Marco Rodríguez Ruiz

Piel adentro

(novela)

Colección Almuerzo Desnudo #33



PIEL ADENTRO

© Marco Rodríguez Ruiz

UNIVERSIDAD LAICA ELOY ALFARO DE MANABÍ (ULEAM)

Rector: Medardo Mora Solórzano

Vicerrector Académico: Leonardo Moreira Delgado

Dirección editorial: Ubaldo Gil Flores

GRUPO MAR ABIERTO

Tintácida

Juan Marinero

Alma Máter

www.marabierto.uleam.edu.ec

<http://editorialmarabierto.blogspot.com/>

DEPARTAMENTO DE EDICIÓN Y PUBLICACIÓN UNIVERSITARIA

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí

Vía san Mateo. Edificio Biblioteca General

Telef. 2 623 026 Ext. 255 Manta

ESKELETRA EDITORIAL

12 de Octubre y Roca (esq.) 1º piso, Ofic. 102

Te le fax: 2556691 / Casilla pos tal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

Correctores: Paulina Rodríguez, Otto Zambrano

Diseño interno: Víctor Jiménez

Diseño de portada: José Márquez

Imagen de portada: Historia de amor I (1992) de Jorge Velarde.

ISBN: 978-9978-332-98-6

Derecho autoraral: 004108

Primera edición: octubre de 2013

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en Publi Print

Manta, Ecuador

El tiempo del hombre no es sino lo que nos dan y nos quitan las mujeres.

FILME *La perdición de los hombres* **DE ARTURO RIPSTEIN**

Se es víctima o criminal, no hay otra opción, para evitar ser juzgado como criminal puedes acusar a otro mayor, a un monstruo, de quien serías víctima.

FILME *Nuestra música* **DE JEAN LUC GODARD**

I

El gato negro sueña que se cuelga del cabello, resbalándose en cada hebra, se posa en un rizo, se acuna en una greña blanca. El peluquero entresaca varias hebras del pelo, color azabache, abundante, que casi se podía hacer una coleta con él y entonces se oyen golpeteos de patas, zumbidos de alas, giros de cabezas, pero es en vano, una arista de la tijera muerde los pequeños ojos saltones del animal, que salen expulsados por inercia. Es mejor que no tenga las canas sectorizadas sino más bien dispersas, le dice el peluquero amanerado con voz gangosa. El gato negro fija su mirada en el espejo y alcanza a ver en la cara del peluquero unos cachetes salientes, unas cejas tatuadas, un cabello azulado, unas pestañas rizadas y no ausculta más, porque las lumbreras mutiladas del animal dan brincos, primero por la mano izquierda llena de pelos del peluquero y luego por todo el espesor de la alfombra mordoré a cuadros, oteando como los mechones siguen esparciéndose por el suelo. Solo cuando la cabellera está totalmente rapada, la niña súbitamente extiende sus plumas en busca de sus ojos que ya no mirarán.

Toda la noche el gato negro sostiene cuidadosamente de las alas a una mariposa que se coló en la celda por la ventana. Es amarilla con pequeños bordes negros. Dos horas en la tarde estuvo tras de ella hasta atraparla. Claro que por conseguirlo desbarató lo poco que había en la celda. Al principio la mariposa aleteaba en procura de huir, al rato sus alas se detuvieron y se

quedó quietecita, casi inmóvil, aunque sus alas de vez en cuando seguían abanicándose en un último vuelo. El gato negro juega a que es su hija desconocida, acerca a la mariposa a sus labios, la besa, quisiera arrullarla en su regazo, darle palmaditas en la espalda para sacarle el hipo y los gases, limpiarle el excremento, luego bañarla y dormir junto a ella para siempre, pero el insecto no aguanta tanto amor y lentamente sus alas dejan de agitarse. Entonces la aplasta y, cuando percibe que se va desintegrando, sopla los deshechos que quedan en su mano. Enseguida corre a su camastro, saca de debajo de la estera su navaja y la empoza firme en el suelo.

Cuando el gato negro sintió que le atacaron por detrás, le apuntaron en su trasero y le pusieron en su nariz un pañuelo bañado con alguna sustancia que le produjo parálisis casi instantánea, antes del amortiguamiento total, alcanzó a sacar de su bolsillo trasero y depositar en el delantero una navaja que le servía de arma y de llavero. Los sujetos que veían de un lado a otro de la callejuela del centro de la ciudad no se percataron de ese movimiento y ahora la navaja le sirve para garrapatear algunas palabras casi todos los días sobre la madera apolillada del piso de la jaula. En los primeros días de reclusión solo clavaba la navaja en el suelo con rabia, luego comenzó a bosquejar palabras, a buscar ideas, a delinear su vida vivida como decía su padre, a insuflarse con las películas que tanto le habían apasionado desde niño, a escribir cualquier cosa para no clavarse la navaja en pleno corazón.

La mariposa se metamorfosea en un gran reptil que no tarda en mordisquear la cara de la niña que, a su vez, se torna tumefacta e inmediatamente laten sus venas y se ve el hueso blanquecino, mientras la mandíbula del reptil se atraganta y sus colmillos saltones comienzan a rechinar.

Para que finalmente alguna certeza se apodere de todos y no queden solo indicios grotescos del vacío y de la nada, el insomnio debería ganar la batalla que libra con el ensueño, cavila el gato negro, deja en el filo del lavabo su navaja, abre el grifo de agua, bebe un poco y haciendo gárgaras cuenta hasta veinte. El caso es que el gato negro nunca pudo dormir en demasía, pero la lucha era desigual, muchas veces la locura de las pesadillas le maniataba y esa mañana, cuando despertó, silbaba, sin saber por qué, pero de su boca se desprendió ese viejo silbido con el que se llamaban en la jorga. Estaba desnudo y su cuerpo amoratado. Otro silbido, de alguien zumbando en la oreja, acompañaba al suyo. Era de la niña de sus sueños o quién sabe si los silbidos marcaban el ritmo de sus acciones; lo inobjetable era que alguien silbaba, de pronto era el hombre o el shamán-gitano que marcaba el compás de aquella mañana. De repente, el sonido del silbido le molestó, por eso se cubrió con sus manos, oídos y boca, indistintamente y, como poseído por un demonio, empezó a gritar y a correr de un lado a otro del habitáculo, hasta rebotar en las paredes y quedar suspendido en el aire, como si no existiera gravedad en la celda. Puta madre, vociferó descompasadamente.

El mal se ha ido, pero ayer recordé, secuencia por secuencia, un buen trozo de mi vida explica el gato negro, increpa más bien, en la tarde de ese mismo día e intenta por todos los medios que el hombre y el shamán-gitano despierten de su letargo. Les agita, les mueve la cabeza, abre otra vez el grifo de agua pero, antes de salpicarles, los dos ya están sentados, alertas, quitándose las lagañas. Lo único que retumba en la celda es el sonido de las gotas de agua que nunca dejan de caer del grifo.

El gato negro era temerario. Al segundo o tercer día en que el hombre llegó a la celda, al gato negro le manó sangre. Temblaba

y estaba con escalofrío. Empalideció. Orinaba sangre cada cinco o diez minutos. Ninguno de los tres pudo explicar lo que le pasó, simple y llanamente le brotaba sangre de su sexo, como el fuego arrasador que se enciende y solo se consume cuando ha dejado destrozos y cenizas. El hombre empezó a dar patadas en la puerta de la jaula para que les auxiliara y el shamán-gitano no dejaba de orar. Sin embargo, el gato negro inmutable enjuagó un pañuelo sucio y se aplicó en su glánde. Esto es lo único que puede parar de raíz la sangre, esto es lo único que la mata y la chupa, repetía una y otra vez. Aletargado, se dirigía de su cama al váter, dejando huellas de sangre fresca por todo lado, como en una película de terror. Cuando fue a dar de bruces al suelo, abriendo su mandíbula lo más que pudo, se puso como animal recién parido o como tiburón hambriento detrás de carne, pero sin dejar que nadie lo ayude, estiró sus brazos para apoyarse en el catre. Se tendió en la cama y respiró profundo. La sangre repentinamente dejó de fluir, se cortó de golpe como había comenzado a emanar y en su faz se volvió a reconstruir algún hálito de color. Entonces sonrió y la sonrisa le salió justa, hasta se podría decir que juvenil, sí, las articulaciones de su boca y pómulos le dieron un aspecto fresco, casi celestial.

II

Llevaban ya varias veces internándose por esa callejuela sinuosa y angosta, tantas que se conocían ya de memoria cada piedra, cada vericuelo, cada manchón en las paredes de las casas inclusive, pero esa madrugada el gato negro por su poca resistencia física, sus quebrantos de salud persistentes y también porque no habían acampado desde que empezaron la cruzada como en otras ocasiones, se ahogaba en demasía, estaba a punto de desmayarse, tenía que parar a cada paso, lo que causaba retraso a los demás. De pronto, alzó su mano izquierda y la colocó en el hombro de la gringa, mientras esta veía que su frente estaba empadada de sudor. Aguanta un poco más, le dijo la gringa, ya mismo llegamos.

La cuesta era pronunciada con suelo adoquinado y dos veredas estrechas. Hacia arriba, en la cúspide de la arteria, una iglesia pintarrajeada de un gris ratón dificultaba cualquier intento de salida. En dirección horizontal y a la derecha junto a un chaquiñán se asentaba un motel de mala muerte. Esa era una de las vías de acceso peatonal a esa calle sin rótulo, perdida en medio del centro histórico de la ciudad, confundida en medio de huellas milenarias.

Casas coloniales de varias tonalidades de blanco que iban desde el blanco hueso hasta el blanco crema, de dos pisos, todas con al menos un balcón y apiñadas unas junto a otras, estaban a los dos lados de la calzada, en muchas de ellas se anunciaba

venta de café y humitas, de café y sánduches de pernil, de café y empanadas de viento. Además, había algunos rótulos, a manera de pergaminos, pegados sobre las fachadas que relataban una etapa histórica llena de esplendor de ese lugar. Los años correspondían a las primeras décadas del siglo pasado. En este murcielagario se reunían tales y tales personas de renombre, músicos y poetas sobre todo, decía en uno de los rótulos. Lo más llamativo era que las letras de pasillos, saltashpas y yaravíes estaban esculpidas en varias puertas de las casas, mientras que en los balcones estaba colgado un pequeño letrero en el que constaba el nombre del compositor.

Sobre cada acera y dando la impresión de estar pegados al suelo empedrado, había tres marcos de madera sin lienzo en el medio, en uno de los cuales un adolescente metía y sacaba su cabeza. Lo único que variaba toda la uniformidad era que, hacia el fondo, se instalaba un arco sobre el que se asentaba otra calle. Ladridos. Un perro inmenso y furibundo corría detrás de otro pequeño, apenas se dibujaron sus contornos y se escurrieron por entre las piernas del gato negro. Parecía que el perrazo te iba a dar una lamidita de confianza... gritó la gringa entremezclando susto e hilaridad. Cuando el gato negro dirigió su mirada hacia el fondo de la calle, ya no se divisaba ni un solo rastro de los canes, se habían evaporado, solo los ladridos continuaban rebotando en las paredes y se instalaban en los oídos tapados de los caminantes, sobre todo en los de la gringa quien abría y cerraba su boca, como si estuviera manejando en plena carretera, para tratar de destaparlos. El cielo estaba gris, el ambiente se enfrió.

Amaneció. El cielo teñido de un negro intenso se iba despejando, los primeros rayos solares se reflejaban en las veredas.

Un solo de guitarra que evocaba un pasillo se escuchaba apenas como un leve soplo en los oídos ya despejados de todos. El gato negro, jadeante, se detuvo frente al rótulo de la casa que le había pertenecido a un tal taitapendejadas, casi siempre leía todo el rótulo, sin embargo, esa vez solo leyó hasta donde decía que el taitapendejadas se volvió loco de amor, porque los demás le empujaron para que continuara la caminata. El gato negro, que se había puesto en cuclillas para recuperar el aliento, se irguió y se dio ánimos. Estaban a punto de acceder a su guarida.

En uno de los extremos de la calzada, una de las casas resaltaba no por su color blanco hueso parecido al resto, sino por su gran portón de madera vetusto entreabierto. El portón se encontraba próximo y, como lo habían hecho en tantas ocasiones, lo penetraron. Corría un viento extremo. Se apilaron uno sobre otro en el patio y con el aliento trataron de calentarse. Se trataba de una vieja casona que, por resultar tan obvia, les servía para ponerse a buen resguardo, sobre todo, en épocas en que su búsqueda se intensificaba. Al poco tiempo todos estaban adormilados, la caminata había sido dura, incluso para expertos andadores y mucho más para ellos que sentían que sus fuerzas se doblegaban ante tantos meses huyendo. Habían recorrido buena parte del territorio del país. Dando algún golpe y escondiéndose, siempre escondiéndose. Trataban por todos los medios de conseguir fondos para la causa; los conseguían principalmente por la donación de obras de arte de algún miembro influyente que luego eran subastadas, y mediante atracos a sucursales de bancos en pequeñas ciudades. Además, en su hoja delictual constaba una tentativa de secuestro. Ninguno de ellos había sido detenido, ni siquiera para investigaciones de rutina, no conocían lo que era perder la libertad, aunque estaban conscientes de

que todo el aparataje policial les respiraba en la nuca. Estaban acusados del delito de asociación ilícita. La gringa se reía cuando supo del delito que les acusaban. Por lo menos de terroristas era que nos acusen, repetía. El caso es que se trataba de un grupo de jóvenes idealistas, liderados por el gato negro, una especie de guerrilleros a la antigua, que pregonaban con un convencimiento total la búsqueda de la igualdad social.

Lo del secuestro, en efecto, nunca llegó a plasmarse, quedó en mera tentativa. Habían planeado un mes todos los detalles de la acción: esperaron al dueño de un canal de televisión afuera de este canal, el último jueves del mes, porque ese era el único día en que el secuestrado les daba libre a sus gorilas, ese era el día en que se reunía con su amante, habían descubierto que era homosexual y que el último jueves de cada mes tenía sus reuniones amorosas en una propiedad suya ubicada en los valles, por lo que todo fue planificado para que el secuestro se lleve a cabo aquel día. Se armaron con pistolas recargables y cuchillos, pasamontañas y guantes de lana. Habían repasado cada detalle de lo planificado una y otra vez.

Desde el interior de un Mazda *coupe* 323, tomate, de fabricación japonesa, lo vieron salir del canal, el secuestrado era un enano, ya visto en persona era aún más pequeño de lo que aparecía en televisión o en fotografías de periódicos o revistas de farándula. Entregó algún dinero a sus gorilas, les despidió y entró en su BMW deportivo. Lo siguieron sigilosamente. Luego de una media hora de persecución llegaron a la propiedad. En el momento en que el secuestrado abrió la puerta automática del garaje de su casa, lo interceptaron. Ahí cambió el rumbo del plan, porque se suponía que al apuntarle al secuestrado con la pistola en la sien, este se dirigiría lloriqueante al Mazda, pero nunca se imaginaron

que emitiendo algún sonido gutural, el secuestrado iba a alzar su pierna derecha y con una serie de patadas y puñetes iba a destrozar a los cinco secuestradores, entre ellos, al gato negro, quienes quedaron semiconscientes en el suelo. El secuestrado había sido un experto en artes marciales, tipo Depredador, más aún un verdadero Terminator. Menos mal que los secuestradores pudieron recuperarse y huir antes de que les alcanzara la policía, pero a partir de ese momento, no tuvieron un minuto de descanso, su fuga se hizo eterna, estaban en la lista de los más buscados. Por la cabeza viva o muerta del gato negro, se ofreció una recompensa de cinco mil dólares americanos, mientras que por la gringa, dos mil quinientos, además, se ofrecía guardar estricta reserva. Hasta en eso son machistas, decía la gringa.

Uno a uno fueron despertando los caminantes, moviendo sus músculos entumecidos, abriendo los ojos, quitándose las lagañas, eructando, pedorreando. Faltaba poco para que anocheciera y el gato negro invitó al resto para que salieran a la calle a fumar un cigarrillo. Sin embargo, ya estaban acorralados. A las pocas pitadas, antes inclusive de que se formara una voluta de humo, varios sujetos vestidos de camuflaje les cercaron. Lo que oyeron después solo fueron gritos, insultos, golpes secos. Apuntándoles con armas de fuego, se les ordenó acostarse sobre la vereda. El gato negro intentó proteger a la gringa, acostándose encima de ella, pero en ese instante, con el filo de una pistola incrustándole en pleno orificio anal: al estilo *trigo serrano*, ejecutado por mafias italianas y rusas, con alguna sustancia que le impregnaron en su nariz, su cuerpo se congeló. Un par de truenos cayeron a poca distancia.

¡Te pisaré los huevos por esto!, fue lo último que oyó el gato negro, el cruce de su mano con sus bolsillos para poner a mejor

recaudo la navaja y ¡bum! un estallido colapsó la zona. El cuerpo de la gringa empezó a temblar tan fuerte como si padeciera epilepsia. El gato negro, a pesar de estar prácticamente inconsciente, lo percibió, porque con el susto la gringa se sujetó a él, poniendo sus brazos y piernas alrededor de su cuerpo que en cambio, aunque anestesiado, un ligero cosquilleo provocaron los movimientos llenos de nervios de ella.

Cuando recobró el conocimiento, la pólvora que dejó el tiro-teo había formado una capa densa de nubarrones. El gato negro se bamboleó de un lado a otro, fue lo único que pudo hacer, detrás de los muros que sostenían el arco, para tratar de cubrirse de la balacera. La gringa se retorció y sangraba, los demás caminantes estaban muertos, en tanto él alzó su mirada levemente, se paró en medio de dos cuerpos inertes y sujetó con sus dedos la parte de su estómago que estaba herida. Hijueputas, alcanzó a gritar antes de que su humanidad fuera a dar de bruces al suelo. Inmediatamente, empezó a desvariar. Creyó ver a varias mujeres bailando en medio de los muertos, mientras él aplaudía a rabiar. Parecía que bailaban para un concurso que tenía como premio la eterna felicidad o al menos el sosiego, porque se meneaban sin parar, convocando al desafuero, impulsando a su corazón para que siga latiendo. De vez en cuando, inclusive las mujeres elaboraban complicadas coreografías e invitaban a bailar al gato negro, no solo querían zapatear encima de los muertos, pero él, lleno de timidez, se negaba. Las mujeres seguían bailando, danzaban para ganar, para prolongar la juventud, para vencer a la vejez. Zapateaban mujeres vírgenes y malditas, caídas del cielo y subidas del averno, en el maratón de baile, que se había formado en la psiquis del gato negro, en su congestionado cerebro. Ninguna quería quedar descalificada, por eso,

cogidas de las cinturas, formaron un tren que daba vueltas sin parar, luego, se dispersaron una a una.

Yo bailo parada en la barra que prácticamente recorre todo el espacio del minúsculo bar. *Papillón* y una mariposa se pueden ver y leer con nitidez en las afueras del lugar (con el afiche en el que están Hoffman y McQueen, en el interior se confirma la alusión a la película), a pesar de las luces de neón incandescentes y el rótulo que está casi por los suelos. Una joven con un aliento a ajo, tatuada hasta las orejas, y un tipo de tez negra, corpulento, revisan papeles a la entrada. La joven viste cremallera verde, el tipo una chompa de cuero tres cuartos que cubre todo su cuerpo. En la calle de un solo sentido hay bullicio y jóvenes casi niños que, subidos en las ventanas de los carros, brindan con botellas de Trópico. Un perro busca rastros de comida en un basural. Adentro, una espesa capa de humo azul disimula las caras sonrojadas y los ojos desorbitados de las hierbas del lugar. Visto un *jean* que aprieta mi vagina y deja al descubierto para un hábil observador mis nalgas duras, camiseta blanca y botas de cuero de serpiente completan mi vestuario. Soy baja de estatura, rosada, de delicados rasgos. Un lunar encima de mis labios me identifica con la Monroe. Alboroto, relajó y muchedumbre, hombres de cabellos largos, *hippies* extranjeros para ser exactos, rodean la barra y gritan a rabiar. La cerveza cae en cientos de jarrones, luego de hacer un extenso recorrido por una máquina en forma de tubo de vidrio que parece extraída de algún laboratorio científico. El tipo de tez negra se sube a la barra, baila y orina en un jarro vacío, como en alguna escena de *Despedida de soltero*. Agito mi cabellera azul, eso, así, semiagachada, mi cabello va de un lado a otro tapando todos los contornos de mi cara. Suena U2, luego algo de rock clásico, no sé si de los Stones,

¿o eran los Doors?, más tarde *Cocaine* de Clapton. Jalo la pupera de la china que baila a mi lado. ¿Qué dice?... le pregunto y sigo retozando. La china no me responde, más bien se baja de la barra. Acto seguido, estoy en el mismo espacio que ocupaba el bar, salvo que este ya no está, el espacio luce derruido, lleno de escombros, solo se observan en una esquina mis botas que culebrean en el aire.

Tú danzas en un enorme salón rodeado de muebles antiguos, de corte colonial, tapizados de rojo. El lugar es de un techo tan alto que cuando alzas la mirada casi no divisas la lámpara que en forma de araña teje por el lugar, el ambiente es un tanto sombrío. Se oye algo arriba, como pisadas de roedores. Ji, ji, ji. Las paredes están forradas de papel tapiz crema con motivos florales de toda clase. Hay cuatro estantes tallados de madera, uno en cada extremo de la sala, con cristos y ángeles también de madera, a uno le falta un ala, no sabes si porque se ha roto o porque el tallador lo dejó así. También hay cinco cuadros de temática precolombina, que completan el decorado. Empiezas a moverte como pato culeco, hacia un lado y otro, torciendo como idiota tu cabeza. Tus alas dobladas hasta el codo y pegadas al tronco se abren y se cierran, agitándose vanamente porque no pueden volar. La falda hindú bordada a mano color lila, a pesar de que te llega a los suelos, deja entrever tus piernas chuecas y raquílicas que a cada paso se golpetean, y también el pelambre de oso que recorre tus piernas y tu sexo seco como ciruela pasa. En cambio, tu buzo café compuesto de un trozo de tela que cubre tu cuello escondido en tu blusa abierta y un sostén tres tallas más pequeño al real, disimulan tus tetas descomunales que saldrían disparadas como las de Afrodita en *Mazzinger Z* o de alguna matrona de Fellini en *Amarcord* si alguien te zafa el

broche del sujetador. No suena ninguna canción, ninguna melodía, ningún ritmo pese a que la radiola está encendida, el silencio presiona tu corazón, lo arrincona, lo paraliza, ssssssss, es lo único que se desprende a manera de sonido del aparato. Se huele a soledad. Esbozas una mueca de hastío, de desidia, miras hacia los muebles, haces el ademán de retirarte del centro del salón, quieres largarte de ahí, pero no te detienes y sigues moviéndote, tus alas siguen vibrando pero cada vez más imperceptiblemente, en la espera del príncipe que nunca llegará. En un solo agónico tratas de entonar alguna frase de una canción nunca aprendida. *No me pidas más de lo que puedo dar...* No llores, te das ánimo, mierda, las mujeres no lloran, aguantas las lágrimas, cuando tus ojos empiezan a empañarse.

Ella salpica en la arena y, aunque la marea ha bajado, el mar luce calmo y sereno. En medio de la nocturnidad se retoza pegadita, haciendo el amor con sus vaivenes, su mano izquierda aprieta la pierna del gato negro, hasta que la rodilla se posa y golpea intermitentemente su cuerpo. Hay cuarto menguante, el cielo estrellado es de un negro intenso. Él cierra los ojos y se extasía. Al fondo se puede divisar con claridad más gente bebiendo piñas coladas y rumbeando en cada escaparate. Una tanga mínima es lo único que cubre, ¿o descubre? su trasero bien formado, ingles, vellos mínimos y pubis que confeccionan un triángulo impecable. Sus senos perpendiculares y finos están al descubierto. Uno y dos hacia atrás, uno y dos hacia adelante, hacia la conjunción de los cuerpos, hacia los últimos recovecos de su casi inolora vagina cuyos labios se abren y se cierran hasta succionarlo de raíz. Retumba un vallenato que la entristece, *te fuiste de mañanita...* unas dos lágrimas gruesas se le escurren de sus ojos y llegan hasta las comisuras de sus labios. Se acuerda de

su padre. Esto se baila despacito, fundiéndose en uno solo, no entiendo cómo pueden bailar moviéndose como locos, le explica al gato negro disimulando el sollozo. Enseguida con una agilidad asombrosa posa su engua en la oreja derecha, en las dos tetillas, indistintamente, luego baja y engulle su pene. La música adquiere el color aceitoso de la piel.

Nosotras alcanzamos nuestras más exactas coreografías en un gimnasio de madera, de dos pisos, con techo relleno de paja, que le da una estructura de choza. Hay pesas de todos los tamaños desperdigadas en el suelo y máquinas para bíceps, tríceps, espalda, hombros y piernas; tres bicicletas estáticas, dos caminadoras y una máquina de remo. Varios pósters de hombres *terminators* y mujeres *ryders* están situados estratégicamente, invitan a verse perfectos, a esconder las arrugas, a encubrir la calvicie, a no respirar para que los chanchitos del estómago desaparezcan, a no sentirse débiles o subestimados. Pero es un póster en especial el que llama la atención: la fotografía es de un anciano en plena forma física, solo el cuello está hecho flecos, parece tener vida propia porque aletea como el de un pavo, sonrío y en la parte baja dice la leyenda que el matusalén encontró la fuente de la eterna juventud, que es posible vencer al tiempo; sus músculos, de lo henchidos, están a punto de estallar en mil partículas, está bajando unas gradas como la Swanson sobre el final de *El crepúsculo de los dioses*, creyéndose aún inmortal. Tres espejos que forran las paredes terminan de dar luminosidad al local. Una parte del piso es de teflón café oscuro, en la otra está superpuesta una especie de caucho. Sentada en un escritorio la recepcionista reparte un panfleto, una de nosotras lo lee detenidamente: “Vengan a la gran feria del músculo. Se ofrecen brazos de Triple X, piernas de Messi, pesas

en vez de cerebro. Con o sin membresía, además, hay aeróbicos y cursos intensivos para *bill kids*. Y por si fuera poco, *personal trainer* lo nuevo de la fábrica del músculo y el bienestar. Vamos, vamos, al centro, izquierda, derecha, uno, dos, tres, no pierdan el tiempo, venzan la vejez prematura y manos a la pesa”, finaliza la lectura dinámica, estruja al papel y lo bota al tacho de basura. Al fondo al gato negro se le escabulle de sus manos una pesa de 7,5 kg y, en cámara lenta, se deposita en uno de los espejos ocasionando un sonoro impacto. El espejo se hace pedazos. Voy a poner más peso en la barra, no puedo dejar que ese debilucho levante más que yo, piensa el gato negro avergonzado mientras se arremanga hasta los hombros su camiseta *Nike* y admira sus músculos en la única parte del espejo que quedó pegada a la pared. Mientras tanto, nuestra alegría es contagiosa, el gato negro deja las pesas a un lado y nosotras reímos sin más. Nuestras *lycras* rosadas esculpen nuestros sexos a la medida justa, zapatos tenis y camisetas celestes confeccionan el resto de nuestra indumentaria. Nosotras dibujamos en nuestros labios un arcoíris precioso, nos movemos con refinada armonía. Resuena en el ambiente un merengue (*el baile del mono u, el baile del...* aparenta ser el estribillo). El perfume JLo, junto con el olor del sudor, a ratos nos embriaga, a ratos nos marea. Con ese ritmo, nuestras caderas comienzan a manejarse de forma totalmente libre, porque la magia se apodera de nosotras para no desprenderse jamás.

Vosotras se menean desenfrenadamente en una vereda de una calle estrecha, empedrada y polvorienta, parecen estar en una ceremonia de vudú. Sin embargo, se aquietan, giran vuestra cabeza como pesquisando obsesivamente algo, no se sabe qué, de pronto vuestra mirada se aloja en un poste de luz esquinero,

hacia allá se dirigen. Abrazan el poste y comienzan a asirse y columpiarse arriba abajo, restregándose vuestro coño. Luego solo con una mirada embrujan al gato negro que está sentado en medio de la calle observándolas y al son de vuestro dedo meñique provocan que él se mueva como marioneta, mientras vosotras, en otra dimensión, se contorsionan con frenesí, en el éxtasis de la ceremonia secreta. Ahora sí nada las detiene y nada las colma tampoco. Los pantalones otavaleños hechos de tela barata pintados de varios colores vistosos, casi se deshilachan. Llevan al gato negro a un rincón de la vereda y encima de la alcantarilla empiezan a gritar que les penetre. Al poco tiempo y llenas de iras porque siguen insaciables fuman un pitillo y beben a pico de cartón un vino tinto que enseguida pasan al gato negro que está llorando. ‘Bebe’, dicen mandonamente. Quisieran estar rodeadas de hombres desnudos y con las vergas paradas, empujándose unas con otras para estar en primera fila y así sentirse como hienas tras la carroña. Oyendo a Fito que retumba a lo bestia y acariciando con suma agilidad vuestros clítoris, una lluvia de jugos vaginales arría las casas aledañas, desborda la calle y se cuela por la ciudad lejana. Empieza a llover tupidamente. Del suelo emerge un ligero vaho.

El divertimento de ellas es en extremo sensual, posan sus manos derechas sobre sus pupitos desnudos, y bailan y cantan orgiásticamente; sus giros son limpios, maravillosos. El gato negro al verlas no atina sino a cargar su mágnam y a salir como desquiciado a disparar a diestra y siniestra, a comerse de un tiro a todo el que se cruce en su camino, como la gente que engulló a Grenouille. Solo guarda una bala, que es con la que se disparará en plena sien, pero antes se dirige hacia ellas y las zarandea, las hace jurar por Dios que ellas sudarán toda su sangre

por satisfacerle, les hace jurar que sus mismas almas, si las hay, le pertenecen, que su amor le colmará por siempre.

La tonada al final es agridulce, de un color pardo tal vez, del color de los ojos del gato negro.

El gato negro se encuentra en posición decúbito ventral. Está completamente desnudo y, si alguien se acerca, puede ver claramente un orificio sanguinolento al final del estómago. Echa espuma por su boca y un semen espeso, está pegado en varias partes de su cuerpo.

El olor a pólvora continúa pegajoso en la esfera. Los cuerpos yacen en el suelo inanimados, incluido el de la gringa. Los sujetos vestidos de camuflaje se retiran llevándose al gato negro que atina a patalear un poco, a fruncirse, a escupir en la cara de uno de ellos. Los sujetos le tuercen los brazos y lo dejan, otra vez, a su merced.

El sol apenas empieza a calentar el ambiente. Cuando se alejan en sendas motocicletas, el adolescente que metía y sacaba su cabeza por el arco de madera, sale de algún escondrijo y continúa con su diaria rutina. El gato negro golpea mínimamente con su cabeza alguna parte del cuerpo del sujeto que se lo lleva en una de las motos. Las llantas levantan polvo y dejan una gran marca en la callejuela. A los pocos segundos se han esfumado, solo se sigue trasoyendo el chirrido de los motores.

Jungla del asfalto, jauría humana. ¿Solo los buenos mueren jóvenes?

III

El extremo de la punta de la navaja se rompe y el gato negro maldice, manda a la mismísima puta a la vida, al hombre y al shamán-gitano que, curiosos, no dejan de seguirle los pasos por donde se traslada y leer todo lo que deja escrito en el suelo. Les empuja y se dirige al retrete a orinar.

En las afueras se oye algo parecido a una máquina podadora, el sonido se vuelve cada instante más fuerte a tal punto que llega a tapar por completo los tímpanos de los prisioneros. Sin embargo, el aparato parece descomponerse y el sonido se vuelve destemplado, estentóreo. Los cautivos se rascan en el interior de sus orejas, intentando combatir el zumbido que tienen en sus oídos. El sonido de la podadora da paso a un tiroteo, que dura unos pocos segundos. Los prisioneros se quedan inmóviles, como esperando evadir las balas con su quietud.

Se abre la hendidura por la que los sujetos les pasan los alimentos. Uno a uno recogen del suelo los platos a medio llenar de comida, no se abalanzan, solo de manera pausada los van sosteniendo en sus manos. Tampoco comen con premura, van masticando cada grano de arroz que hay, cada fréjol, cada pedazo del plátano. Solo ahí, botan las cáscaras mosqueadas por la ventana y colocan los platos al filo de la hendidura para que en cualquier momento sean retirados. Los sujetos, en cuestión de minutos, retiran los platos de la hendidura. El hombre estudia la posibilidad de clavar con la navaja del gato negro los dedos de

los sujetos en el preciso instante en que estos retiran los platos de comida. Préstame un ratito tu navaja, le persuade al gato negro. El hombre revisa el filo de la navaja, no está hábil ni para matar un mosquito.

IV

La cita se concretó a las seis de la tarde. La luz del sol amainaba y cuando entraste con la flaca en aquel motel de mala muerte sus destellos eran imperceptibles. La arrinconaste sobre la ventana que estaba protegida por dos puertas de madera. Sin más, constataste, con la fricción que ejercían sobre su cuerpo las palmas de tus manos, que la flaca estaba sudando. Abrazo de oso, la sujetaste, desnudando aún más su fragilidad. Olía a huevo duro quemado. Por un segundo, te situaste de niño, irrumpiendo en la cocina de tu abuela, apagando el fuego y sacando, de una olla chamuscada y sin agua, un huevo que cuando lo rompiste estaba grisáceo y con un olor difícil de despejar. Moviste tu cabeza pretendiendo que se fuera el olor y empezaste a manosear sus huesos, a traspasar sus caderas, a contar sus costillas. Sentiste asco, querías que esto se acabara lo más pronto posible, enfundarte tus zapatos y volar, volar lejos como quería el trovador Reed. La desnudaste tironeando su ropa y con tus dos brazos la aventaste al suelo. Pensaste que su vagina no iba a dar cabida a tu pene, pero lo único que ella tenía frondoso y lleno de carne era, precisamente, su sexo. No sintieron ningún placer: la flaca ni un ligero cosquilleo, tú apenas topando una cavidad blanda, escurridiza, cóncava, que más bien provocaba que tu minúsculo aparato se perdiera en la inmensidad del universo. Aún semi-desnudo, con la almohada aprisionaste su cara y los movimientos torpes de sus pies y manos se fueron quedando estáticos, los

lamentos lacónicos precedieron al silencio prolongado, la tibieza de su cuerpo se tornó gélida, haciendo tiritar tus huesos. El aroma a huevo duro quemado se intensificó aún más.

La fotografía convierte una circunstancia o una persona en algo que puede ser usufructuado porque, al ser pura alquimia, capta cada paso fugaz y transparente de la cotidianidad, por eso los alquimistas decían que la foto vence al tiempo y a la muerte, todo esto lo aprenderías pocos meses después en la celda. Eso es, hombre, lo que hubieses querido, en ese momento, captar a la muerte y embalsamarla para siempre, convencido de que hay varios espectros detrás de cada persona, pero el de ella es el único que no se escapa, vaga para irse o para regresar, vaga porque está perdido o porque quiere volver a nacer. El viaje, por ese día, terminaba ahí. Llegaste al fin y estabas convencido de ello, no querías ni siquiera regresar a ver atrás.

Aunque cerraste tu boca con la mínima resistencia física y emocional que te quedaba, un torbellino de podredumbre imposible de contener salió iracundo de ella y se regó por la almohada que sostenías con desespero, rodeó los metales de la cama, aderezó el cuerpo entumecido, cubrió las rendijas de la puerta. Limpiándote tu mano derecha con lo que quedaba de tu calzoncillo naranja, quisiste tapar tu nariz, pero el olor en ese instante ya de matadero había dominado tu cerebro. Un líquido verdoso seguía encharcando todo el ambiente, entonces sentiste que te desvanecías, que hasta tus órganos internos salían expulsados putrefactos, porque no pudiste matar, ¿matarte?; porque a pesar de ser el anhelo de toda tu vida, aún seguías aquí, intacto, impertérrito, inmutable; porque decías que naciste para matar, soy un *natural born killer*, te repetías, pero lo único que conseguías es dar manotazos en el aire, abofetear las paredes, dar una patada

voladora a tu inútil soledad. Por lo último de dignidad que te sostenía, quisiste sentir saña, reírte, verificando que tu semen cubría la cara de la víctima, que la suciedad conminaba al desafuero, pero lo que brotó de ti fue apenas un quejido ronco, casi inaudible, acompañado de una baba con la que siempre quisiste pegar tu labio leporino y de una serie de mocos rocosos, que fueron tapiando los orificios de tu nariz, hasta dejarte sin la menor respiración posible. Gateando, te dirigiste al baño. Cogiste un jabón minúsculo, abriste la ducha y en pocos segundos te lavaste la cara y el sexo.

Ahora sí te fregaste, tu cometido era matarla, ¿matarte?, no sirves para maldita sea. La cagaste, si tu fracaso solo determinara tu suerte, no importaría, pero sabías de antemano que tu error le costaría caro a tu cometido. Pesado, derrotadamente, rogando piedad por tu pobre vida a un Dios que no te salvará, empezaste a vestirte, primero el pantalón, luego el saco y los zapatos. Buscaste la camisa y las medias que estaban tiradas en el suelo y te las colocaste. Al interior lo estrujaste, lo lanzaste con desdén hacia el cuerpo de la flaca. Cuando saliste, no te diste cuenta de que el calzoncillo embadurnado quedó justamente encima de su vientre.

Más tarde, la señora de la limpieza le dio un par de cachetadas y respiración boca a boca a la flaca, quien no tardó en volver en sí. En la celda recitas a tus interlocutores tal como lo leíste en los periódicos una y otra vez hasta aprenderte de memoria que el informe médico forense concluyó que la flaca se encontraba con ¿sugilación? en el cuello del lado izquierdo, a más de presentar prácticamente destrozado su vestido. Se informó, además, que si bien no hubo ruptura de la membrana himeneal, la flaca presentaba hematomas, laceraciones lineales y ¿equímosis? en

los glúteos y en las piernas, y muy en especial laceración de medio centímetro en la ¿horquilla? vulvar, justo por donde penetra el pene y por ello seguramente hubo coito, ¿interfémora? o al menos vaginal, producido precisamente por la penetración de la cabeza del pene en la vulva con contacto del glande con el vestíbulo o los labios menores... De la boca del hombre va saliendo palabra tras palabra tal como había leído, habla pausadamente, a veces inclusive enmudece por prolongados segundos, cuando relata prácticamente no mueve sus labios, enjuaga sus labios con su lengua y sus manos permanecen estáticas, dando una semblanza de un ventrílocuo. Seguro tenía himen complaciente, sostiene de forma seria el gato negro, solo mediante cirugía se logra romper ese tipo de himen... continúa, soltando con la última frase una carcajada estruendosa.

La mayor parte de reportajes se pronunciaron por la existencia del delito de violación, solo unos pocos afirmaron que la violación no se cristalizó, que hubo tentativa, pero ninguno mencionó la palabra homicidio. Los reportajes se nutrían sobre todo de los testimonios rendidos por el guardia del motel y la señora de la limpieza, quien fue, además, la que supuestamente vio todo lo sucedido por la hendidura de la puerta del cuarto. En lo único que coincidían ambas testificaciones fue en que la flaca pidió un taxi y salió del cuarto sujetándose de la pared, seguramente por encontrarse aún mareada porque cuando el guardia y la señora de la limpieza abrieron el cuarto se inundaron con una sustancia verdusca y maloliente.

V

El shamán-gitano, solo unas semanas antes de su reclusión, tambaleándose por los efectos de una sonora borrachera, con los nervios de punta, caminaba por el centro de la ciudad, en sentido norte-sur, por la García Moreno, mecánicamente se encaminaba a la iglesia de La Compañía. Había bebido toda la noche en el Mayo 68 y su cabeza le daba botes, tenía ganas de vomitar. Ese deambular por las calles de la ciudad antes del amanecer había sido la constante de los últimos sábados de libertad que tuvo. Directamente del bar se dirigía a aquella iglesia.

Lo que fue vasto, por su repetición, se convierte en costumbre, porque a esa iglesia su madre le llevaba a rastras desde niño y, por ello, su recuerdo fue persistente incluso de adulto. Vístete que ya nos vamos, decía su madre y el cielo mismo se le venía encima. Odiaba los domingos a partir de las nueve de la mañana; estaba obligado a caminar por buena parte del centro de la ciudad desde San Roque, pasando por la 24 de Mayo y la plaza de San Francisco, hasta llegar a la iglesia, de ida y de vuelta, el sol que casi siempre caía perpendicular en su nuca, el sermón tedioso e inentendible del cura, hincarse, luego la jalada de oreja de su madre porque no se persignaba, no rezaba, peor cantaba, de ahí su berrinche. Solo cuando el cura decía que los feligreses se dieran la paz se ponía contento, porque le gustaba dar la mano a todos los que se encontraban cerca suyo y más aun cuando oía la frase *podéis ir en paz*, sentía algo de alivio y procuraba

respirar hondamente. Su mirada se dirigía hacia atrás, hacia la puerta de salida, quería saltar encima de las beatas que todavía sostenían sus rosarios y pedían al ungido perdón por sus pecados. Ciertamente es también que, de regreso a su casa, un tamal, una empanada de morocho o unas colaciones recién sacadas de la paila provocaban una ligera sonrisa y de vez en cuando hasta felicidad a su afligido corazón pecador. No tenía aún ni la más palmaria idea de que lo suyo iba a ser la santería.

Aquel sábado, el último que tuvo antes de ser capturado, automatizado, penetró en la iglesia para comprobar una vez más que sus paredes seguían cubiertas de pan de oro y que en el lienzo rojo de la entrada hombres y mujeres seguían quemándose en un fuego perpetuo, extendiendo sus manos en busca de esperanza, de alguna redención, en medio de tanto desconsuelo y anunciando con ello, más que el infierno, lo que nos espera en el juicio final. Además, sentía la imperiosa necesidad, más que en otras ocasiones, de ver los demás cuadros y estatuas de santos y vírgenes con actitudes inmóviles, que desde niño le habían enseñado a apreciar los gestos humanos. Los pecados hay que remarcarlos, con tinta indeleble para que nunca se nos olviden, porque hay que arrepentirse y cargar un saco pesado a nuestras espaldas, pronunció en voz alta, a manera de jaculatoria, sin importarle que le oiga la gente que estaba a su alrededor.

De pronto divisó el Cristo sangrante instalado en el fondo del púlpito y un hálito sonoro se expandió en el aire, no fue más que una chispa, una arquitectura de eco. Como un ratón perseguido, saltó de una banca a otra, hasta que llegó a la primera fila en la que dos seres achacosos, circunvalados por cientos de arrugas, robóticamente, giraron su cabeza hacia donde se encontraba.

No sabes lo bien que me hubieran hecho tus palabras hace treinta años, gritó una de las viejas. ¿Perdón?, ripostó el shamán-gitano. Pero ahora no sé —continuó la vieja en un tono inaudible—, vos sabes que me entrego íntegra cuando amo. Solo entonces la reconoció, era una criatura marcada por la enfermedad o por el paso del tiempo. Lo que el shamán-gitano creyó hace tantos años atrás percibir por belleza, en ese momento que volvía a ver a la vieja, se percató de que la imagen que tenía de ella, no fue más que una fruta fresca de unas horas. Lo único que le quedaba de aquellos momentos que compartieron era su sonrisa en ese instante maniatada por el artificio de su surcada faz. La otra de las viejas permanecía estática, como niquelada en bronce, parecía parte de una de las estatuas de la iglesia.

El shamán-gitano recordó que siempre le fue difícil precisar la edad de la vieja, pues era tragaños, pero ahí lucía carcomida por dentro y por fuera, había perdido esa frescura que alguna vez la hizo deseable, también había engordado, varias lonjas de cerdo envolvían su estómago y su vientre, y para completar el panorama, algo en su cara se le había abobado. Sin duda, ya no debía jactarse de nada, pues lucía patética, era como si la realidad la hubiese sobrepasado, se la contemplaba innecesaria. Parecía, en suma, que estaba sentada en esa iglesia, como un acto de entierro más que de oración o peregrinaje.

Al shamán-gitano nunca le impactó mayormente la vieja, ni siquiera su sentido práctico y utilitarista, peor su optimismo a flor de piel. Su semblante de hace treinta años no era terroso, tampoco alumbrado, tan solo permanecía incólume. El caso fue que la baja autoestima que tenía el shamán-gitano en su temprana juventud, incidió para creer que ella era lo máximo que podía

lograr como pareja. Luego de haber hecho el amor con ella, llegaba presuroso a su casa y viéndose en el espejo, se repetía que la vieja era lo que se merecía como pareja. Han pasado muchas cosas desde que la vieja lo abandonó, que le resultaba difícil reconocerla; lo único que le entusiasmó ocultar es que le hubiese provocado alguna forma de aflicción o peor aún de amargura. La vieja tuvo varios amantes, entre los que se incluían hombres y mujeres, muchas veces ignoraba incluso sus rostros y el shamán-gitano no significó nada más que un arlequín sentado en sus faldas con los zapatos suspendidos en el aire que no demandaba fidelidad. De lo que sí estuvo convencido es de que desperdició demasiado tiempo a su lado, si bien mantuvo alguna que otra relación furtiva, la vieja acaparó su tiempo durante muchos días y muchas noches.

Mira la línea de la vida que tengo, le decía la vieja repetidamente. Impresionaba, porque la línea se perdía antes de la mitad de su mano. El shamán-gitano estaba seguro de que la vieja moriría ¿joven?, pero esta fue una de las pocas predicciones que falló, por eso, cuando la volvió a ver carcamal, aguantándose la risa, recordó que ella siempre tuvo un miedo atroz a envejecer. Hubiese sido preferible, piensa en voz alta, que se muriera joven, joven al fin y no hecha pedazos e ida, creyendo que todos somos pterodáctilos a la manera de Thompson, sin poder recordar que ella llevó las riendas de su vida, sin depender de nada, ni de nadie.

¿Al final todos nos aferramos a esta puta vida?, le espetó a la vieja ya sin contener la risa, sabiéndose el vencedor. Queremos sobrevivir a todo precio, es la maldición del vampiro que nos habita, Stocker siempre tuvo razón. Estamos condenados a subsistir, ¿no? no queremos convertirnos en ánimas dolientes, blasfemó levantando la voz y con una carcajada estruendosa,

que retumbó en todos los confines de la iglesia, provocando que hasta los santos y los ángeles afilaran sus mandíbulas y soltaran risotadas de angustia espectaculares, las mismas risotadas que soltaron el día de la expulsión del cielo del ángel más amado por Dios. Perdiendo prácticamente el sentido, el shamán-gitano botó todo lo que estuvo a su alcance. Cuadros, santos, sillas, velas, todo lo que encontró a su alrededor fue cayendo como en un juego de dominó. El fotograma no quedó muy distante de una de las últimas imágenes del *Decálogo: amarás a Dios sobre todas las cosas* de Kieslowski. Sabes, le dijo a la vieja prácticamente en trance, a pesar de que tú nunca me contaste tu secreto, yo siempre supe que también te acostabas con mujeres, pero a pesar de eso, quise estar contigo.

La vieja, sin entender nada de lo que estaba sucediendo, sin entender nada de lo que estaba oyendo, también dibujó en su rostro una mueca parecida a una sonrisa, enseñando sus pocos dientes negros y carcomidos.

El shamán-gitano sintió más mareo y agruras en su estómago, la resaca y la pérdida de conciencia se intensificaron. Como pudo caminó dirigiéndose hacia las afueras. Los sujetos salieron entonces como sacerdotes tras las hostias y sin el menor esfuerzo lo maniataron. El shamán-gitano soñó que, luego de aspirar polvo blanco de la punta de una tarjeta frente al cuadro de entrada de la iglesia, voló hasta el mismo cielo hasta encontrarse con Dios. En el camino hacia la jaula y a pesar de su total inconsciencia, de su cara no se desdibujó una sonrisa.

¿Dormirías en alguna iglesia...? ¿En la iglesia de La Compañía, por ejemplo? pregunta el shamán-gitano al gato negro en el interior de la celda. Ni loco, responde el gato negro para su interior y recoge su navaja de la parte baja del catre.

El gato negro quisiera tener un marcador rojo para que los pecados gula, avaricia, envidia, vanidad quedaran en el mismo tono que recuerda constan en el cuadro de la iglesia de La Compañía. A él, en cambio, siempre le causaron un extraño miedo las iglesias, por eso más bien decidió desde niño ser ateo.

Un rayo de sol canicular entra por los orificios que dejan los barrotes de la ventana. El shamán-gitano posa su cabeza justo en la luz que provoca en el interior de la celda el rayo. Quisiera ser niño y caminar de la mano de su madre hacia cualquier parte, sin importarle si fuera incluso hacia la iglesia que tanto le marcó en su infancia y luego sentado con su madre en la vereda de la calle, comer una deliciosa empanada de morocho. Ahora inclusive se inclinaría ante el Señor.

VI

El opaco y estrecho dormitorio quedaba en un altillo del fondo del segundo piso de una casona ruिनosa, llena de goteras por donde se filtraba abundante agua. Tres tinas instaladas en sitios estratégicos pretendían evitar el seguro desplome de la estructura. La casa de dos pisos era realmente grande, pintada de un celeste deslucido. Varios balcones adornaban el inmueble. En la planta baja había un consultorio médico, un bazar y una sombrerería, por ello había una mezcla de olores entre mertiolate, resmas de papel y telas. La colosal puerta ploma que daba a la calle era de madera, una serpiente tallada finamente se enroscaba desde el suelo hasta la cúspide y rotaba de un lado a otro del portón. Un largo pasadizo y al fondo una puerta de vidrio que daba lugar a un patio. A la izquierda un cuarto de lavandería con luz amarilla de escasa intensidad, por el que miles de telas de araña impedían su acceso, por lo que penetrar a este diminuto cuarto era una verdadera odisea. Alrededor del patio había un baño y tres cuartos que parecían encapuchados por una bruma. Una cabeza de león y otra de medusa habían sido esculpidas en los altos del patio. Dos o tres columnas sostenían la edificación del segundo piso. Gradas crujientes, pasamanos apolillados, descanso opaco, más gradas, por fin, el segundo piso. A un costado otro baño y por todos los contornos una serie de puertas cerradas. Una cabina telefónica de madera pintada con azul estaba ubicada al fondo del pasillo principal, el teléfono negro

que estaba apostado en la pared, sonaba perennemente. Ring, ring, ring, alguien no dejaba de llamar al 213922. Más puertas selladas. En las paredes estaban bosquejados grandes maceteros con variedad de motivos florales. Una mesa de *ping-pong* llena de polvo sostenida por taburetes completaba la imagen. La red estaba caída al lado izquierdo de la mesa. Toc, toc, toc, se oía como si la pelota estuviese siendo enviada de un lado a otro del tablero dejando huellas blancuzcas en ambos lados.

Recorriendo el extenso pasillo ovalado, en lugar de doblar a la izquierda que daba a la cocina, había que subir unas cinco o seis gradas para llegar a esa habitación. Una cama y un amplio armario de metal eran lo único que lo cobijaban.

El hombre se ve de niño en el soplo preciso en que la joven le deja completamente desnudo. Aprieta, aprieta... se pavonea la joven moviendo in extremis sus piernas y la criatura, riéndose juguetonamente, lleno de nerviosismo y curiosidad, hace lo posible para que así sea, pero su órgano, encumbrándose ligeramente, no le hace la menor mella. Solo se puede ver una pizca de su glande que aún está encapsulado en la tela. Por el esfuerzo siente dolor. El colchón emite un ligero ruido. Crac, crac. Así, así, quiere la joven convencerse, pero el niño no sabe de qué le habla, peor aún es consciente de lo que está haciendo. Un olor a cebolla y tomate llega desde la cocina.

Esa vez fue la primera que el niño vislumbró a la niña en el umbral del cuarto. A pesar de ser tan menuda, su magnetismo cubría toda la puerta de entrada. Falda gris a cuadros y saco de lana color vino con botones, blusa blanca, zapatos negros de hebilla, con un poco de polvo en los extremos, medias blancas hasta las rodillas, inmaculadas, los dos cachos a los lados de su prensado cabello negro configuraban armoniosamente con su

tez morena y sus ojos achinados, con su canica en lugar de nariz y sus dientes de ratón. La joven y el niño, del susto, casi se caen de la cama. La niña no extiende sus brazos, está fruncida, las manos en la cintura, lanza una lavacara a la joven y luego le propina cocachos en su cabeza. Conteniendo la respiración para no llorar, como siempre hacía, recoge su pantaloncito y su camiseta, y empieza a vestir al niño callada, delicadamente. Le peina su cabello alborotado, le seca las lágrimas, le consuela, le acaricia la cara. Ya, nani, la vida es así, deja de llorar, le dice la niña.

Esa misma noche, mientras los niños dormían profundamente, entró el padre al cuarto que compartían. Tenía encogida su pierna derecha para recibir la arremetida del pantalón, brincando y sin percatarse de su desnudez, les dice con voz quebrada que la matrona acababa de fallecer. Los niños se regresaron a ver sin saber exactamente qué es lo que habían oído. Quizás hiparon, nada más que eso. Enseguida los mayores se fueron al funeral y los dos niños, roedores hambrientos, acecharon en el cuarto de la matrona en busca del primer apetito por el queso putrefacto, mortecino, crudo. El habitáculo contenía una cómoda café antigua sobre la que descansaba un televisor blanco y negro, una cama de caoba de dos plazas, dos veladores apolillados también de color café, una radio reposaba en uno de ellos y una urna llena de figuras diminutas en el otro. Al fondo del aposento se podía apreciar una estatuilla de marfil de una virgen, un cuadro del corazón de Jesús empotrado en la pared y una máquina de coser empolvada. Sin embargo, lo que más les llamó su atención, aparte del frío intenso que sintieron, fue una nota encontrada en uno de los veladores escrita con una letra temblorosa casi inválida tras tantos años de sufrimiento. La nota remarcaba el destino que quería dar la matrona a sus legados, dejaba

todos sus bienes al niño excepto la máquina de coser que le regalaba a la niña y la virgen de marfil que le legaba a su hermana. Todos los objetos eran antiguos, menos la máquina de coser que estaba casi nueva. Los niños permanecieron largos minutos inmóviles escondidos dentro de un armario, leyendo una y otra vez la carta, luego también se demoraron intentando cerrar, roedores empachados, la inmensa puerta del cuarto. Gotas de sudor empezaron a desprenderse de sus frentes. Sintieron, además, escozor al sentir cómo la brisa fría les penetraba despacito de abajo hacia arriba, desde los pies hasta la cabeza, entonces los niños huyeron de la luz como en *Los otros* de Amenábar.

Desde aquel día hasta cuando pudo el hombre siempre que está apesadumbrado enciende la radio, para sentir las ondas, ¿de la muerte?, de pronto, pero también para sentir el abrigo y la protección de la matrona. Esa vieja radio que una vez prendida y tras largos segundos en que solo se trasoye un zumbido, poco a poco, se desprende de su interior una línea de luz acompañada de una voz que espera que sea la de la matrona: *rocotín, rocotán, los maderos de San Juan, piden pan no les dan, piden queso les dan hueso y les comen el pescuezo* y el niño reía hasta llorar, mientras la matrona no dejaba de hacerle cosquillas en su cuello.

El hombre quiso llorar, pero las lágrimas se hicieron escarcha en el aire helado y tan solo sintió un leve escalofrío, una brizna húmeda, parecida a la de ese día, que pronto cubrió como una capa densa de neblina toda la jaula.

¡Cuánta falta le hace la matrona! Pero si está aquí, nunca se ha ido y, si se fue, sin duda está por volver. Quiere día a día saltar por la ventana y abrazarla. Ojos encandilados por la noche atestada de estrellas, desde la ventana la mira: la matrona camina acompañada de personas que no conoce, que mantienen las

fauces abiertas como pretendiendo tragarse al mundo entero o como lanzando una jaculatoria incircunscrita. Paso de gato aporreado, el hombre se balancea por el tejado hasta enroscarse en el cuello de la matrona. Mijito, le dice el ser que más amor le dio en su vida y su apretón le fue transportando a sus primeros gateos: la matrona en cuatro fungiendo de caballo para que el niño la montase; la matrona engriéndolo, mimándolo, enseñándole a jugar cuarenta y treinta y uno, pokino, a ver *Mundo de juguete* y *La Colorina*.

No puedo dormir. ¿Quieres hablar conmigo? No, quiero dormir con usted. Mijito, sabes que duermo desnuda. No importa, juro que no regreso a ver, le insistía una y otra vez el niño a la matrona, y una y otra vez la aparición de la niña, bata blanca casi transparente que llegaba al suelo, descalza, extendiéndole sus brazos y moviendo hacia arriba todos sus dedos, le despertaba del bloqueo que se producía en su mente. Desanudándose con dificultad de la matrona, el niño se aproximaba a la niña, su intención era siempre invitarla al encuentro, pero la matrona, cual fiera a la que roban su presa, daba un brinco insospechado y de un zarpazo marcaba su territorio. Los niños, inanimados, sentían que se desintegraban.

Cuando el hombre despierta, la niña le está dando besitos en su frente sudorosa. Camina por el cuarto en un solo andén, luego se desvía, señalando con su dedo índice un no, y otra vez sigue caminando en un solo sentido. El hombre le devuelve los besos en su nariz, a la que también muerde y mete la lengua, se aparta y otra vez el beso y la mordida. La niña se limpia las babas de la nariz.

La imagen se pierde, el hombre quiere conciliar el sueño, quiere a los tiempos realmente descansar. Se pone contento

porque el shamán-gitano le dijo que la matrona ahora es su ángel protector. Se aleja de la ventana, se masajea los ojos, piensa de nuevo en la matrona, respira, sus párpados comienzan a cerrarse.

Alguna secuencia superpuesta de su infancia, con diálogos entrecortados, aparece en su estado de duermevela. El niño sale paso presuroso de su aula, recorre todo el gramado de una amplia cancha de fútbol, atraviesa un pequeño montículo de tierra al que denominan la *montaña rusa* y, por fin, brincando para llegar lo más pronto posible a una explanada en donde juegan *bolas* y *último topa*. Se dirige al aula de su hermana que queda al otro extremo de su clase. Lleva puesto camiseta azul grana, short, medias blancas y zapatos Converse negros de pupos. Por el fuerte viento que arrecia a esa hora de la mañana, se ha echado a perder el peinado con línea a un lado utilizando agua extraída de un vaso plástico y peinilla con los que todos los días le peina su madre. Con su mano derecha trata de sujetarse su cabello que vuela libre y con su mano izquierda intenta desacomodar sus frenos y las gomas adheridos a sus dientes que le estorban y le causa dolor intenso. Abre y cierra su boca sin parar hasta que se aquieta al divisar una de las aulas Cuarto C. Golpea la puerta y una niña disfrazada de bruja con escoba incluida le da la bienvenida. Hola, pasa, te estábamos esperando, ya le llamo a tu hermana, arguye la bruja. Saltan y danzan diablas, mosqueteros, romanos, indias, payasos; flotan y vuelan en el aire colas, cachos, narices negras puntiagudas, rojas redondas, aguileñas café oscuras. Niños y niñas están disfrazados. Se celebra *Halloween*. El niño lo sabe por la estúpida calabaza con ojos y mueca que adorna cada rincón de su escuela. Su hermana, disfrazada de diabla, le da un beso y le acompaña silenciosa hacia la cancha de fútbol.

La hermana se apostea a un lado de la cancha. El réferi da inicio al juego. Se trata de la final interna de primer grado, se miden los paralelos A vs. E. *Siete, siete, siete, mi equipo es Ultrasiete*; retumba la barra del paralelo A al costado derecho. *Si ganamos, ganaremos, si perdemos, perderemos, pero nunca olvidaremos la confianza que tenemos*, riposta la otra barra, la del paralelo E agrupada al costado izquierdo. Uno, dos, tres goles seguidos del paralelo E. El niño aguanta las lágrimas. La hermana no deja de alentarle y bate palmas. El arquero le da la pelota al niño que se asienta dentro del terreno de juego y está imparable, desparramando en el suelo a cuanto rival se le viene encima, gambeteando de arco a arco, hasta que dribla al último defensa que le da un codazo en la quijada. No se amedrenta, más bien se repone y dispara a ras de piso, el balón se le escurre al golero por las galletas y marca el gol del descuento. El colombiano, compañero del niño, marca otro gol. Tres a dos, se equilibra el marcador. Las barras gritan con más ahínco, pero en el momento en que más dominaba el paralelo A, surge una arremetida del rival. Delantero y portero pierden el equilibrio, la pelota se anida solo a escasos centímetros del arco, entonces el niño que había seguido toda la jugada, en un intento desesperado por salvar su portería, agarra la pelota con sus manos. Penal decreta el árbitro. Se acaba el partido. Cuatro a dos es el resultado final. El paralelo E ha ganado y jugadores y barra se unen en un solo abrazo. El niño no aguanta más y las lágrimas se le escurren por sus pómulos sudados, por su quijada morada, por su nariz llena de mocos, aunque se convence que jugó bien y que esta será la última final que pierde.

Su hermana le ha comprado un refresco, le da de tomar y otra vez le seca el sudor y las lágrimas, le consuela, aunque la

cara continúa roja y llena de lágrimas. Entonces le pone su brazo en el hombro y con su pie derecho, patea, patea al viento con furia, levantando polvo. Luego pone sus brazos y los cruza detrás de su cuerpo, antes de mover su cabeza indicando al niño que es hora de irse.

VII

La pasión se ejecuta en el tiempo continuo de la muerte, pregona el shamán-gitano, mientras se acomoda y amarra el cordón que sujeta su parche. La muerte es un periquete ausente de deseo, continúa. Ven aquí, invita al hombre a un círculo imaginario. Lo ideal es construir el círculo con azúcar, pero ni modo, algo es algo. Quítate lo que te queda de ropa y los zapatos, siéntate, solo aquí en este círculo no existe el tiempo. El gato negro, acostado en otro extremo de la celda, veía de refilón y con cierto dejo de ironía toda la función. Yo fui uno de esos jóvenes callejeros, alcohólicos, que se hunden en la depresión y mueren en la época del colegio porque el ánimo les desasiste. En cambio, en mi otra vida, fui mujer y bruja y mala, maldije a todo un pueblo, puteé a la muerte, le dije que solo es la égida sin reloj, hacía conjuros en el cementerio, escribiendo los nombres de los habitantes en tripas de animales que sacrificaba. Toda clase de personas iban en busca de mis conjuros, yo literalmente les sangraba hasta dejarlos sin un real. Que se enferme el fulanita, que le vaya mal en el trabajo a la fulanita, que se muera el zutanito, líbrame de la cárcel, del problema, de la muerte, que vuelva el desgraciado, me pida perdón y me ame de nuevo, era lo que más me pedía la gente, y yo empezaba con mi brujería negra y roja, del color de la muerte y de la sangre, a eso le entré y por eso me quemaron. Ahora supongo que estoy pagando no solo todo el daño hecho a terceras personas, sino también los daños ocasionados en mi otra vida, y ya es tarde para pedir perdón.

El shamán-gitano sabe que el ronquido de la agonía sale como un eructo nimio de la boca seca y se va condensando en un lamento lacónico, porque eso sintió cuando en su otra vida la gente encendió la hoguera. El ritual de la gente iracunda estalló y no hubo poder humano que lo detenga, solo algún niño asustado se fue del lugar, mientras todo el pueblo enardecido preparaba la quema. Primero con una sogá gruesa amarraron pies y manos de la bruja a dos troncos que formaban una especie de cruz, luego procedieron a preparar las ramas y la madera que serviría para preparar el fuego, luego prendieron la mecha que pronto se convirtió en un hervidero. Ahora sí huye de las llamas, gritaba la gente que se había reunido a su alrededor; escapa de la muerte bruja maldita, vociferaba la muchedumbre; escupe el diablo que tienes adentro, chillaba el tumulto. La bruja pedía perdón, rogaba a la muerte que no la llevara todavía, que ya no haría nada malo; le pregonaba que aún pertenecía a esta orilla, que pronto se verían cara a cara, frente a frente, o si la muerte prefería, ella adelante y la bruja detrás, siguiéndola como una perra parida, el rabo entre las piernas, cabizbaja, esperando que le bote una migaja de pan podrido, pero le imploraba que le dejara un tiempo más aquí, mientras las llamas arreciaban por su cuerpo y se chamuscaba lentamente.

El gato negro enfila su navaja y empieza en el costado oeste de la celda su lento peregrinar en el suelo.

Aquí, en la quinta cervical estás con un nudo, mi mano no está fluyendo, se detiene, dice en voz baja el shamán-gitano, mientras recorre con sus manos la espalda del hombre. Los dos están de pie y siguen en el círculo imaginario. El hombre tiene cerrados sus ojos. ¿Estás durmiendo mejor?, interroga. No, responde el hombre. Y aquí ni cómo decirte que salgas en las

noches y en las mañanas en la primera puesta del sol y pises tierra descalzo, o que te bañes con aguas medicinales, lo único que puedo hacer es robarme todos tus males. Del cáncer que has padecido te siento curado, pero estás empezando a descompensarte. Por hoy hemos concluido, ya puedes salir del círculo...

El cáncer que padeció el hombre unos años antes de su encarcelamiento, si bien superó, de la noche a la mañana, lo envejeció física y mentalmente al menos diez años. Patas de gallo alrededor de sus ojos y arrugas en las comisuras de sus labios. Lentitud en su caminado. Cientos de canas inundaron su cabello. Dejó de jugar fútbol. Aún no cumplía veintisiete años y cada día que se veía en el espejo se espeluznaba al constatar cómo arremetió el deterioro y cómo cambió su vida en general. Cáncer tiroideo fue el dictamen. Sontag sostenía que hay dos estados en la vida: el del sano y el del enfermo, y solo padeciendo la enfermedad lo comprendió. Las caras verdes de los enfermos, el vómito, el encierro, la soledad, la rabia, el rechazo, era como estar ahogándose a cada instante, con una pesadez en su cabeza y un zumbido persistente en sus tímpanos. Ver con impotencia que cualquier viso de vanidad se esfumaba con cada cana, con cada arruga que inexorablemente arremetían en su cabello y en su semblante. Por qué a mí, maldecía, por qué no a cualquier viejo hijueputa, yo aún no he vivido nada, debo haber hecho mucho daño, la ley del búmeran... repetía mientras trataba de reconocerse en el espejo de la casa de su madre donde estuvo aislado por un mes, luego de tomar un vaso entero de yodo radiactivo para el tratamiento.

A media altura de su cuello, justo debajo de la manzana de Adán, se estaba peinando y constató el surgimiento de una bola, una segunda manzana la llamó. Además, empezó a dificultársele

tragar hasta la saliva y en las noches a asfixiarse, a roncar desmesuradamente. No tardó en preguntarle a su padre, tampoco su padre en llevarle a rastras al médico. Luego, las radiografías y la biopsia, el diagnóstico y la operación: su hermana leyéndole una novela toda la noche y poniéndole el pato para que orinara porque él no podía ni regresar a ver, peor moverse o levantarse. Pequeñez y finitud total. Al final la yodoterapia y el hacinamiento. El cáncer ya estaba en su fase de metástasis, prácticamente le había llegado al pulmón, por eso tuvo que someterse a largas sesiones de quimioterapia y constatar como mechones de su cabello caían hasta que se quedó prácticamente calvo. Solo unos cuantos cabellos quedaron asidos a su cuero cabelludo, por lo que no tuvo otra alternativa que raparse. A pesar de la cruenta enfermedad, a las seis sesiones de quimioterapia, se sometió a más exámenes y el cáncer había cedido. No tardó en recuperarse.

Una vez prisionero, el hombre se ríe de él mismo pensando que su hacinamiento en la casa de su madre fue para prepararlo para el encierro absoluto. Libros y películas fue lo que llevó y el tiempo detenido, que no corría, que lo apretaba más que la misma operación del cuello. Violencia, insultos a los seres queridos cuando le visitaban, puñetazos en la pared, divagaciones, pérdidas de conciencia, antesala de algún trastorno psicológico, volver a lo primigenio, a lo animal que llevamos adentro.

El hombre cuenta los pasos que hay, de un extremo al otro de la celda, veintiuno son los pasos que termina de contar cuando su nariz se choca con la pared, dando una imagen lastimera. Sabe que, si no sale de ahí, no tiene mucho tiempo de vida, desde su operación está destinado a tomar ciento cincuenta miligramos de Eutirox, un compuesto para suplir las funciones de la tiroides y ya son ocho días que no toma la pastilla. De repente le

dan ganas de seguir contando algo, ya no pasos, algo de su vida, las palabras empiezan a brotarle, sujeta del brazo al gato negro que aún raya en el suelo.

Oigan esto... empieza. Poco antes de que me trajeran acá, entró a mi oficina la mujer más alta que he conocido, yo diría que frisaba los dos metros y más de altura. A pesar de su flacura y de una pequeña joroba que la adornaba, era bien parecida, hasta atractiva me atrevería a decir. Sus ojos eran negros, su nariz respingada, sus labios carnosos y rosados, su cabello negro y largo le caía hasta la mitad de su espalda, así como unos flequillos canosos circundaban por su frente que no llegaba a tener ni dos dedos de ancho, sí, su frente era lo único que desentonaba con el resto de su apariencia. Vestía un terno gris y blusa blanca, los zapatos negros de taco tipo Aladino terminaban en una punta extrema. Se sentó a mi lado, sacó una computadora portátil, Daewoo, alcancé a ver la marca y, sin decirme una sola palabra, abrió la tapa y la encendió. No le voy a quitar sino cinco minutos de su tiempo, me alertó. Le presento el nuevo concepto de cementerio, se trata de Ciudad Necrópoli Siglo XXI. Como tú puedes apreciar, disculpa que te tutee, hemos querido romper con todo lo que tradicionalmente envuelve lo mortuario, lo campo santo, por eso se acabó la idea de la tumba en el suelo, o el famoso y popular mausoleo, eso quedó atrás, se está construyendo un edificio, el más alto de la ciudad, que va a tener cincuenta pisos. Los nichos por consiguiente se van a estructurar por pisos y claro está mientras más alto esté el piso, cobra más plusvalía el nicho y el precio sube un poquitín, siguió hablándome. Se dibujó en su rostro una ligera sonrisa, a la par que se denotó sonrojo en su piel. Las imágenes tridimensionales de cada uno de los pisos pasaron iracundas ante mis ojos incrédulos, esas escenas me

remontaron a mi temprana adolescencia cuando jugaba Pac-Man o a algo más contemporáneo, a un filme de *anime* japonés o a una película en tercera dimensión. Les juro que hubiese sido bueno tener esos lentes especiales para ver películas en tercera dimensión, ríe el hombre. Cabezas, nichos, piso 1, cabezas, piso 32, nichos, piso 50, cabezas, vista espectacular, sol canicular, piso, nicho, cabezas, ¿muertos? Una gran claraboya construida en la cúspide permitirá que los rayos solares penetren perpendicularmente formando una atmósfera agradable, casi lúdica en la sala de velaciones, en la que, dicho sea de paso, se instalarán sendas pantallas gigantes, inclusive una en las afueras, para que la gente que camine por la calle se pare unos minutos y medite sobre su destino. Las pantallas serán LG Time Machine para que podamos paralizar la imagen o retroceder cuantas veces queramos, ¿el mismo deceso? Se acabó el llanto y la amargura, ¡viva la muerte! En el primer piso habrá un *show room* en vivo y en directo: artistas contratados por la compañía representarán el proceso desde la agonía hasta el fallecimiento, claro con las consabidas cantatas populares del grupo Pueblo Decrépito, faltaba más. En el segundo piso se instalará un patio de comidas: McDonald's, Burger King, Pizza Hut, Kentucky Fried cualquier cosa, menos *chicken*, han pedido con anticipación su espacio. En el tercer piso, en cambio, habrá una guardería, tú sabes que muchas veces ante un imprevisto de esta naturaleza, no tenemos dónde dejar a los niños. La guardería contará con espacios verdes y un parque de diversiones, el Tagadá y la Barca son nuestro enganche máspreciado. En el cuarto piso, se establecerá una cadena de almacenes de ropa de las marcas más famosas del mundo: Hugo Boss, Adidas, Polo, y la del cocodrilo, ¿cómo se llama?, solo venderán ropa con tonalidades oscuras y blancas, por

supuesto. El muertito entonces engalana la ocasión y todos sus deudos vestidos de punto en ¿blanco y negro? En el quinto piso se ubicará la sala de velaciones. Desde el sexto en adelante empieza la cadena interminable de nichos. Cada nicho tendrá una minicomputadora con su respectiva pantalla para que, en lugar de las clásicas flores, cada deudo le ponga al muerto un pensamiento. ‘Hasta pronto’ ‘Nos vemos en el más allá’ ‘Siempre te amaré, desgraciado’, o lo que en ese momento te venga en gana. Aprovecha ahora que estamos vendiendo los nichos cuando el edificio aún está en planos, porque en pocos meses, una vez que esté listo, el precio subirá considerablemente.

¿Habrá el *huasipichay* respectivo?, pregunté con un dejo de sorna. Cómo no, habrá un fiestón inaugural, el mismo presidente constitucional romperá la cinta y luego bailará con alguna modelo, ¿muerta? Y, por supuesto, como le fascina cantará con su séquito varias canciones alusivas a la muerte: *Yo quiero que a mí me entierren como a mis antepasados*, será nuestra tonada oficial.

Dan ganas de morir este mismo instante, continué bromeando; la alta soltó una carcajada, eso sí no me han dicho en ninguno de los sitios por los que he ido a vender, te lo aseguro. Ah... me olvidaba habrá servicio completo de traslado en helicóptero para el muertito y un pariente cercano desde la casa, el hospital o donde se produzca el deceso hasta el más allá o más acá, dependiendo del caso, amén de un completo servicio de guardianía, los guardias, que ya se los tiene entrenando en un curso de ninjas, estarán debidamente armados, con recortables, cuchillo y gas paralizante, porque no se puede estar libre de maleantes ni en los funerales. Y lo que sí te aseguro, con este nuevo concepto, no será necesario ni el canelazo peor los chascarrillos, porque es típico,

no, oír en los funerales, justo en medio del llanto, unas sonrisillas. La alta ya no paró de reír.

Bueno, entonces ¿qué te parece? Tentador, ¿no es así? La alta aplastó un botón tsssss sonó y cerró su computador. Aquí te dejo mi tarjeta, piénsalo bien, en estos meses debes animarte a comprar, resulta una ganga, en febrero del próximo año va a ser súper restringido, porque esta opción se va a imponer no solo en las altas clases sociales... chao. Me estampó un beso en la mejilla y, tal cual asomó a mi escritorio, desapareció en una exhalación. Lo único que se quedó impregnado en mi oficina fue un olor a té de manzanilla o quizás de hierbabuena.

Mientras corría a la cafetera situada al fondo de mi curul y me servía un café pasado, empecé a leer la tarjeta de color gris y con un edificio en forma de nicho como fondo: 'Nuevo concepto en eventos fúnebres', y tres o cuatro números telefónicos, entre ellos un teléfono celular, era lo que constaba en la tarjeta. No había impreso ningún nombre ni dirección.

VIII

El hombre pasa toda la noche pensando apoyado en el marco de la ventana. Parece un trompo que a la tercera vuelta pierde el equilibrio, deja de girar y cae tieso a la oquedad. Empieza a tantear con sus dedos sucios las fisuras de la pared, extrae un trocito de cemento y lo manipula hasta que se desvanece en su mano. El shamán-gitano no deja de balbucear. Mamá, mamá... repite con insistencia. El tono tan desvalido y frágil sacude al hombre, no hay ni un viso del equilibrio que aparenta. El hombre y el gato negro han padecido desde niños de insomnio y cada día que pasa, ahí encarcelados, los dos duermen a cuentagotas, al menos, eso sí, tienen alguien con quien conversar en las madrugadas. El hombre cuenta que empezó a paliar el insomnio con agua de lechuga, luego con pastillas de valeriana y finalmente con una combinación de trago, marihuana y Xanax, pero ni así podía dormir. Ahora las ojeras que tiene se le han acentuado más, parecen dibujadas con tinta china indeleble, ya no queda carne en su faz y en su cuerpo solo hinchazón, calambres, escalofrío, cabello seco y piel dura por la carencia de la pastilla para suplir su tiroides. Aguanta... solo un poco más, vos sabes que estoy haciendo todo lo posible, le dice el gato negro, mientras unas diminutas lágrimas rocían sus pómulos. Con uno de sus dedos recoge una lágrima, la más gruesa, la chupa y su sabor salado lo transporta a los mares, aquellos de los que nunca disfrutó, sobre todo por la fobia a la arena, pero que en sus actuales circunstancias daría su vida

misma por jugar fútbol descalzo en la arena o simple y llanamente zambullirse en las olas.

El shamán-gitano no se quita de su cabeza ni para dormir un turbante negro larguísimo que le llega hasta la mitad de su espalda y de su ojo izquierdo un parche también negro de pirata. Además, su pantalón parecía estar siempre bien planchado, sus zapatos, así mismo, siempre estaban relucientes, ni punto de comparación con la vestimenta del hombre o del gato negro. El hombre, la primera ocasión que vio al shamán-gitano, se agitó por el rostro casi brutal, adusto, de rasgos extremadamente toscos, como tallados en piedra, por la piel entre rojiza y morada que parecía moldeada en carne viva. Por lo demás, el shamán-gitano es alto y corpulento, con el cabello canoso en las patillas que es lo único que deja entrever de su cabeza el turbante. El hombre cree que el shamán-gitano es calvo, que solo tiene cabello en las patillas y en la parte baja del cráneo, pero lo que le resulta curioso es que el poco cabello que se ve, justo en esas partes, ha permanecido estático, sin crecer, ni decrecer aparentemente ni un milímetro desde que lo conoció en la jaula. ¿Será que de alguna manera se los corta?, especula cuando piensa en eso.

Por las tardes, el hombre procura no regresarles a ver, es más, no se mueve. Apenas si con la luz que penetra desde la ventana, puede admirar los semblantes camuflados en la sombra de su mano. Buscando algún resquicio de luz natural, el hombre se incorpora, se lava los dientes y la cara, las axilas y el pene, el trasero y los pies con el grifo de agua helada que está junto a la puerta de metal que los separa con el otro mundo. *Achachay*, pronuncia cuatro, cinco veces seguidas. ¿Para qué?, continúa preguntándose a él mismo, en el momento en que pasa sus manos aún húmedas por su cabello que le llega a los hombros y

busca la especie de cordón que le dio el gato negro para recogerlo. Su cabello está prácticamente de un color grisáceo. Bota al inodoro el banano que no comió ayer. Se chanta la única ropa desgastada con la que llegó a aquel lugar y, paso presuroso, se dirige hacia la ventana.

Seguramente el shamán-gitano ha procurado limpiar la jaula de veinte metros de largo por doce de ancho, forrada sus paredes laterales de un material parecido al del metal, pues se escurre agua por el hueco de la puerta, por el que los sujetos pasan todos los días, a eso de la una de la tarde, un banano, una espesa colada que parece de cebada y fréjoles negros con arroz hecho mazamorra. Agua toman del grifo. El suelo del cuarto, cuando está siendo aseado, semeja grandes alcantarillas repletas de líquidos fermentados, en cuyo fondo nadan las palabras que va esculpiendo el gato negro. Hay, además, dos literas, un váter y una ventana con barrotes desde la que con un poco de imaginación se puede ver cualquier cosa a un centímetro o a varias millas de distancia. El gato negro y el shamán-gitano, que son más bien altos, prácticamente topan el techo con sus brazos extendidos hacia arriba. La única luz que alumbra la celda, y de alguna manera la panorámica en general, llega desde la ventana.

El gato negro les propone a sus compañeros de celda que se maten. Espantapájaros enjaulados, les dice, matémonos entre los tres, uno a uno, en un *ménage à trois* sangriento. ¿Qué nos detiene?, continúa, si el tiempo está de nuestro lado, si por primera vez en nuestras vidas dejó de existir. ¿Qué esperamos? si nuestra escapatoria consiste en masacrarnos, en darnos de trompones hasta desfallecer. El hombre y el shamán-gitano no responden nada, pero su silencio implica, de alguna u otra forma, convencimiento de que suicidarse, en efecto, es su única salvación.

Se acobardan, finaliza el gato negro y coge su navaja, la limpia, la pule, la besa, la guarda a un lado de su cama. La navaja le sirve de amuleto, de escapulario, de cruz, porque reza atesorándola, la cuida y la mimra más que a él mismo. Luego intenta en vano encaramarse a la ventana, porque el hombre no deja que nadie se acerque a ella, pero alcanza a ver el cielo.

El hombre pone sus manos en los barrotes de la ventana, el cielo gris luce espléndido. El gato negro también se acerca a la ventana y comienza a saltar como gallo de pelea. ¿Te acuerdas de *Alcatraz, fuga imposible*? El flaco meco ese se ahueva de huir con el gran Eastwood y los gemelos, y cuando se anima ya es tarde, porque aunque salta como maricueca, sus lágrimas develan que está más que consciente que se hundió, que su fuga es la que resultó imposible, que sin ayuda no puede alcanzar las rejas de escape que están imperturbables en el techo. El hombre le da un manotazo, le zarandea y le expulsa de ahí, no quiere oír ninguna historia. Siente que nada tiene que perder, por eso trepa en la pared, clava sus uñas en el metal, no tarda en sangrar y cuando de la pura impotencia se da puñetazos en los pómulos de su cara, también de sus nudillos empieza a manar sangre. Intenta abrir su boca para aplacar el dolor.

El día oscurece. Deben ser pasadas las seis de la tarde. La luz del día y, por ende, el de la jaula comienza a desvanecerse. Por las pocas casonas que se divisan a lo lejos y las largas explanadas, el hombre está seguro de que está en el campo, quizás no muy lejos de la ciudad, quizás en alguno de sus valles aledaños. Unos ligeros nubarrones se avistan cercanos. Se avecina un aguacero.

El hombre está empapado, sintiendo cómo las gotas se alojan hasta en los sitios más recónditos de su cuero cabelludo, de su espalda, de sus piernas que no dejan de correr. Divisa una

gran avenida, circunvalada por varias arterias, a un lado, un centro comercial. Un anciano, en cámara lenta, está arrastrándose por una de ellas, entra al centro comercial y enseguida al primer almacén que encuentra. Él le sigue al anciano por cualquier lado que va. Dos pijamas, pide el anciano, las compra y sale a la avenida otra vez despacio, fatigosamente. En medio de una gran hilera de carros, el anciano coge un taxi, al geriátrico más cercano, dice y regresa a ver al hombre que no se ha despegado de él. En el entretanto una mujer carga en sus brazos a un tierno infante, se sube en un bus que raudo desciende del callejón y se aleja. El hombre ya está sentado, al lado de la mujer, enrumbándose hacia la vieja casa de su infancia que enseguida la divisa, luce tal como la vio por última vez.

En un chasquido de dedos, todo está en tinieblas. Lo único que resplandece es la piel del hombre por efectos del sudor. Se le dificulta mover su mano por la venda que lleva en dos de sus dedos, compuesta de un trozo de tela que rompió de la única cobija que había en su camastro. Sin embargo, una mecha de luz que llega desde la ventana encandila las venas de su mano, esas venas tan prominentes que, cuando se reconocieron con la mujer, fue lo que más la desconcertó. Son las manos más extrañas que he visto en mi vida y esas venas parece que de un momento a otro fueran a estallar, le dijo. La mecha de luz se mueve de un lado a otro de la celda y se poza en un pequeño trozo de madera que quisiera que se encendiera hasta verla carbonizar. El gato negro está llorando en el suelo y con la navaja, trazando una p, luego una a, después una r, el resto de marcas son ilegibles para el hombre y el shamán-gitano no solo porque la oscuridad va ganando terreno en la jaula, sino porque el gato negro tapa con su brazo izquierdo lo que está escribiendo. De pronto el gato negro deja de llorar, ahora maldice.

Empieza la cuenta regresiva, ¿de la vida, del tiempo?, cincuenta, cuarenta y nueve, cuarenta y ocho... Lo firme de la vida debería ser no alcanzar, no querer, estar siempre insatisfechos. El equilibrio, la fingida felicidad, el conformismo deberían enfermarnos, comienza a rezar el gato negro. Shhhhhhh, interrumpe el shamán-gitano en tono enojado. El vacío del que tanto hemos hablado es real, lo he sentido, pero el vacío absoluto, sin esperanza, no existe, es ficticio. Si no nos vemos más, huyamos, escondámonos en la burla o en las mil caras de otros tantos personajes que hemos representado en nuestras vidas, concluye prácticamente gritando el gato negro, porque el shamán-gitano no ha cesado de hacerlo callar. A la última palabra: 'vidas', la deletrea, saboreando cada una de sus letras. Solo entonces se arrodilla y hunde su cabeza en sus piernas. Al menos te callaste, advierte el shamán-gitano ya con muestras de tranquilidad.

Los tres prisioneros se recuestan en el suelo, buscando descanso en las tibias maderas.

IX

Ven, descansa, dame tu mano hasta que amanezca... las palabras de la mujer se incrustaron y bajaron como arañas por la pared, la a era la más lerda y la que más se retrasaba por la pronunciación extensa que imprimió en esta. El hombre, sosteniéndose cual murciélago de las rejas de la única ventana de aquella celda, se acuerda de la mujer.

Cerrando los ojos para concentrarse mejor, rememora la última ocasión que vio a la mujer: se encontraban en la azotea de un edificio de once pisos teñido de un color rosado, exactamente en el filo de un secadero en el que no había estructura alguna que mediara entre el suelo firme y la vacuidad. La mujer ligeramente apoyada con sus manos y pies en el suelo formaba una especie de rectángulo, cuando las sirenas empezaron a aturdir a los transeúntes de las calles que rodeaban la edificación.

¿Vos eres normal? brotaron vocablos de los adentros de la mujer. Sus manos tanteaban los ladrillos de la pared. Él, ¿quién era?, se movía con la sensación de esconderse y a partir de ahí consumaban su unión. El hombre, ofuscado y con un vértigo que le provocaba varios estallidos en su corazón, veía atentamente a la mujer, porque se reconocía en ella, tenía la sensación de verse en un espejo y asustarse porque no aparecía su rostro, sino el de ella. Alucinaba con la piel de la mujer que mutaba constantemente, desde la extrema suavidad hasta la textura escamosa. El hombre, sin dejar de observar a la mujer,

se mordía sus labios, se sacaba pequeños pedacitos de piel y los escupía al suelo.

Parece que le seguimos engañando a la vida... las expresiones que la mujer trazaba, eran tenues, imperceptibles. Con sus brazos extendidos al cielo, formaba líneas extrañas en la azotea y con su boca, que cerraba y abría sin cesar, seguía pronunciando palabras inentendibles, como una diva de una película silente. Las manos del hombre, pretendiendo emular a la mujer, se empezaron a mover tan rápido que se ausentaron de cualquier mirada, lo único que se podía apreciar eran ondas que se perdían en el espacio. Eso es, sus manos se perdieron, trasladándose a otra dimensión. Cuando por fin dejó de mover sus manos, ya era tarde, la mujer, apoyada en una pared, cabeceaba por el cansancio. Locomoción sin rumbo, la agonía y el quebranto dominaban la psiquis del hombre que cayó de súbito al suelo. Crac se trasoyó en la baldosa.

¿Hasta cuándo lo lograremos hacer sin que se nos vuelque hacia...? Las imágenes auditivas de la mujer se intensificaron, lo que animó al hombre, quien a pesar de la caída, sin perder el tiempo, se irguió y lanzó a una especie de patio interno un palimpsesto amarillento compuesto de varios fraseos superpuestos. La mujer, con su mirada hacia abajo, no despegó sus ojos del papel y empezó a llorar, sus lágrimas recorrieron su piel, tornándola escamosa. El hombre, fotografiándola desde una gran perspectiva, a lo lejos implacable e imponente, de cerca ser mutilado en cuatro, estaba atento a los movimientos que percibía. Comprendiendo que Auster tenía razón, que el camino de subida y de bajada son uno y el mismo, se ausentó de su interior y su pensamiento se puso en blanco.

¿De eso también nos hastiaremos?... las señales de la mujer se perdían junto con sus líneas de expresión, para dar paso a un

inusitado brillo que inundó su cara. La tempestad, otra vez, arremetió con fuerza. Las gotas de agua se impregnaron en los dedos, en las manos, en el cuerpo henchido de estrías de la mujer. Como una podadora en pleno desprendimiento del césped, la mujer movió su cuerpo entre el lodazal que se había formado en la azotea. El hombre miró hacia el patio y vio que el palimpsesto estaba roto en su parte superior derecha y que las letras se desprendían, se caían, se agotaban, igualito que los espermatozoides torpes y lentos que no alcanzan a concebir y salen expulsados de los adentros. Ambos quedaron empapados. Finalmente, la pertinaz llovizna pulverizó al papel, a pesar de que el hombre bajó al patio e intentó recoger las grafías, no pudo revivir los caracteres. Lo único que pudo acordarse de lo que constaba escrito fueron palabras entrecortadas, frases sin sentido. El hombre terminó de hacer añicos lo que quedaba del papel y así, sin más, lo enterró en el fondo de una maceta con alguna flor que no pudo distinguir pero que se estaba marchitando.

La luz incandescente de los faros de los carros, unida a la proyectada por el rótulo inmenso que anunciaba la venta de productos de computación instalado dentro de un kiosco de la planta baja del edificio, enceguecieron la perspectiva de la gente.

No tuvieron tiempo de nada. Las luces, el tiroteo y el bulli-cio los dejaron sin reacción alguna. De un puntapié se deshicieron de la mujer. Al hombre, luego de amarrarle las manos, lo pararon ahí mismo donde se encontraba, en el borde del secadero y, sosteniéndole del cuello, uno de los sujetos le amenazó con lanzarlo al abismo. El hombre intentó gritar algo, pero sus ojos se le hincharon como los de un sapo y no pudo pronunciar sonido gutural alguno. Una vez inconsciente le vendaron los ojos y se lo llevaron. La mujer, retorciéndose del dolor, alcanzó a levantar

su mano derecha mientras veía cómo el espectáculo se difuminaba en clarosucos, en blancos y negros, con marcados contrastes, que cada vez se hacían más borrosos.

El hombre en la prisión, otra vez cierra sus ojos, se toca su boca, quiere arrancarse la boca, a cambio de resucitar los dientes de la mujer, esos dientes tan blancos que alumbraban en la oscuridad; se toca su cráneo, quiere ofrendar el cráneo, a cambio de reconstruir los labios de la mujer; se toca su pecho, quiere incrustarse un cuchillo en el pecho y matarse sin quejas, en silencio, a cambio de revivir la nariz de la mujer, esa nariz tan fría y húmeda, que obligaba a cobijarla en la cotidianidad. El hombre adormilado la pierde de vista, se refriega los ojos, se incorpora y se cuelga otra vez de la ventana, pero la mujer no está, solo ahí se da cuenta de que nunca estuvo y que lo que botó al patio aquel día fue una inmensa voluta llena de aire y resignación; se da cuenta de que más bien padece de olvidos momentáneos; constata que lo que ha quedado en su memoria son apenas raspados sobre raspados, alguna huella, por ahí colindando con la omisión.

En ese momento, hincado, de cara a la ventana, empieza a recitar una plegaria con voz grave e indolente, que se apaga y se prende conforme pasan ante sus ojos unas nubes en forma de trenes y vagones. Siente dolor en el interior de su ternilla derecha, se palpa, luego respira profundo, engordando su estómago y soltando despacio el aire por la nariz, como le había enseñado su hermana cuando era un crío. ¿Por qué será que cuando crecemos nos olvidamos de respirar así?, se preguntaba su hermana.

Sin tener fuerzas para permanecer más tiempo hincado, se acuesta en su camastro, antes de que se oigan los primeros tiros

al aire, signo inequívoco de que los sujetos van a empezar el ceremonial de la caza.

El contorno de los barrotes queda tatuado en sus dedos que se los lleva a su nariz, entonces el olfato del hombre se llena de metal oxidado.

X

El gato negro deja a un lado la navaja. Se asombra y se paraliza porque sus palabras prácticamente abarcan ya un tercio del suelo. Regresa a ver a las paredes, cree que por su estructura metálica sería muy difícil cincelar en ellas. No le importa y, aunque cada vez se le complica más labrar cada signo con su maltrecha navaja, siente que lo único que lo mantiene con un poco de cordura es desbatar el piso y luego verá si también las paredes, los cuerpos, la ropa.

El gato negro esculpe cada letra con frenesí, coloca el maxilar inferior por delante del superior. Frunce el ceño, su cabello cenizo se le alborota por el sudor y cae un mechón en su frente, se lo levanta con sus dedos mugrientos y sigue borrajando, dibuja la primera letra que es la *g* grande, grande.

Gata color canela,/ hija de una diabla./ ¿Eres tú quien/ retrata a la muerte,/ constata que esta ha pasado/ y ahí rocía su orín,/ sobre esos rostros,/ llenos de polvo?/ Presiento/ que se me está escapando/ la juventud,/ más allá del silencio de la verdad/ que proclamaba Céline/ y rememoraba mi padre,/ en la evaporación/ de las búsquedas,/ en el fin del ideal./ Preciosa deidad egipcia,/ hija de una diabla,/ ¿tus saltos ágiles/ y tus despedidas,/ desde algún tejado caliente,/ suponen/ que aún quieres/ borrar tu faz,/ estrujar tu fertilidad,/ fugar para siempre?/ De forma/ atropellada y torpe,/ agazapado,/ para que no me veas,/ me seco la lágrima,/ gruesa y contundente,/ que todavía no se desprende,/ del lado

izquierdo de mi ojo,/ por el que se avizoran/ varias líneas de expresión./ No,/ no lamas mis heridas,/ tampoco las tuyas,/ solo estira tu cuello,/ eso,/ hija de una diabla,/ así,/ un ratito,/ un ratito,/ para delirar/ con el concierto/ de tu ronroneo.

¿O eres tú la llama/ que se acercó/ a los indígenas/ y, al oír su música,/ se irguió sobre sus patas traseras,/ se burló de su contendiente/ y empezó a bailar con ellos?/ ¿O más bien eres el mismo indígena,/ que quema/ al animal que llevamos piel adentro,/ pero en última instancia desistes,/ por temor a los dioses/ lo liberas/ y finalmente,/ lo abrazas como hermano?

O si nada quieres,/ o si nada eres,/ lo tuyo,/ ¿es convertirte en humo,/ en sal,/ que se lleva el...?

Otra puntita de la navaja se rompe y sale expulsada velozmente unos cuantos centímetros más allá, con la velocidad de la pulga que luego de picar salta en el acto circense. Sin embargo, el gato negro no se inmuta, parece que está en la estratósfera y, sin chistar, sigue escribiendo como si nada sucediera en el mundo, ni siquiera regresa a ver a su navaja, solo aspira unos mocos verdosos que proliferan hace rato en las ternillas de su nariz y se limpia los que quedan afuera con su mano.

Ven,/ no te salgas,/ sigue moviéndote,/ me susurras anhelante,/ fantasmal,/ ausente/ y aunque de súbito,/ me atraganto con mi voz,/ que algo pronuncia,/ el calambre,/ sigue corroyendo mi cuerpo./ Intento explicarte/ que el miedo me mostró su rostro,/ enfurecido,/ bárbaro./ Un miedo de lamentos/ en el amanecer,/ con el pesar del dolor,/ en el ritual de las tribus/ congregadas a la hora del alba,/ en el seno ancestral./ Elaborando el mismo movimiento,/ oyes cómo apretaba los dientes,/ insana,/ locamente/ y los rechinaba,/ acostado,/ sobre el frío asfalto del cuarto,/ en el que nadie me oía/ y, mediante una metódica/ expresión corporal,/

intuyes cómo pasaban los días/ y mi cara/ y mi aliento/ eran otros,/ más avejentada,/ más descompuesto./ Enseguida,/ con mis dedos,/ amasijo mi cara/ y con mi boca,/ hago el sonido del agua,/ grafico el sudor grueso y contundente,/ que bajaba por mis ojos,/ por mis pómulos,/ por mi cuello/ partido en dos/ 'mitades'./ Lo mío es estar tapiado,/ escondido,/ encarcelado,/ ajeno a todo,/ insisto,/ dibujando espacios cerrados,/ barrotes y puertas./ Sin importar/ que ya no tenga/ más fragilidades que denunciar,/ sin importar, que me veas inerme/ y huyas de mí./ ¿Y ahora?/ me inquietas con recelo./ Aún siento que estoy demás,/ que nada me pertenece,/ que permanezco/ asido a tubos respiratorios,/ respondo pausada,/ pesadamente,/ pero la música/ cuando acaricia tu cuerpo,/ mientras bailas/ y te meneas en los pilares/ y ensanchas tu vagina y tu trasero,/ recibiendo toda la arremetida,/ pero las canciones/ cuando te llega a tus huesos/ y cantas moviendo tu dedo índice de un lado a otro/ provoca que el miedo se ausente/ y que esté contemplándote,/ otra vez,/ atónito,/ como al principio...

Porque cada vez que llego a ti,/ lo único que me sale/ es soplar mis manos,/ para evitar que los labios/ queden mudos/ y el cuerpo inerte,/ sin vida./ Y las ansias,/ el deseo,/ que han estado sumergidos/ en aguas profundas,/ permanecen intactos./ Entonces nos besamos/ y tu lengua me devuelve/ las palabras perdidas,/ te acaricio y,/ de a poco,/ constato que me muevo./ Quisiera al menos asirme,/ por una piola/ y reconocer que nunca te he tenido,/ pero no aguantaré/ ser timado/ por el espejismo./ Mientras ya nos separa/ la puerta del descanso,/ alcanzo a preguntarte,/ si nos volveremos a ver,/ no obtengo respuesta,/ pero es igual,/ porque yo vuelvo a buscarte...

Ya mismo te hago descansar, le susurra tiernamente el gato negro a la navaja, mientras observa la punta que salió desprendida

de ella. Por hoy ha sido suficiente, solo un poco más y descansas, aún tienes que servirme, aún puedes seguir cavando en el suelo de mi memoria, agrega consternado, porque sabe que a la navaja no le queda mucho tiempo de uso, ¿de vida? que pronto tendrá que botarla por la ventana lo más lejos que pueda y volar junto a ella a donde le guíe.

Ese olor me cura,/ me husmeo/ y te respiro...

Topa con la yema de sus dedos lo que ahora es el filo de la navaja, está caliente. El gato negro no quiere que se rompa más. Unas últimas sílabas y la pondrá en remojo, la secará y la guardará.

Mi alma/ es la de una hiena acorralada,/ cuando despierto,/ me abandona/ y colmada de niebla,/ ¿empieza a aullar?, ¿a agonizar?, ¿a quejarse?

Para de súbito ni siquiera en salvaguarda de la navaja, sino porque su cabeza se quedó en blanco. Desde hace rato su mente está dominada por visos de locura, es más, desde hace unos días atrás, tiene un peso en su nuca que lo aturde, además, en forma frecuente ve sombras que pasan y repasan por la celda lo que le provoca miedo y estremecimiento. De ahí que si nunca tuvo mayor sentido lo que escribía en el suelo, en los actuales momentos, mucho menos. Gira su cuello a la izquierda. El hombre y el shamán-gitano sonrían y continúan en una plática que ya llevaba horas. ¿Qué pasó, por qué te detienes, se te terminó de joder la navaja?, interpela el hombre burlándose.

En los primeros días de cautiverio, los movimientos que el gato negro ejercitaba con la navaja tenían algo de la precisión y pretendían, al menos, tener en algo la técnica con las que vio escribir al aprendiz del monje en *Las estaciones de la vida*, además, las letras mismas eran vistosas, legibles inclusive las que no formaban palabra alguna. En todo caso, cada caracter que talaba en

el piso le servía para sanar su culpa por los crímenes que cometi-ó o por los que dejó de cometer. Pero en esos momentos parecía el peor *Rush* dementado personificando al marqués de Sade.

Qué te pasa, le empuja el hombre al gato negro y le saca de su letargo. Nada, dice timorato y empieza a reír casi de manera intangible. Sin embargo, su risa es contagiosa e invade los interiores de los otros dos individuos, hasta que las carcajadas de los tres se funden en una sola, convirtiéndose en una capa gruesa e irrompible que, por un largo instante, los hace invulnerables, los amamanta y aquietta. Afuera se escuchan dos, tres tiros al aire. A los sujetos no les gusta que se rían, cuando oyen que algún cautivo se está riendo, sienten que están perdiendo el control.

El cielo está de un gris casi negro. La lluvia no ha cesado desde temprano en la mañana y se dibuja tan finita que, si alguien pusiera la mano, la podría traspasar como coladera. Las nubes más negras se mueven de Este a Oeste y en poquísimos tiempo cubren las partes del cielo que aún permanecen celestes. El viejo *sheriff* y el bandido están de espaldas y caminan contando hasta diez, se dan la vuelta, desembuchan sus pistolas. El *sheriff* es más veloz y su disparo, que ha penetrado en la frente del bandido, provoca que este caiga en medio de una nube. El *sheriff* sopla el filo de su pistola y ríe por su triunfo. Las pocas gentes que presenciaron el duelo desaparecen de la calzada hecha de nubarrones, salvo un mujer que se acerca desafiante al *sheriff*, le propina un trompón y corre a socorrer al bandido, pero ya es tarde, esta vez el *sheriff* ha salido victorioso.

XI

El shamán-gitano enloqueció solo una vez en su vida por una mujer, se quebrantó su sentido pragmático y su equilibrio. Sus pies se elevaron de la tierra. Fue por la mujer de ébano o por un ideal más bien subsumido en ella, constituido por una estatua de marfil que se ve de lejos, pero que todos los días es venerada y está llena de velas y dinero. Fue su deidad y su amuleto. Vivió con verdadera tristeza y felicidad, angustia y placer, todo a la vez, cada episodio que transcurrió a su lado. Al fin la hizo suya, ¿o ella lo hizo suyo?, el caso es que terminaron juntos, al menos eso era lo que pensaba hasta antes de que lo apresaran, de que le amortajaran sus adivinanzas, de que le quitaran su fuego y su alma, de que le clavarán sus elucubraciones, sus visiones y sus mentiras, en las cuatro paredes de la celda.

El shamán-gitano, así como perdió la razón solo una vez en su vida, tuvo solo un pupilo a quien le confió todos sus secretos y nunca le extorsionó. Lo conoció siendo casi una criatura, lo formó, lo educó y finalmente, cuando creyó que era el momento justo, le compartió todos sus conocimientos, sin el menor egoísmo, sin guardarse nada, sin esconder ni el más mínimo detalle. Vislumbró potencial en él, madera de brujo, de alquimista, de prestidigitador, y lo introdujo sobre todo en el tarot, le tendió las cartas, esta es así y asado, esta significa esto y lo otro, lo mejor es que se escojan veintiún cartas, ponlas de este modo; esta literatura te servirá para profundizar en tus dotes naturales. No

seas un charlatán, de esos abundan, debes llegar a conocer el fondo de la condición humana para, a partir de ahí, internarte en lo más oscuro, en los vericuetos más insondables de la personalidad de cada ser humano y, en alguna constante del futuro que es tan vasto, pero que se puede llegar a palpar, a sentir, a dominar. Luego de varios años de profunda hermandad, se separaron porque toda relación humana colapsa, se estorba, necesita respiro para no asfixiarse; pero transcurrido un tiempo, se volvieron a contactar mediante misivas, el pupilo había vagado, mochila en mano, por todos los rincones del país hasta que se estableció en la Costa.

Enero 21

Te mando este papelógrafo (adjunto a la carta) para que lo guardes si puedes, para que alguna parte lo grabes en tu memoria si consideras pertinente. Frecuentemente siento esa urgencia de al menos refugiar estas cosas que me pasan en tu mente. No me gusta pensar que son tan efímeras como todo lo demás. Para leer el texto adjunto tienes que preparar un recipiente con agua y mojarlo levemente, quitando lo que hay que quitar y cambiando lo que hay que cambiar porque esto funciona como la alquimia que usa el fotógrafo para develar sus fotografías, solo así emerge el texto que está escrito con achiote. Es lo que me cuenta la mujer de ébano. Me embrujó, claro, en lugar de yo embrujarle a ella. Es que fuera de broma, para mí nunca fue tan importante lo sexual. Pero este tipo de cosas realmente me ponen al límite. Preferiría no saber. ¿Preferiría? Ya ni sé. Si aprendes a vivir en la nostalgia, como yo, tal vez se pueda encontrar refugio en el saber que estas cosas existen para uno. Lo nunca encontrado. Pero, ¿por qué hay que virarle la cara y seguir el camino? Me

siento mal, porque he tenido que refugiarme en este sueño, de nuevo. Duele aceptar que no soy feliz.

Un abrazo

El shamán-gitano

Enero 23

Le agradezco maestro no solo el grado de confianza que me tiene, lo que prácticamente hace que se de vele íntegro, ¿más que yo a usted? no importa, quién más o quién menos, al final los dos, dicho sea de paso, tenemos nuestra mente atormentada y eso nos acerca y condiciona a la vez. Pero le decía que le agradezco no solo por su confianza, sino también por los insumos que me da para tratar de envejecer lentamente y no morir de súbito. Sabe que ahora ya, aproximándome a los cuarenta, si algo tengo fijo en mi vida es procurar no alejarme de sus enseñanzas nunca más, aunque esas palabras siempre se queden en el aire. Así mismo, en su actual situación (no hay e de ébano en nuestro extenso abc, porque usted ha contribuido a que se arrase con las letras del abecedario), le entiendo, se me vino a la mente *Desde el jardín* y tiene toda la razón, el sexo es lo de menos, lo que importa es el erizarse, el conmovirse, el sonrojarse, que las pupilas se dilaten, acariciarla a lo lejos con las manos temblorosas, que la sonrisa, en suma, de una mujer se sumerja en los adentros. ¿Cuándo viene al puerto?, estoy impaciente, para tomarnos un trago y jugar fútbol, (ahora sub 40, no tiene idea cómo he sufrido por constatar que hace rato se me van las fuerzas para el fútbol, ¿para la vida? y ya caliente, ¿o enfrió? banco, ¿alguna vez fui bueno?, ¿metí un gol?, ¿driblé a alguien?), hablar de estos ¿últimos? sueños, poderle dar un abrazo...

El pupilo

Enero 24

Completamente loca por mí. Se me fue la mano, para variar. Por un lado necesito esto, por otro le huyo. Me siento casi macabro, tipo vampiro, absorbiendo la esencia de mujeres inocentes, como adicto, para luego dejarlas a la deriva, es decir, ¿qué puedo hacer?, vos me entiendes cuando digo que no tengo la culpa de sentir así, porque es auténtico. Pero, ¿y ellas? Preferiría ser un viejo verde, cuasi violador, alimentándome de fluidos genitales y nada más, no viendo más arriba de los glúteos. En lugar de solo concentrarme en esencias. El discurso que uso (¿será el que todos los de nuestra especie utilizamos?, la misma verborrea) las derriete. Pero no es preparado. No tiene un fin, es simplemente lo que siento, como abogado del diablo, te puedo confesar que simplemente me guío por algo que tengo dentro y esta mujer me comprende. Entiende mi lenguaje, me lee. En fin, solo para mantenerte al tanto del embrollo en el que me metí, se acaba de ir diciéndome frente a mis clientes que no para de pensarme, que en la carta que escoge está mi imagen. Dos días de verborrea me tomó, dos sesiones de cartomancia, fueron suficientes. De sincerarme. Ojalá no se haga más público, no más porque se me arma el despelote. Te mando lo que le escribí primero en respuesta a lo que ella me dio y lo que luego ella escribió y yo también, cada uno por su lado. Mi respuesta al primero está más abajo. El juego es la tinta blanca (siempre hay algo, ¿no?; qué lindo que es, el juego secreto, el verdadero embrujo, algo que ni los shamanes ni los gitanos más sabios y antiguos han podido descifrar). Vos eres mi médium. Casi como comunicándome con otra dimensión a través de ti. Con que no divulgues mis tormentos sexuales, agotemos el alfabeto, letra a letra, lentamente, despacio, pausadamente, bebiendo de su aliento, oliendo de sus babas, tocando de sus huellas.

Qué bien que tengas el mantener nuestra cercanía como meta. Sería el colmo que a esta altura de nuestras vidas sigamos en niñadas. Si te separaste fue porque necesitabas labrar tu propio camino, para no ser más yo el maestro y el guía, y tú mi pupilo y mi sombra. Si con vos estoy mal, ya ni puedo imaginarme cómo sería si vos no estás. Más que mi pupilo vos has sido para mí una suerte de hermano menor, mi *Amigo trigo*; siempre entendí esa canción como la historia de nuestra complicidad en la vida, ¿en la muerte? Dirasme no más que soy un bruto luego de leer las notas. Es que es bruto lo que pongo. Como siempre, bien guardadas.

Qué haré ahora de la vida, qué haremos...

El shamán-gitano

Enero 30

Hoy en la mañana leí el texto, de nuevo. Disculpa que siga compartiendo esto con vos. Necesito hablar. Me estoy retorciendo por dentro. Sé que lo mejor que podría hacer por mí es mandar todo al diablo y llevarme esta mujer de ébano al lecho y esconderme. Quemar los templos, como dice *10 años de menos*, como le dije a ella. Echar todas las cartas malditas en la puta seudofina alcurnia que se escandalizaría al enterarse. Vivir. Sentí, sentimos el desespero. Cómo puede un abrazo dispararte así. Apenas he tenido tiempo de pensar en sexo. Es más el dilatación de pupilas que vos describiste. La emoción que da verla. Sentir que respiras. Que vea mi rostro como pensativo, no enojado, porque no es cierto lo de estar enojado siempre. Casi nunca estoy. Y claro, mi esposa nunca entendió y yo nunca entenderé por qué me quedé con esa, única carta. Y saber que quien no conoce más allá de ti que tu imagen en un patio entiende lo que dices, lo que realmente tienes para decir, lo que quería decirte hoy

es que me estremece lo que ella escribe. Es tan auténtico. Me encanta la parte en que describe las calles y la pobre gente caminando. Se siente tan real y más aún porque yo estoy en la historia.

Necesitaba desahogarme de nuevo...

El shamán-gitano

Febrero 3

Cómo me va a pedir disculpas por compartir su vida conmigo, no solo que me conmueve hasta las lágrimas leer las cartas (porque está usted, por la profundidad de lo escrito, porque usted hace que hasta yo aparezca en la historia, por la sensación de imposibilidad), sino que, le insisto, me alimenta y me da ánimos para seguir viviendo, me rondan ideas en la cabeza, me alboroto, me desintegro y otra vez vuelvo.

Sabe, lo único que le puedo decir (aunque sea obvio) es que, si no tenemos una vivencia de este tipo de vez en cuando en la vida (con todos los sufrimientos y cargos de conciencia que eso implica), la cotidianidad resultaría asfixiante, un tiro en plena sien, un deambular sin ton ni son, al compás de lo que nos impongan...

Así no la tope físicamente o la tope (eso es lo de menos), trate de vivir al máximo esta vivencia, juéguese esa carta, un abrazo y siga escribiendo.

El pupilo

Febrero 8

Estamos absolutamente locos. No hay más vueltas que darle. El tiro en la sien cobra cada vez más sentido. El rollo es aguantarnos lo que más se pueda, para no dejar al otro peor, más solo. Sigo mal y no creo que pase. Desespero es lo que

siento; no sé cómo más describirlo. Y yo que pensaba que mi mente entraba en una etapa de sopor inevitable, intentando materializar el autoengaño. Qué va. Todo indica que primero muerto. El ideal es mucho más fuerte; ahora es una mujer de ébano. ¿Qué será después? Hasta el último, ¿como nuestros ancestros? Pensaba que cuando acabemos con el alfabeto, ¿con qué más acabaremos? Me pregunto si esto nos mantiene vivos o nos mata más rápido, ¿súbitamente?

Un abrazo

El shamán-gitano

Febrero 12

Sabe, a pesar del desespero que usted me dice y que me parece tan bien grafica lo que está pasando, a pesar del ahogo y el remordimiento, del cargo de conciencia y de la posibilidad siempre latente de morirse, le noto con una fuerza que me contagia y me dan ganas de salir corriendo, dejar este trabajo y salir —mochila en mano— a la búsqueda perpetua. No hay más, hasta la última como nuestros ancestros y tratar de morir de risa y metiéndole el dedo, de vez en cuando, a la vida.

Sígame contando detalles.

El pupilo

Febrero 14

Aquí me tiene en vilo maestro, como exorcista sin poseído, como extraterrestre sin planeta y preocupado además. Bueno espero estén las cosas ahí, no tan hecho pedazos. Escríbame qué ha pasado.

Le mando un abrazo.

El pupilo

Marzo 10

Disculpa el relativo silencio pero hasta la semana pasada estuve colmado en cuanto a trabajo. Casi, casi, colapso en *surmenage*. Nunca he tenido tanta gente que asistir, pero desde ayer he pasado más libre y con un poco menos de peso de encima. De lo otro, sigo poseído. Las cosas igual, yo igual de desesperado, agobiado con la misma ansiedad sin encontrar ninguna respuesta que alivie. La pobre mujer de ébano, creyendo que yo soy el hombre de su vida. Y no la culpo, es que mírame... tremendo espécimen. No, en serio, anda enamorada hasta las patas y yo igual. Miles de detallitos que indican que estaríamos muy bien juntos, que deberíamos vivir al menos parte de la vida juntos, que yo estaría mucho mejor de lo que estoy ahora, que harían que la vida sea más interesante, más tolerable. Todas las anteriores han quedado opacadas, con eso te digo todo, inclusive mi esposa. Físicamente la describiría como exótica y me encanta. Por ahí van mis gustos, ya sabes. Pero, además, es interesante. Una vida mil veces peor que la de nosotros, cosas que son difíciles hasta de imaginar. Y, sin embargo, tanto en común. Intereses, gustos, ideales. Todo me hace pensar: por qué me pasan estas cosas a mí. No puedo dejar de dar vueltas al tema. Más complicado no podría estar. He pensado en botar todo y huir, seriamente, pero después me topo de lleno con la cotidianidad que vivo. Me atormenta la idea de que hasta allí llegué. Vos sabes que he dado mi vida a mi esposa, a mis hijos y a armonizar a la gente, en buena ley, nunca nada macabro, aunque sacándoles billete sin miedo, ese ha sido mi mayor pecado. Pero, ¿hasta ahí llegué, justo cuando algo tan significativo asoma de la nada? No puedo dejar de pensar en la cantidad de errores que he cometido en mi vida; oportunidades que se presentan y las ignoras por

temor. Prefieres quedarte con lo convencional, conveniente, confortable. De repente se te fue el tren, todo tiene que quedar igual, no tienes otra salida. Por qué no será más fácil simplemente vivir, ¿ser uno? Te adjunto el último texto para que estés al tanto de las últimas noticias.

El shamán-gitano

Marzo 15

Volvió hoy de un viaje de dos meses. Paría micos es poco hoy, esperando a que llegue. Los nervios del reencuentro. La emoción. La fascinación de sentir cómo se derrite y cómo me derrite. Todo se siente tan ridículo. Buscando fuerzas de algún lado para no irme al carajo, por poco y llorar como nena en pleno departamento, con el dolor ese tan grande que se siente cuando te arrancan algo tuyo. Buscando los huevos que nunca tuve para mandar todo al diablo. Te cuento que la puteé de los puros celos. Como te decía, hasta mi esposa ha quedado opacada. No sé ni por qué. No puedo explicarlo, pero es auténtico. Siento que estoy, peligrosamente, llegando al extremo, a punto de tocar fondo de nuevo. Qué bueno que memorices algo de esta vivencia. No sabes cuánto te agradezco. En algo calma mi desespero de que esto quede así en el olvido, como un soplido. Te seguiré enviando lo que venga. Desde ya veo que se va a poner más triste aún.

El shamán-gitano

Marzo 18

Como alguna vez le decía los líos y las penas no son medibles, están ahí para cargarlos. Lo que sí se me parece al menos extraño es que parecería que yo ¿o los dos? nos metemos por decirlo de alguna manera tenue en jodidas encrucijadas. Y ¿la

búsqueda de lo nunca encontrado?, como usted me dice, ¿la insatisfacción?, ¿nuestras mentes atormentadas? En fin, yo me alegro y me llena igual que a usted haber memorizado buena parte de su última vivencia, que la vivo, además, intensamente.

A estas alturas me imagino que el desespero estará aumentando en usted, sabe que el mismo Mastroianni, en su última entrevista cuando le preguntaron sobre el amor, respondió únicamente con dos palabras: 'he sufrido'.

El pupilo

Marzo 31

Caigo cada vez más en picada. Me siento cada vez más atrapado. Hasta los inminentes pensamientos suicidas me invaden de nuevo. Intento no retomar el hachís, más que nada para aumentar mis sanaciones, pero me está resultando difícil. Todo el tiempo ansioso. Como he dicho repetidas veces, y te reitero, lo único que quisiera en la vida es encontrar el ideal y quedarme con él mientras dure. El resto es efímero de todos modos, pero al menos la satisfacción de haberlo encontrado y disfrutado al máximo, lo único que hubiera querido. No tengo el coraje. No lo encuentro. Los huevos se me han subido y escondido detrás de la garganta. No sé si pueda bajarlos a su sitio y luchar por lo que creo. Dejar de lado a los demás, vivir mi vida como la quise. Gracias por insertar los textos en tu psiquis. Ya casi decidido a encontrar el ideal. No sé muy bien cómo, pero no es posible seguir viviendo en esta mentira. La otra opción es matarse. Cada vez que la veo, que estoy cerca de ella, me doy cuenta de que no tengo otra alternativa. Creo que voy a hacer la de tu viejo. Todavía no sé cómo. Me odiarían mis hijos, que son quienes más me importan, pero tal vez ellos no sufran, si tienen mi sangre

entenderán tarde o temprano, ¿no? Ya te mando lo último. Está cada vez más intenso esto. Bueno, ya te mantengo al tanto de lo mío. Abrazos.

El shamán-gitano

Abril 5

Yo estoy con usted hasta la cache mía decía el poeta, hasta las últimas consecuencias, con cualquier decisión que usted tome y para cuidarle y estar junto a usted en la vida y en la muerte. Usted es mi maestro de sangre y de vivencias. Espero noticias tuyas.

Cúidese.

El pupilo

Abril 12

Gracias por tus palabras. No se qué haría si no estuvieras ahí. Decidí que no puedo seguir así toda la vida. No es justo, además, todo se complica si no tienes algo de tranquilidad. Estoy con la mujer de ébano al borde de la locura. Todavía no sé si las cosas vayan a funcionar porque ella también tiene su rollo y puede salir con que prefiere no arriesgarse, en todo caso, tomará tiempo. Lo que se me viene encima va a ser un infierno, pero me voy a arriesgar. Me veía el otro día en un lecho de muerte, consciente, arrepentido de no haber vivido más o mejor (qué pensamiento para escalofriante). Bastó. El fin no está tan lejos como el principio, como dice la canción. La infancia se recuerda lejána pero la muerte está a la vuelta. No puedo vivir así lo que queda. Tal vez la mujer de ébano luego me bote; no me importa tanto. Prefiero solo, a lo que tengo ahora. Difícil entender a las mujeres. Ya te he de llamar, no he podido por mi trabajo que como

vos bien sabes me demanda viajes frecuentes. Necesito desahogarme. Si vieras el insomnio que me cargo. Nunca tan malo ni tan prolongado, colas enormes de gente. Te sigo escribiendo. Abrazos.

El shamán-gitano

Abril 21

Mi gasolina hoy por hoy es la mujer de ébano. La intensidad no tiene límite; esa emoción de verla, de explorarla, no tiene comparación. Sería mejor sin tantas complicaciones. No hay sospechas. Es más, curiosamente todo como que ha conspirado para facilitar las cosas, por eso estoy en estas. El rollo no es solo mío (y qué rollo) sino también de ella; está en una relación y no sabe si salirse. La entiendo, porque a la final botaría algo que siente más seguro que meterse con un viejo como yo, más de veinte años mayor y con dos hijos. Entonces mi paso no tiene final garantizado, pero igual lo voy a dar, no es justo vivir así. Me estoy consumiendo, no sé todavía cómo. No antes de julio al menos. Voy a ser lo más sincero. Decir simplemente que no soy feliz, ya es obvio. No le va a tocar más que aceptar, no voy a mencionar a nadie, porque ahí todo sería un malentendido. A vos te digo, porque me comprendes, que la mujer de ébano es más que nada un canal, es quien me da fuerzas. Me hizo dar cuenta lo desperdiciado que estoy y, si ella al fin no quiere arriesgarse conmigo, la entiendo, pero yo tomo mi camino y no queda otra que quedarme solo. Mis hijos van a ser tremenda complicación. Yo no tendría problema en verlos y estar junto a ellos más que ahora inclusive, pero vas a ver que con las obsesiones y resentimientos que girarán alrededor del asunto me van a etiquetar como el tirano de la película. Todo es lindo en la vida cuando te sientas a

vagar el día entero, mantenida, incubando tu sueño, ¿y mis sueños? En fin, se me viene la tormenta, pero estoy decidido, como te decía es esto o matarse. Dejarse morir no vale la pena, la vida es muy corta para eso. Un abrazo.

El shamán-gitano

Abril 29

Tenaz lo que me cuenta pero al mismo tiempo vital, necesario, para sobrevivir, maestro, lo otro es simplemente dejarse morir. Los largos años, ¿también incidirán?, ya mismo me toca a mí lo mismo, es muy probable, pero como le decía en alguna carta, en medio de la tormenta, lo veo caminando decidido, con valentía y coraje. Claro que será un impacto, como usted dice el malo de la película será usted, pero ahí estaré yo para apoyarle en todo, también estará la mujer ébano que se arriesgue y, si no, estará alguna otra mujer del alfabeto inagotable de nuestras vidas. Le mando un abrazo, este más fuerte que los de costumbre.

El pupilo

Mayo 8

Cómo te explico, la veo y la siento más que perfecta. Me tiene más que al borde de la locura, todo el día con los pelos de punta, esperando a que se escape para que me dé un abrazo y sentirle cerca. Un sentimiento tan grande, que hasta ganas de dejar mi semilla vieja me da, de regresar mis genes a la cuna de la puta humanidad. A ratos (solo a ratos) caigo en cuenta de lo que estoy a punto de hacer y aun ahí no encuentro razones fuertes para no hacerlo. No va a ser fácil, pero a vos te digo, sinceramente, o eso o me mato. Morirme a fuego lento no, en moto creo

que sería o como se mató mi abuelo, inmolado y de una. Esta es simple y llanamente la mujer de mis sueños, nunca quise nada más en la vida y no me voy a cruzar de brazos y verla irse.

El shamán-gitano

Mayo 14

Me emociono igual que usted con lo que está sintiendo y viendo y le repito, yo estoy para apoyarlo en todo, en servirle de escudo o de cualquier otra cosa que sea necesaria.

Cuénteme novedades.

El pupilo

Mayo 19

Por mi parte, cada vez peor, más metido en el asunto. Luchando todo el tiempo para encontrar la respuesta más sencilla al problema, pero parece no haber. Como tal vez te decía, por primera vez en mi vida siento que estoy decidido a hacer algo, convencido de algo, sin engañarme, pero eso no le quita que va a ser un infierno pasar por esto.

Un abrazo.

El shamán-gitano

Mayo 25

Ya el asunto está consumado, solo falta dar el piquetazo final a mi vida y arranco. Lo único es que todavía no se cómo ni cuándo. La ansiedad sigue, ando que fumo y bebo como barril sin fondo, a diario. Alcoholizado. Siempre se vuelve a lo mismo, siempre estamos dando piquetazos finales y arrancado, ¿maldición gitana?, ¿karma?, ¿pata de conejo?, ¿ayahuasca?, qué será, pero el caso es que se nos ha complicado la vida y también le

hemos complicado más aún de lo que ya es. La mayor parte solo goza y disfruta, nace, se reproduce, caga (bastante) y muere, en cambio, nosotros siempre al filo...

El shamán-gitano

Mayo 28

Ayahuasca, me he dedicado por completo a la ayahuasca. Para serte franco, es la primera vez en mi vida que creo que le voy a dar al piquetazo. Hasta ahora todo ha sido huir, esconderse, sí sería bueno disfrutar y gozar un chance más, sin cargar tanto, claro, ni convirtiéndonos en simples cretinoides, pero viviendo. Porque terminar amortajado, con cara de arrepentimiento, pensando que tal vez hubo algo más, no vale la pena. Quisiera viajar con vos un poco, sabes, al Oriente, donde nació mi abuelo. Ver esa cosmovisión, salir del mierdero este de sociedad. Estoy de algún modo en plena autodestrucción, escapismo o estrategia, todavía no sé bien. A veces estoy timorato, a veces ya no, hoy en la mañana me regaló un libro, pero lo que me conmovió es que me dio también un regalo para ti. Te lo guardo.

El shamán-gitano

Junio 3

Algún momento y pronto debemos viajar un poco, salir y buscar otros mundos como usted bien dice. Quizás este, el actual, es mi primer tiempo de inflexión, para usted debe ser su segundo o tercero. Totalmente de acuerdo, siempre ha sido la huida, ahora toca un giro brusco, decidido, agónico de pronto, pero imprescindible. Usted quizás en su vida personal, yo, en cambio, estoy decidido a abandonar este actual lugar de trabajo. No es

fácil, creo que, alguna vez le decía, solo en mi cuarto por cuatro de espacio que ocupo en mis labores cotidianas me siento a salvo, además, son quince años... Creo que ya es hora, no cree maestro, de dar giros y no siempre huidas, como usted también dice para no arrepentirnos al menos de tantas cosas. A mí también me conmovió el regalo que me ha comprado la mujer de ébano, agradézcale de mi parte y dígame que basta con lo que usted me ha contado de ella y lo que he leído en sus cartas, para que ocupe parte de mi vida.

El pupilo

Junio 9

A ratos, solo a ratos, me siento culpable por esto, me dura poco, basta con regresar a la casa y vivir la relación inútil de pareja y la culpa se esfuma. Después me acuerdo de la mujer de ébano mirándome, con una expresión casi de dolor por la intensidad, y ya no hay espacio para ningún tipo de culpa. Todo tiene sentido, como que encontré protección en una fortaleza, no hay marcha atrás. Me gusta escuchar que estás decidido a cambiar de rumbo laboral, no puedes seguir ahí. No tenemos muchos más años de vida. Hay que buscar alguna satisfacción, yo la encontré y espero que vos también pronto.

El shamán-gitano

Junio 16

Ayer en la tarde me hundí. Caí a pique y no sé cómo salir. Estoy mal, no sé qué voy a hacer. Ya ni la ayahuasca ni la marihuana me sirven...

El shamán-gitano

Junio 17

Me preocupa, maestro, cómo servirle de bastón, capaz recordándole que es mi maestro de sangre y de vida, que aguante y ya se verá qué es lo mejor para usted, pensar en usted por primera vez, si lo mejor es pegarnos un tiro o hundirnos en la misma u otra mujer, dejarnos de estupideces, también por primera vez en nuestras vidas.

El pupilo

Junio 20

A mí también me preocupa, no estoy bien. Hoy por primera vez pensé en el tiro como opción clara. La tristeza más honda me invadió. Por primera vez pensé en mi esposa y mis hijos; dejé de pensar en mí y volví a lo que ha sido siempre mi vida. Caminaba por las calles y, si no lloraba, fue porque tenía varias citas que atender, varios conjuros que implantar, pero a mí ninguno de mis conjuros me sirve. No sé cómo puede ser que uno vea la verdad y ahora la vida otra vez me cae con el baldazo; insiste en perpetuar mi infelicidad. ¿Por qué no puedo ser feliz con mi esposa? Lo único que he hecho es quererla, mal o bien, pero quererla, protegerla. Ahora no entiendo cómo lo único que quiero es huir y dejarla tal cual. Cómo te digo, el tiro es lo que se me vino a la mente, no está bien que uno, por querer, termine destruyendo a quienes te quieren, no entiendo la vida. Comparto esto con vos, no sé por qué ahora... No sé por qué, tal vez porque esta intensidad no la puedo guardar para mí mismo, porque necesito que al menos vos entiendas lo que me quema por dentro y por fuera también.

El shamán-gitano

Aunque hubo unos cuantos intercambios más de cartas, resultaba imposible encontrar algún sentido en ellas, algún hilo conductor, alguna lógica. El shamán-gitano, de manera virulenta, terminaría por largos años preso de las insondables alucinaciones que produce la adicción a la ayahuasca.

XII

¡Le dejaste!, ¡dejaste que te pruebe! ¿No es así? ¡Contéstame hijeperra!, gritó el hombre con furia a la mujer. ¿Te llegó adentro? ¿Ni siquiera hizo cable a tierra y el semen sucio te llegó hasta el cerebro? Taquicardia, la mano de la mujer se deslizó sobre el pecho velludo y grueso del hombre. Ambos sabían de antemano que no tendrían muchos encuentros por delante.

Resultaba difícil etiquetar el departamento donde vivió el hombre desde que se divorció, hasta antes de que se mudara a aquel escondrijo, previo a su confinamiento. Lo que no podía pasar desapercibido era una serie de discos compactos y películas piratas, libros y ropa botados en cada metro cuadrado. Una escalera, unas dos lámparas de querosén, unas cajas de espuma-flex desbaratadas, tres libreros copados totalmente de libros de literatura y filosofía, sobre todo, y varias velas blancas completaban el escenario. Una fragancia como extraída de un árbol de capulí, pero que más bien salía de un incienso eternamente prendido, boyaba de forma intensa y armónica. Por último, unas simbologías, cada una con leyendas extrañas, escritas en francés, italiano y portugués, adornaban las paredes.

La mujer nunca tuvo una sola libra de más, en su estómago se graficaban cuadritos, sus senos y su trasero permanecían siempre erectos y firmes. En su tobillo izquierdo usaba una pulsera de madera finita y en su cóccix un tatuaje con motivo de alacrán. Su piel lucía siempre bronceada y en los brazos tenía delicados vellos rubios.

Dime... el hombre empujó a la mujer contra la pared y con sus manos pellizó sus pómulos, dejándolos impregnados con las huellas de sus dedos. La mujer rio juguetona y le arrancó los botones de su camisa que marcharon parejos hasta chocarse con la puerta de entrada. Llevas siempre tanta ropa... afirmó la mujer cuando sintió que su bibidí era desprendido. Con quién te has acostado estos meses de ausencia, dime, anda, quién te está metiendo la verga, contesta, inquirió sosegado, ya sin el vigor, peor la violencia del inicio. Sus manos sacuden todo el contorno de las nalgas y la vagina que empieza a humedecerse. Contigo, respondió la mujer, contigo, insistió firmemente. Sin embargo, estaba aturdida, su cabeza daba vueltas, se mordía la lengua, jadeaba y de sus labios se desprendía un hilo de sangre mínimo. El hombre se zafó la correa y latigó el trasero de la mujer; se bajó el cierre, y pantalón y billetera cayeron abruptamente al piso del descanso, muy cerca de las cajas.

Óyeme, alguna vez en tu vida, óyeme, insistió la mujer a la defensiva, pero en tono molesto, sin demostrar nada de temor. Te juro que solo tú. Nadie más ha terminado adentro mío. Tú has sido el único, solo tú. A nadie he abierto mis piernas, solo a ti. La mano del hombre acabó por romper lo que quedaba de las cajas. El chirrido de las cajas les provocó escalofrío.

Cuando el hombre y la mujer emprendieron su relación se veían solo los viernes. La mujer lo esperaba en la esquina de su oficina, en una calle sin salida. El hombre compraba una botella de aguardiente Coquito que bebían siempre a pico antes de intimar, antes de que el hombre recorriera con sus manos su figura pequeña, sus bucles hecho resortes, su nariz ancha, sus ojos grandes, de color sepia, antes de que la moldeara como si estuviese formando una silueta con plastilina.

El riesgo, al borde, siempre al borde, esa fue la constante. El hombre se estacionaba en cualquier paraje y reclinaba el asiento del pasajero de su Mustang verde para el contacto sexual. Ahora me fui al sauna, tómame... le anunció una vez la mujer acezante y se bajó las bragas, pero el hombre quería que le dijera algo más, quería que le dijera que lo amaba, quería oír eso y entonces desaparecer. No pasaron mucho tiempo juntos, y el hombre, que había dejado y apostado todo por la mujer, la dejó de ver, aunque la buscaba, embobado y lloriqueante dando vueltas sin fin a la manzana de su oficina. Nunca se atrevió a golpear la puerta y preguntar por ella.

La mujer abortó dos veces con un intervalo de un mes o mes y medio dentro de su fugaz relación. Negarse, eso es la procreación, repetía una y mil veces, yo no quiero negarme.

Unos cuantos pitillos de marihuana, el humo atascado en las amígdalas y el deseo. Al fondo, la escalera. Vamos, subamos por la escalera a la luna, pronunció la mujer. Rieron. Bueno, subamos, respondió el hombre casi sumiso, a pesar de que las voces que escuchaba arriba le empezaron a causar pavor. Sonó una melodía brasileña. La audición se agudizó a tal punto que distinguieron perfectamente el violín, el piano, la guitarra y la voz que les penetró hasta extasiarlos, todo tuvo vida propia. El cantante sopló al final de la tonada y les terminó de encumbrar.

La mujer pescó con su mano el glande del hombre y formando una red con sus dedos se deslizó por todos los contornos del pene. Apretó los testículos con escorzo. Solo ahí con una confianza y desenvoltura extremas lo abismó en su boca. El hombre, sacando como pudo su pene de la garganta porque ahí mismo iba a orgasmar, la trepó y construyendo una especie de tijera con sus dedos, empezó a incrustarlos en ano y vagina, y no supo cómo, grada por grada, la siguió trepando.

Ya arriba, dos enanos reían con la exhibición y el hombre, palpando su miembro, constató que seguía duro. Sin perder el tiempo y a pesar del espanto que le corroía y se apoderaba de él, agarrándola esta vez del trasero, la alzó en sus brazos y se hundió en la mujer.

Así, la vertical, alcanzó a murmurar la mujer, sintiéndose con otro intruso en sus adentros.

Desde atrás, desde una especie de tragaluz sostenida por varias barandas de madera llenas de polillas, carcomidas por demasiados años de nostalgia y pesar, las bocas abiertas sin dientes de los enanos, que presenciaron toda la puesta en escena, esbozaron sonrisas de idiotas y menearon sus sexos a rabiarse.

El hombre tuerce su cabeza para acostarse de lado y la luz ahogada, que en ese rato llega desde la abertura, encandila sus ojos y provoca que vuelva en sí. La mujer y los enanos sin dientes desaparecen. Recuerda los últimos tiempos en que aún vivían juntos sus padres, rememora la expresión de asco de su padre cuando se encontró una mañana con su madre en la cocina, esa expresión que reconocería en cualquier cara de cualquier ser humano, que la tiene tan presente, a pesar de que la vio una sola vez, pero para él fue suficiente para volverse inconfundible. Luego de verla, estaba seguro de que su padre se iría lejos de su casa para siempre. Simplemente su padre elevó su boca hasta las ternillas de su nariz, su ceño se le hundió hasta topar sus huesos, su mirada se extravió, contrajo el aire y lanzó un soplo eterno para no vomitar. Nadie le enseñó a distinguir los gestos, pero desde muy niño, si alguien le preguntaba qué es el asco, recurriría a aquella expresión de su padre. Percibe, por fin, otra vez el dolor de las noches de espera, cuando desde la ventana sin cortina de su cuarto, tenía la esperanza de verle llegar a su viejo.

Sintiéndose un poco menos aturdido, recorre la celda hasta ubicarse en el sitio donde entra más luz, con el fin de alumbrar las líneas esparcidas en el piso, escritas por el gato negro, que a esa hora las lee todos los días. No puede concentrarse y más bien, entre palabra y palabra, ahora su mente recorre el día anterior de cuando tuvo examen del Quijote. Había tenido más de dos meses para leerlo, pero solo un día antes palpó el libro y, al ver lo voluminoso que era, lo primero que se le ocurrió fue crear una suerte de poleas para que lo sostuviera en el aire y, así, dedicarse a pasar las páginas sin cargarlo en sus manos. Clavó entonces sendos tornillos en el techo de su cuarto, perforó dos huecos en la tapa y contratapa del libro, en los huecos instaló otros dos tornillos; dos alambres finísimos, atados a los cuatro tornillos, sostendrían desde el techo las barbas del Quijote. Suspensión aérea, gravitacional. El libro como un péndulo, levitando en el espacio. Claro, al primer intento de mantenerlo en el aire, cedieron tornillos y alambres y el Quijote, Sancho Panza y Dulcinea fueron a dar inevitablemente en el sueño más profundo. Cuando despertó en plena madrugada, ya sin poleas ni tornillos ni alambres, empezó rápidamente a leer unas cuantas páginas, saltando de un capítulo a otro, para no quedar tan mal en el examen y a tratar de rellenar los orificios del libro papel Biblia porque, si su padre se daba cuenta, aparte del cero, le esperaba una buena repelada.

El Quijote también se diluye y más bien aparecen otra vez los enanos abriendo sus bocas sin dientes, pero ahora la cierran, los bordes de los labios se alzan hasta las narices y unas sonrisas, esta vez como de payasos tristes de feria, empiezan a dominar la noche helada de la celda.

A la mañana siguiente el hombre, totalmente perturbado, despierta al gato negro y le susurra al oído que el shamán-gitano

no asoma, que la noche anterior entraron los sujetos y se lo llevaron, que puede ser inclusive que lo hayan desaparecido. Para ese entonces, el comportamiento del hombre tendía a ser delirante. Dos semanas de encierro y sin pastilla para suplir su tiroides y de estruendosas carcajadas en fracciones de segundos pasaba a lamentos lacónicos, menudos, asemejando una queja de animal mal herido. Unos pelos de barba incipiente le crecían desacomodadamente. Se rascaba, no había parte de su cuerpo que no le diera comezón. Su piel estaba enronchada y llena de paspa y granos rojizos. Su corazón se escurría como un cocodrilo en aguas turbias. Cuando compartía con los otros dos prisioneros, su comportamiento tendía a ser delirante. Delirante, hablando consigo mismo, caminando encorvado, pretendiendo evaporarse y no volver más a dar ni siquiera una pisada, una sola puesta en pie.

No hables huevadas, brama el gato negro, ahí está el shamán lavándose el cogote, pero lo que el gato negro no se había percatado es que los movimientos del hombre, desde hace varios días atrás, empezaron a robotizarse y peor aún que en su cabeza se instalaban pensamientos fijos.

Cuerpos sin rostros deambulan en la psiquis del hombre. Ya no piensa en la mujer, se le ha escapado de forma repentina de su mente, por más que en ciertos momentos se esfuerza por recordarla, cerrando los ojos con toda la furia que le queda, frunciendo el ceño, definitivamente ha desaparecido, no existe, ni en su mente ni en sus sentimientos. Ya no tiene sentimientos, ya no decide, quizás nunca amó a nadie, quizás nunca decidió por sí mismo. Cuerpos sin rostros deambulan en su psiquis, en uno de ellos se dibuja una cara conocida, la del shamán-gitano, a quien le llora confesándole que nunca ha amado a ninguna mujer. Apareciste, le dice abrazándolo con todas sus fuerzas, dónde te

metiste, te busqué, no estabas. Ah, ya sé, estabas practicando otro de tus conjuros, sácanos de aquí, desaparécenos, ya no aguanto más este encierro, implora el hombre al shamán-gitano sujetándole de las manos, del tronco, de las piernas que se doblan de impotencia. Mi pastilla...

Conforme pasan los días, el hombre se angustia aún más, sus músculos se tensan, rechina los dientes con más potencia que caballo de carrera, no aguanta el dolor en la mandíbula, el esfuerzo de relajarla termina por contraerla hasta dejarla inmóvil. Su comportamiento es delirante. Le han llevado a un sitio devastado, carcomido hasta en sus últimos confines, erosionado, corroído, inmundo, inmundo es la palabra. La puerta crujiente de metal se abrió y se cerró, y enseguida lo vio por primera vez. La casona fue, sin más, una larga galería a un solo andar.

Si alguna vez leyó que estar enjaulado es una reducción de las posibilidades al mínimo posible, ahora piensa que ni siquiera es así, que ahí adentro no hay posibilidades, que simple y llanamente está en un viaje sin salida hacia la nada, no solo porque se está reducido a ella, sino también porque vaga en la nada, el mundo 'exterior' no distrae, no existe, no. Es que tampoco existe el tiempo, solo se percibe su olor a vómito, por eso hay como renegar de él, patearlo, ignorarlo, el tiempo está inanimado.

Estar preso de forma tan extraña, sin proceso, solo cadena perpetua, no tiene ningún sentido, el hombre está consciente que por su delito algún momento debía pagar, alguna vez leyó que quien comete un delito debe estar dispuesto a aceptar sus consecuencias, pero dónde está, quiénes fueron los sujetos que le aprehendieron, quiénes les alimentan a diario, cavila y se da cuenta de que la realidad y la ficción son innecesarias, porque está ausente, desconectado. Y cómo sobrevivir, se interroga por

fin, ¿pegándose con sus propias manos hasta morir, como pregona el gato negro?

Mientras tanto, el comportamiento del hombre es cada vez más delirante. Se angustia sobre todo por la simulada energía del shamán-gitano que aparenta tenerla mucho más que el gato negro, quien sigue viendo sombras. Sin embargo, el hombre no deja de hablar indistintamente con los dos, para eso al menos se incorpora de su cama. Toma un poco de agua y comienza a comunicarse.

Por su lado, el shamán-gitano siempre está hablando, si no es con los otros reos, consigo mismo, degusta cada palabra hueca que pudiera haber en el diccionario, de la mujer de ébano, eso sí, nunca habla, solo cuando se acuerda de ella tararea alguna canción de Blades, algún solo de piano.

El shamán-gitano les comenta que su abuela siempre le acompaña, que permanece a su lado y pasa el tiempo conversando lo mucho que su abuela sufrió cuando huyó de su país por la miseria que provocó en Europa la primera guerra mundial; de la unión que tuvo con su abuelo, un indígena shuar, de su sangre mitad gitana y mitad indígena. Les cuenta que cuando era adolescente, su abuela le inició en el arte del tarot y su abuelo en el shamanismo. Les refiere cómo todas las noches desde que está ahí, con atuendo de indígena, recorre libre la selva amazónica; de la piel de gallina que se le pone cuando siente en su cuerpo el roce de las hojas de los árboles y el piquete de las moscas; de la intensidad que supone para él percibir en sus pies la humedad de la tierra y en su cara el viento extremo. Les confiesa la desolación que sintió aquella vez que compartió con una familia entera de muertos, se trataba de una pareja y su hijo pequeño, quienes habían fallecido en un accidente de tránsito y aún se resistían a

dejar esta vida, tiritaban de frío, el shamán-gitano les brindó refugio una noche, les brindó su cama y conversó con ellos hasta la madrugada, él les hizo entender que ya no pertenecían a esta vida; por fin durmieron, a la mañana siguiente, encontró tendida su cama. Les indica la parte baja de su estómago, les dice que ahí le surge un retortijón cuando vuelve a su encierro.

El shamán-gitano desde niño aprendió a no ver de frente, a esconder algo, a desconfiar para luego acorralar y descifrar, pero si alguien lo conoce ahora, juraría que nació para estar enjaulado, juraría que, si lo liberaran, iría de tumbo en tumbo tropezando por todas partes. El ser humano se institucionaliza, es un animal de costumbres, seguro si pasa mucho tiempo encerrado, no va a querer salir de la jaula, el miedo se apoderaría de él, igual al que sintió el personaje de Freeman cuando le anunciaron su pronta libertad en *Sueños de fuga*. Ahora sus dominios están ahí, adentro, ya ni siquiera en sus círculos imaginarios, en sus visiones, en sus poderes mentales.

Los tres conversan una o dos horas al día, también se encaraman en la ventana y fantasean con visiones. Conversan, el shamán-gitano le guía o pretende guiar al hombre, le enseña jerga de otros tiempos, porque él —reitera constantemente— no tiene edad, se cree intemporal. El gato negro, en cambio, lo ejercita en el conocimiento de ciertos aspectos ignorados de sí mismo y, sin duda, a simular placeres y a fingir, a representar, a disfrazarse, aunque encerrado no le sirva de mucho. El hombre a pesar de su aturdimiento habla y bromea, vacila, les hace reír y a veces, de tanta burla, inclusive se gana una reprimenda, sobre todo por parte del gato negro, que es el menos tolerante.

Hay que ingeniarse el modo de ser siempre lo mismo, duplica cual disco rayado el shamán-gitano, sin alardear. Su frente

está surcada por infinidad de líneas superpuestas, indelebles, como quemadas a fuego lento, lo que pasa es que por el turbante que colinda con sus cejas, ninguno de los otros dos prisioneros ha podido ojearlas. Mueve bastante las manos, gesticula teatralmente, sus modos son tan saltarines que parece un *clown* novato. Había sido un borracho, en eso coincidían con el hombre y con el gato negro que, de tanto recordar sus humores de alcohol, se les hacía agua la boca, el estómago se les descomponía y hasta los nervios se les alteraba más aún.

El tiempo de las palabras está afuera. Aquí, lo único que nos queda es cantar *Con diez años de menos*, porque nos están aniquilando y sin poder hacer nada, además, pensando en la soledad que nos imponemos. ¿O nos viene? Pero no es la soledad de estar solos y aquí —en esta jaula y muertos en vida—, sino de sentirse. Resulta difícil explicar, ¿no? Creo que también les pasa. Aquí todo se intensifica, sientes el doble. ¿Quién mierda nos habrá enjaulado? El vacío. ¿Será que alguna hembra hubiera podido llenarlo? En este punto no queda más que preguntar en pretérito pluscuamverguero. Tal vez ninguna. No hay vaginas de oro, tampoco huevos de oro, en eso Bigas Luna tenía razón. Horrenda verdad. O tal vez hay una que otra por ahí, pero nosotros aquí, encerrados, imposible que nos toque una. Vaginas de oro. Hembras de oro. Que entiendan esto. Que entiendan que uno puede tener todo y aun así sentirse sin nada. Que entiendan que por esa misma razón las necesitamos, pero no a nuestro lado, sino dentro de nosotros, vaginaadentro, piernaadentro, corazónadentro. Si en un momento dado nos hemos visto en ellas, reflejado uno mismo en la hembra y de repente el reflejo desaparece y el sueño termina... ¿Y? Ahora solo el encierro. Creo que hubiera preferido nunca verlo. Ahora estoy como diablo en

botella, como beata sin Dios. Ansioso, desesperado, sin encontrar una respuesta. Y con tremendo repertorio de preguntas, la cosa no es fácil. Al final supongo que lo único que se necesita es tener piel adentro, inclusive aquí si tuviéramos una pielcita les aseguro que ni el encierro nos importaría, recita todo como de memoria el gato negro, mientras va y vuelve varias veces de su catre a la ventana.

Bueno, al menos me tranquiliza que estén ahí, aquí, peor hubiese sido estar solo, consuelo de tontos, decía un tío mío, pero eso pienso, continúa hablando el gato negro. Al menos me alivio contándoles. Ustedes que conocen algo de mi vida y, si no, ¿a quién hablo?, a pesar de que a vos —dirigiéndose al shamán-gitano— no te tengo gran confianza, no por shamán ni por gitano, eso sí, valga la aclaración. Además, su puta risa me hace bien, me da bríos que, aunque dura poco, al menos me sirve para terminar el día, los días. Muy contados han sido quienes me han hecho matar de risa en la vida, pero nadie como ustedes, claro que en el encierro todo se vuelve difuso, pero igual, el gato negro se silencia y hunde su cabeza en el colchón que expele un aroma a pez descompuesto, putrefacto. El olor le llega hasta el cerebro, no atina sino a toser por el asco.

Me voy a dormir dice el hombre y sin levantar la vista, se dirige lentamente a la litera. No huevees tanto, eres una mierda gato, afirma el shamán-gitano con sorna, en lugar de cranear cómo salimos de aquí, continúa y observa al hombre que se arropa con una cobija.

El hombre acostado en su cama dibuja líneas en el aire, cuerpos sin rostros. Cabezas, troncos, brazos, manos, piernas, pies, van copando su enferma psiquis. Las piernas y las botas de Tábara se dibujan en su cabeza y las plasma en la atmósfera. Las cabezas son

inanimadas, etéreas, permanentes, cercanas a la locura, en el estado mental en el que están los tres ahí, en cautiverio. El aire se condensa adentro de su garganta, aprisionándolo. La escasa luz, que esta vez emana la luna llena desde el vano, provoca que las piernas suspendidas en el aire den pasos agigantados.

Por fin, el hombre se queda en el váter y orina. Una descarga amarillenta restalla contra el suelo. Suspira dos veces y se inclina hacia atrás, deja que su cabeza descansa sobre la pared. La mujer, piensa. En ese instante recién alcanza a captar que su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Seguramente el shamán-gitano y el gato negro —se pregunta más que aseverar— son capaces de asimilar los cambios de sus vidas y percibir en ellos el desbarrancadero que habría de transformarlo todo, pero él ni hablar, no se resigna, todavía se niega a aceptar su realidad. Sigue en esa esquina clavado unos segundos y, al cabo, ve su cuerpo: ha orinado por cualquier parte y su calzoncillo está mojado. Se arrima al grifo, enseguida renuncia a la idea de tan siquiera coger el churretoso jabón y deja solo que el agua se deslice sobre sus manos. Al agarrar el trapo que fungía de papel para secarse, acerca la cara a la ventana: por un periquete la mujer vuelve a instalarse en su psiquis, la ve en cuclillas, secándose su vagina con un buen rollo de papel que luego bota al suelo. Frota los barrotos de la ventana, solo entonces se esparce para dejar que el gato negro se adueñe de ella.

Ya era hora, cuando te adueñas de la ventana, no hay poder humano que logre que te retires. Vamos, vamos, bájate de ahí, déjame a mí también respirar un poco de aire, alargar mis dedos para arañar por lo menos una gota del rocío, dice el gato negro.

El gato negro una vez instalado en la ventana es testigo de un espléndido amanecer: lo negro da paso a un cuarto, una

mesa, bancas y naipes, lo gris a sombreros de ala ancha y gabardinas con los cuellos levantados, las estrellas a cuatro gánsters que están jugando una partida de póquer interminable, dos tiros secos, llega la policía, los gánsters huyen presurosos. Su lente en un ángulo bajo, regresa a ver el techo de la celda, lo que le provoca una sensación de claustrofobia y, cambiando a un ángulo alto, ve cómo el hombre y el shamán-gitano se elevan del suelo de forma expresionista. El pasillo de la celda se convierte en una larga calle nocturna.

XIII

La percepción del hombre, solo horas después de lo que vivió aquel jueves, tuvo que ver con el padecimiento de una misma enfermedad. Adherida a la piel, no la quejumbrosa y amarga, sino la imprescindible para que sobrevenga lo inesperado, porque sabían de antemano que lo malo no está en sentirse enfermo, sino en que siempre la enfermedad nos da y nos quita placeres. Había cierto inconformismo en los tres, cierto desdén, cierta culpa, pero sobre todo, curiosidad por explorar ámbitos desconocidos, proscritos, mórbidos, ansias por lo no vivido.

Se reunieron antes de las doce del mediodía. Un plato grande de fritada, acompañado de maduros fritos, canguil, tostado, empanadas de morocho y algunas cervezas fue lo que comieron y bebieron. Conversaron de su trabajo y de la conveniencia, frente a tanta habladuría de la gente, de unirse más, como un verdadero equipo, de sus familias y sus estudios, pero lo que encendió el ánimo y provocó los primeros síntomas de excitación fue el hecho de mencionar a Almodóvar y su *Carne trémula*. ¿La recuerdan?, preguntó la otra. El caso es que la protagonista no pudo vivir sin que la penetraran y, a pesar de amar a su pareja inválida, sucumbió finalmente ante lo izado. ¿Será que las mujeres no podemos mismo prescindir del pene enhiesto?, formuló coqueta y sonrojada una segunda interrogante. No vayamos al trabajo, apuren, anímense —soltó el hombre sintiéndose levemente mojado y picándole el orificio de su glande—, busquemos

mejor un barcito y bebamos, continuó. Sí, llamemos ahorita mismo, afirmó la una. En efecto, uno por uno, fueron llamando a sus oficinas y, poniendo cualquier pretexto, se disculparon en su trabajo para ausentarse. Todo esto ocurrió un jueves.

Recorrieron varias calles del norte de la ciudad rastreando algún bar que estuviese abierto. Devoraron partes de la Eloy Alfaro y la 6 de Diciembre, de la Amazonas y la 10 de Agosto, por fin de la Shyris, pero no tuvieron suerte, en los bares de La Mariscal ni siquiera pensaron.

Sobre las Naciones Unidas, aprovechando la quietud del carro atascado por el tráfico tupido, se acercó una indígena con los dientes grandes y llenos de oro y con su mano derecha chasqueó una caja de chicles Adams. Chicles, mentitas, caramelos, el diario, repitió voceando. El hombre pidió el diario. ¿Es el último que le queda?, interrogó a la indígena, constatado que ya no tenía en sus manos otro periódico. Sí, —respondió ella riéndose y develando aún más sus voluminosos dientes, y agregó—: este año te casas. El hombre cogió el periódico y en su boca se dibujó una sonrisa. Otros informales llevaban consigo toda una gama de accesorios para los vehículos; había también quienes anunciaban películas piratas en DVD por un dólar: *Shrek 5*, *Duro de matar 6*, *Piratas del Caribe 7*, *Rocky 10*, *Martes 13 15...* Adelante, pasando unos dos carros, un niño tragaba gasolina de una botella para lanzarla desde su boca y generar así un gran cacarol de fuego para admiración o lástima de los conductores. Una vez que la lava luminosa se esparció en el cielo de la ciudad, pasó su mano helada por las ventanas de los automóviles en busca de una ayuda que no sabe si llegará, escupió una y otra vez, sus ojos estaban rojísimos, casi ensangrentados. Unas ventanas se cerraban, otras se abrían, las unas para ausentarse, las otras

para depositar monedas en la mano congelada. En la cuadra contigua, un negro flaco y harapiento hacía diez, veinte, treinta cascaritas seguidas con una pelota de trapo, la dominaba con sus pies acalambrados, con sus rodillas chuecas, con su nuca amortiguada por el frío y el cansancio. El olor a combustible se volvía nítido y se desbordaba por las aceras. Empezaron a caer grandes gotas de agua. Paraguas y plumas de los automóviles se pusieron en funcionamiento.

La llovizna se intensificó, del frío asfalto emergió humo, cual genio de botella y los transeúntes comenzaron a desplazarse con agilidad hacia alguna guarida o a abrir más paraguas, mientras los conductores de los vehículos pusieron las plumas al máximo de su velocidad. Chac, chac, chac... fue el sonido que se impuso. Sin que la lluvia amainara, cayeron las primeras telas de nocturnidad, ocasionando que el tráfico colapsara por completo. No queda sino ir a beber a un motel, sugirió la otra. Esa es una idea buenaza, asintió el hombre sin disimular la sorna. No sean locos, dijo la una acoquinada. Sin embargo, el hombre y la otra no le hicieron caso y más bien la otra de forma disimulada pellizcó el brazo derecho al hombre y este, escabulléndose por una bocacalle del tráfico, se enrumbó hacia el norte.

Una de las zonas de los moteles se ubicaba al extremo norte de la ciudad y hacia allá se dirigió el hombre. Además, eran de fácil acceso, no había por dónde perderse. Cuando llegaron al primero que vio, la cabeza del hombre parecía un radar, los tres acordaron hacer 'vaca' para el pago. La una se recostó sobre el asiento trasero del *coupé* blanco, tres puertas, son mismo unos locos, dijo, y tuvo razón, porque cuando entraron, el guardia se acercó y afirmó que no podían entrar tres, que la disposición era dos. De forma rauda y presurosa el hombre se bajó del auto y le

extendió un billete de cinco dólares, cóbreme por la tercera persona, le propuso, ni loco, no hay cómo, señor, eso me costaría el puesto, respondió sin dudar el guardia.

Ni modo, balbució el hombre antes de entrar al carro. Los tres se silenciaron por largos segundos, hagamos el último intento, animó la otra. Sí pues, ya tan cerca, qué vamos a recular, apuntó el hombre, todavía con un dejo de burla y arrancó haciendo rechinar las llantas traseras del auto. En pocos minutos, subiendo una pendiente, ya estaban metidos en otro motel. Una vez estacionados, el hombre se apresuró en cerrar la puerta lanfor, por si acaso, dijo para sí mismo. En este motel, el guardia que les recibió no les dijo absolutamente nada. No me dejen encerrada, gritó la una, al constatar que la otra le cerraba la puerta del carro y soltaba una carcajada. El hombre abrió enseguida la puerta del carro para permitir que la una saliera.

Entraron. Un pequeño pasillo, al lado izquierdo una puerta por donde se podía vislumbrar la única luminosidad del lugar. Cuando la una empujó la puerta, los tres se detuvieron a ver lo que había en el baño: espejo, lavamanos, escusado y bañera, dos toallas blancas y papel higiénico. Siguieron. El cuarto estaba alfombrado y, a pesar de la poca luz que había en el lugar, pudieron percatarse de que la cama tenía forma de corazón, un edredón rojo que, cuando uno de los tres extendió, se pudo ver que estaba encima de dos sábanas cremas y dos almohadas largas y finitas. Oía a alcanfor. Espejos en los costados y en el techo encapsulaban a la cama, generando una atmósfera pegajosa, magnética. La una quiso prender la luz, pero lo que se encendió fue la radio, retumbó algo altisonante que provocó que los tres se taparan los oídos. El hombre se acercó a los interruptores, apagó la radio y prendió el foco. Ahí

se pudo auscultar con exactitud una puerta blanca al fondo con ventanilla incluida y, casi en el techo, al extremo derecho, un minitevisor empotrado. Tres pósters de mujeres desempleadas, en poses imposibles, adornaban la habitación. En una repisa, debajo de un espejo, una menta, una peinilla y un jabón eran guardados por una funda de plástico transparente. Hacia un costado una especie de silla con varias manos y un afiche pegado a la pared que, cuando la una se acercó a ver, explicaba un sinnúmero de poses amorosas, eran los últimos elementos que había en el aposento. La una sintió mareo, se sentó a un filo de la cama, exhaló e inhaló, para tranquilizarse.

¿Qué ron quieren?, inquirió el hombre, pide cualquiera, respondió la una. Marcando el número siete que en el mismo teléfono decía recepción, el hombre pidió una botella de ron Bacardi y media cajetilla de Lark. Su orden está lista, se oyó una voz aguda, al breve instante desde la ventanilla de madera, al mismo tiempo que los dedos de la encargada daban tres golpecitos en ella.

La una y el hombre empezaron a beber sin miedo, a borbotones, la una con agua, el hombre, puro. La otra tomaba parsimoniosamente, revolviendo su boca, alzando su nariz y cerrando sus ojos en un rictus de resignación; en los momentos en que mojaba solo sus labios, sintió el horrible sabor del ron de cuarta que parecía filtro de carro no solo por su aspecto, sino también por su composición y aroma. La una y el hombre hacían muecas en cada sorbo de ron que ingerían. Buuuu... Los tres se quitaron los zapatos y las medias, para estar cómodos, afirmó la otra. Sí, así vamos a estar más cómodos, concordó la una. Los pies de la una sobresalían por la prominencia de sus dedos y la callosidad amarillenta de las plantas que resplandecían como el oro en las minas. Al posicionarse la una y la otra en los extremos del catre,

el hombre en el medio, sus pies se rozaban provocándoles un ligero cosquilleo. La una giraba su humanidad hacia la izquierda y hacia la derecha varias veces seguidas, no se terminaba de acomodar bien, la callosidad como lámpara de kerosene encandilaba más la óptica, sus manos se aferraban a la colcha de la cama que, por último, cayó al suelo.

La otra prendió el televisor. Ah, ah, ah, jadeos superpuestos, visajes de fingido placer, orgasmos simulados, la garganta del diablo apareció ante los ojos de los tres, dilatados y rojísimos por los primeros estragos del licor. Constantes guiños de ojo a la cámara, gags a lo Keaton, o huidas a lo Chaplin. Risas, camisa y blusas por los aires. Dorso desnudo, se apoderó del hombre una timidez que le paralizó las extremidades. Las dos mujeres, en cambio, luciendo sendos sostenes blancos con encajes como bordados por una mano angelical, parecían más aplomadas. El hombre dejó de sonreír, parado en la cama en medio de las dos mujeres, se vio y se sintió ridículo, regresó a ver al suelo, su camisa todavía se abanicaba en el piso. La silla amatoria con pies y manos que se multiplicaban invitaba al desafuero, parecía que era imposible sostenerse en ella.

El pantalón, quítate el pantalón, dice la otra al hombre, presumiéndole que ya está para cualquier cosa. El hombre no dudó en zafarse la correa y bajarse el cierre, el pantalón de casimir inglés color mostaza, con pinzas y dobladillo incluido, quedó desperdigado por algún dominio de la cama. Su bóxer Tomy con rayas rojas y decenas de motivos de cangrejos, quedó al descubierto. Se acostó en medio de las dos y no tardó en cobijarse. ¡Qué frío!, dijo para disimular que, a pesar del salto que dio, su tez permanecía sonrojada y su órgano en la más mínima expresión. Por un momento quiso cubrirse por completo, pero la otra

no le dio tregua. La otra era la más incisiva, la más arriesgada, la que, en suma, quería pronta acción, solo cuando se quitó su pantalón blanco con bastas, pegado al cuerpo y, quedó al descubierto su hilo dental celeste que dejaba entrever sus nalgas blancas y planas, se puso un poco nerviosa. La una, en cambio, no cedía, estoy sin calzón fue la respuesta que dio, cuando el hombre y la otra, cada vez con más insistencia, le pedían que se quitara la falda de tela a cuadros. No te creo, a ver, le dijo el hombre, aproximando sus dedos lascivos hacia el vientre bajo, pero las dos manos de la una, le detuvieron en medio camino.

Uno, dos, tres, exacto no solo al título, sino al paroxismo de la película de Wilder, gritó la otra y jaló su bóxer lo más que pudo, la primera reacción del hombre fue sujetarlo. Oye, no me ayudaste, le incriminó a la una, vos tenías que jalar del otro lado, continuó, cuando se dio cuenta de que no pudo quitárselo. La botella se estaba vaciando, los jadeos del video provenientes del televisor, en ese santiamén, parecían más bien lamentos lacónicos, gritos de auxilio, agonías sin rumbo y sin voz.

Pide otra botella, exigió al hombre la una, este se levantó de la cama y sin demora discó otra vez el número de recepción. Una media botella más, por favor, se le escuchó al hombre con voz gangosa. La una y el hombre la bebieron a pico de botella, ya sin muecas ni muestras de sentir asco. La otra seguía tomando con pausa. Trago, más trago, pedía la una. El pene del hombre no reaccionaba, quería tener la rigidez de una vela recién prendida, pero no llegaba ni a mecha apagada. Los sostenes, quítense los sostenes, empezó a ganguear con más fuerza el hombre, hasta que, animada la otra, con suma timidez la una, se quitaron. Era la primera vez que el hombre veía, en vivo y en directo, cuatro senos, cuatro pezones al mismo tiempo. Los otros eran pequeños y

rosados, los unos ligeramente alargados y rojizos. No se demoró en lactarlos uno y otro, otro y uno, trasladándose con suprema rapidez. Los cuatro pezones quedaron puntiagudos, endurecidos y del color del pan quemado en un viejo horno de leña. Las muecas de placer y la cara abobada que hizo el hombre recordaba a Jerry Lewis en el *Profesor chiflado*.

El hombre sentía sed, a pesar de que el chorro de agua de la vida caía perpendicular en su boca, la sed no amainaba y él no se colmaba, siempre estaba sediento. Hubiese querido inmovilizarlas y tenerlas adheridas a él, como el alfiler que sostiene a la mariposa e impide que vuelva a volar.

El ajeteo y la euforia, que subía cada vez más de tono, condujo a las seis manos a desobedecer, a moverse a diestra y siniestra sin ninguna medición, ninguna brújula hubiese podido llevar las ansias a otro cauce, que no era el de sujetar todo lo que estuviera en su camino, provocando que los primeros contactos se hicieran más abruptos, más que un golpeteo fuerte de la epidermis en la manta húmeda y tibia. Las manos huían, volvían y otra vez se escondían en el rojo estéril, en los vientres abultados. Los tres por fin estaban completamente desnudos. La una era voluptuosa, se podía apreciar que sus senos estaban ligeramente caídos, sin embargo, su trasero era firme y grueso, bien formado, sus caderas delgadas, sus piernas musculosas y anchas tenían el aspecto de un trotamundos, de una gimnasta empedernida. La otra era todo lo contrario, se le podían contar las costillas que le salían de forma prominente de su espalda y de su estómago. Su ano y piernas hacían juego con el resto de su cuerpo y apenas si se podía ver, a manera de piernas, unas estacas asidas con las justas al tronco. El hombre aguanta la respiración y contrae su estómago para que no se le noten los rodillos. Por un

instante no sabe qué hacer. Se encuentra junto a ellas, está hincado en la cama, con sus ojos convulsos como gato esperando el rato preciso para atacar. Empezó a gemir despacio, su respiración se aflojó y abrió su boca, mientras la una y la otra esperaban la arremetida. Difícil de olvidar la expresión que tenía el hombre mientras bebía del vientre de la una y de la otra, parecía transformado primero en un *alien*, con una mirada perdida y fugaz y la cara morada, y luego más bien tenía un aire de poseo, de un zombi extraído de una típica película serie B, de bajo presupuesto y sin efectos especiales salvo el de su convulsa mirada, además, puso esa cara para encubrir su impotencia. Las miradas y los rostros de los muertos, en *Regreso de los muertos vivientes*, ejemplificarían mejor su semblante.

De un brinco la una se dirigió al baño, sabía que era el turno de la otra. El orgasmo que tuvo la elevó a un estado extraño, entre lujuria y pecado. Encogió las piernas, acercando su sexo al hueco del váter y orinó copiosamente. El olor a ron de la orina amarillenta flotó un momento en el aire, después se evaporó, cuando botó el agua del inodoro. En el entretanto, el miembro del hombre se acobardó aún más y desapareció por completo como la silueta que se pierde en el ocaso. De la manera más disimulada que pudo, se sentó por unos momentos. Debo estar muy tenso, reconoció a manera de justificación, con suma vergüenza. No importa, se oyó a la una que decía desde el baño, ven, le insinuó a la otra, te enseñé cómo debes hacer el sexo oral y acercándose a la cama, se tendió en el tálamo. Entonces dio inicio a su magnífica representación que culminaba como un acto de rebeldía, como una queja a la vida o a Dios. Parecía que quería arrancar el pene del vientre, el hombre nunca había visto a una mujer deleitarse de esa manera, pero su falo no pudo erguirse,

por lo que más bien se contrajo de cara a la pared. Se aferró con las dos manos a una de las almohadas. La otra también quiso probar y probó lo que quedaba del sexo. Era el final del drama. Él se desprendió de la almohada y se dejó caer mansamente al suelo. Luego volvió a su rincón de la cama y se durmió con un sueño secreto, especie de vacilación, del que no había forma de despertarlo. Quería dormir, eso es lo único que quería hacer por largo rato.

A partir de esa vivencia, el hombre pudo asegurar que la espera no conduce a la satisfacción. Por lo menos eso fue lo que sintió cuando, por fin, vivió tal fantasía. Es posible también que estuviera harto de estar siempre con ansias, siempre con sed y, por eso, se quedó por largo tiempo en un estado de apatía. Se despertó sobresaltado, probablemente por el sonido agudo del gáñido que ahora emitía el televisor. La luz encenque que entraba por la puerta anunciaba el alba. A pesar del derrumbamiento y del dolor de cabeza producido por el espantoso ron, se convenció de que era cierto lo que le había dicho su padre: algo siempre nuevo tendrá que pasar. Solo ahí, regresó a ver a las dos mujeres que no habían dejado de dormir, ni de sujetarse de sus caderas. Con mucha delicadeza las despertó. Vamos, les dijo con voz intangible.

Los tres se vistieron en silencio. Las últimas palabras que se escucharon fueron las del hombre pidiendo la cuenta. Pagaron en efectivo, tal como quedaron y, sin más, se dirigieron al carro.

Los gemidos que emanaban del televisor que nunca fue apagado cobraron nuevos bríos y se extendieron a la espera de otros amantes, de otros seres, con desazón y ansias en sus miradas.

El hombre nunca más las volvió a ver.

XIV

Una cabeza titilante, un cuello hundido e inclinado hacia atrás, con los ojos irradiando locura, llenos de lágrimas, son los ojos del gato negro. Ni el shamán-gitano ni el hombre alcanzan a comprender, pero las palabras del gato negro salen por la ventana y se repiten afuera, más allá de la jaula, porque se ven otras bocas en perpetuo eco que se mueven en un vaivén gradual pero sostenido. El bisbiseo se transmuta en un estruendo que retumbaba por todas partes, como si proviniera del núcleo de la tierra, arrasando con cualquier viso de terquedad o de orgullo que pudiera existir. Las paredes de metal, que incluso en las noches mantiene caluroso el ambiente, empiezan a desintegrarse, a erupcionar como lava volcánica.

Pensaba el otro día, en voz alta, que hace rato ya no es acerca de hembras individuales sino del ideal. ¿Tendremos aún algún ideal? Ya no tiene nombre ni rostro, solo alguien que no existe, pero su sola idea nos llena y nos frustra, ¿al mismo tiempo? Si no les pasa aún, pronto les pasará. Antes podía relacionar una canción a un recuerdo con una hembra en particular. En estos momentos ya con ninguna, pero la hembra sigue presente y viene con nostalgia entre la fantasía y el olvido, y no queda sino intentar cansarle al tiempo y recomponer la figura de varias hembras en la búsqueda del ideal. Es que desde aquí, encerrados, no se llega a comprender nada... Las palabras se repiten tres, cuatro veces seguidas, no hay forma de pararlas. Los ojos

del gato negro siguen llenos de lágrimas. Se suena la nariz con sus dedos. Camina hacia el grifo de agua, se enjuaga las manos y luego se las pasa por su cabello. Se sienta en el filo del catre, las dos piernas bien abiertas como le gustaba sentarse desde niño.

¿Será que alguna vez hemos amado? ¿Será la perturbación alguna forma de amor? ¿Será la unión, pura soledad? ¿Qué ha hecho la vida de nosotros?, Frente a tanta porquería en mi cabeza, me reconforta tener al menos su presencia y entonces me veo de niño jugando fútbol, *ping-pong* o billa, o huyendo por el bosque del colegio, ¿no estaba huyendo ya de la vida?, o en alguna orgía, neblina, trago y hembritas incluidas, o en alguna chuma, trago, humo blanco y humo verde incluidos, o en mis vacíos, angustias y carcajadas, o en mis alejamientos de todo y de todos por pura cobardía, por mearme en los calzones, por ser un inhábil para la vida. ¿No seremos los personajes de *Birdy*, a veces yo el del sanatorio y ustedes los heridos, a veces yo el del sanatorio y ustedes...? Y ahora más que nunca tratando de escapar, de huir, de saltar. Sí, saltar de aquí, pero no al suicidio ni a la ausencia. Ahora que estamos enjaulados, alucino con la Milanés y les confieso: mañana les llamo, un abrazo... y mis dedos ya están distantes y nosotros ya estamos matados de risa, afuera de aquí, en cualquier otra parte... Libres. Las palabras se multiplican en las bocas que planean en el aire. El shamán-gitano y el hombre no apartan la mirada de la cara del gato negro que está pálida, sin brillo, de las manos que están temblando, de los ojos que no paran de llorar. El hombre quiere pronunciar algo, pero reflexiona por un segundo y mejor se calla.

Es que la vida, opacadora de los buenos, de los nobles; maltratadora de los débiles, de los pequeños, de los inermes; esclavizadora de los pobres; estranguladora de los feos. Sí, la vida

que no está hecha sino para los farsantes. Ustedes tienen cara de buenos, por eso nadie se debe acordar de ustedes, seguro que afuera nadie se acuerda de ustedes. De mí sí se debe acordar la gente, imposible que se olviden, malvado he de ser. De niño me decía mi padre que es mejor irse que cambiar o morir y ahora no quisiera que me vea aquí, derrotado y al borde de la locura... El gato negro corre de un lado a otro de la jaula, se detiene en la ventana, enmudece unos segundos. Por fin, se suena otra vez la nariz, suspira, intenta contener el sollozo. No lo consigue, más bien el plañido se convierte en larga congoja, en una letanía estremecedora. Tampoco para de llorar, su nariz se llena de nuevo de mocos, su boca de babas. Escupe una sustancia incolora y de su interior saltan unos hipos estruendosos. Finalmente suspira para calmarse. Sí, en pocos segundos se tranquiliza y se recuesta, tratando de conciliar el sueño. Afuera, otra vez, se trasoyen disparos al aire. Ahora parecen de metrallas... Jesús mi Dios, pronuncia el shamán-gitano y se santigua varias veces seguidas. Los tres se tapan sus oídos con sus manos, cierran los ojos y se acuclillan. No quieren presenciar el desenlace.

En el cielo delineado de celestes y blancos, la pólvora se intensifica y delinea a los sujetos apuntándoles con ametralladoras a los cautivos, que se peinan con sus manos y se acomodan sus corbatas. La pólvora se esparce y ahora los moldea de distinta forma. Los prisioneros festejan algo, ¿la redención?, ¿la libertad? Salud, dicen y chocan sus vasos llenos de licor. *Mambo, mambo*, la música de Cachao, es lo que se impone en todo el ambiente.

XV

La mañana en que se suscitó el incendio en la casa contigua a la del gato negro, salvo algún contratiempo en el colegio, no hubo mayor novedad, para él y su familia aquella mañana transcurrió dentro de los parámetros comunes y corrientes de la cotidianidad. Fue en las primeras horas de la tarde cuando sobrevino lo inusual. Los padres del gato negro y sus tres hermanos se despertaron temprano, alrededor de las cinco y media ya se estaban des-perezando. Cu-cu, cu-cu. Un reloj cu-cu instalado en la cocina fungía de despertador. Todos los días un pajarraco roto el pico salía y entraba de un vetusto reloj de madera justo a esa hora. El pico del condenado pajarraco se había desprendido de un botellazo lanzado por el padre en una de sus noches de bohemia, pero ni por esas dejó de piar de manera cada vez más descompasada. El alba hizo su arremetida muy temprano, antes de las seis, los primeros rayos del sol ya hicieron su aparecimiento. Promediaba el segundo lustro de la década de los setenta del siglo pasado, luego de algunos años de dictadura militar, se contaban los últimos días para el advenimiento de la democracia en el país.

Los miembros de la familia del gato negro se bañaron uno por uno. Tres minutos duraba cada ducha, no podían demorarse más por los cortes continuos de agua. Se lavaron los dientes y se arreglaron. El padre era veterinario y atendía en un pequeño consultorio arrendado en las inmediaciones del barrio Santa Prisca, aldeaño al parque La Alameda, tradicional por su laguna

y su consiguiente paseo en bote y el denominado churo, una estructura en forma de caracol, cuya coronación era acompañada de una fotografía. A las ocho en punto de la mañana, el padre abría su consultorio y prendía la pequeña luminaria del rótulo en el que se leía Perros y gatos y, aunque ni de lejos llegaba el auge de esta profesión, uno de sus pocos pacientes fijos era la perra de la familia, mitad *french*, mitad de la calle, el padre se las arreglaba para redondear el sustento económico familiar con visitas a distintos animales de fincas situadas en los alrededores de la ciudad y también con lo percibido por la madre que era profesora en un colegio particular. El gato negro y sus hermanos cursaban la secundaria en el mismo colegio en el que su madre dictaba clase de matemáticas.

El desayuno consistió únicamente en jugo de naranja agrio, sin una pizca de azúcar, además, la madre preparó para dos de ellos, como en tantas otras ocasiones, sánduches de tortilla de huevo con cebolla blanca finamente picada y trocitos de tomate riñón, celosamente envueltos en servilletas para que guardaran en sus mochilas. El padre, en cambio, les dio unos centavos para que compraran algo en el recreo. El gato negro era de los que preferían que le dieran dinero y compraba hamburguesa y cola en los kioscos de su colegio o chifles con ají en el puesto de la caramelera. Ya en primer grado, se develó su carácter rebelde, pues lanzó lonchera y bibidí a la vereda desde la azotea de su casa. Simplemente se desprendió de su bibidí y cogió su lonchera, subió las pocas gradas que separaban el piso en el que habitaba de la terraza y desde ahí los lanzó con rabia, como para que se aparten de su vida para siempre. A pesar de que en poquísimos segundos cayeron bruscamente al suelo, alcanzó a ver cómo en el aire se abría la lonchera y el termo se desprendía para finalmente desplomarse por su lado.

Unos niños que pasaban por ahí recogieron las cosas caídas del cielo, entrecruzaron sus miradas y entonando, entre silbidos, alguna canción, se esfumaron.

Un año de diferencia era la que tenían el gato negro y cada uno de sus hermanos, él era el menor, en ese entonces estaba en segundo curso. Las clases empezaron con historia y continuaron con castellano y *social studies*, luego el primer recreo, en el que compró en el kiosco su consabida hamburguesa y coca-cola y se sentó a comer en una grada del patio posterior de su colegio. Después, tuvo matemáticas, *science* y el segundo recreo. Finalmente recibió geometría y al bus de regreso a casa. Su madre, aduciendo que tenía reunión de profesores, se despidió de sus hijos en las gradas del bus. Sin embargo, el contratiempo acaeció en el segundo recreo. Jugaron fútbol la media hora que duró el recreo y, cuando sonó el timbre de entrada a clase, el gato negro se vio con la pelota en sus manos. En cuestión de segundos, sus compañeros le dejaron solo y por la desesperación de no atrasarse, zarandeó al balón con todas sus fuerzas en dirección a las nubes, pero al final cayó en plena cabeza de su profesor, quien por el impacto trastrabilló y sus lentes cayeron en cámara lenta al suelo. Por un instante el curso mismo enmudeció, pero la mudez dio paso a estrepitosas risotadas de todos los que presenciaron la desafortunada acción, de todos menos del gato negro que estuvo a punto de desmayarse. El profesor luego de leer la lista de alumnos citó al gato negro al término de clase, que fue la más interminable de su vida. Debe ser más prevenido, que este tipo de cosas no vuelvan a suceder, puede causar un grave accidente fue lo que el gato negro escuchó de su profesor y el alma le volvió a su pobre cuerpo que apenas se sostenía parado, prácticamente en la puerta del aula. Con los

nervios aún dominándole el cuerpo, pidió disculpas y salió en veloz carrera hacia la parada de los buses.

El bus del colegio les dejaba a dos cuadras de su casa, así que los hermanos apostaban a quién tocaba el portón café de su vivienda primero. Al cruzar la primera cuadra, ya vieron que algo inusual pasaba, porque una aglomeración impedía el paso de la gente. Empujando a la muchedumbre y tratando de deslizarse como mejor pudieron, llegaron hasta la primera fila, ahí observaron que un autotanque de bombero estaba estacionado a la altura de su casa, y varios hombres con casco y atuendo rojos y con hachas, escaleras y bombas de agua a cuestas, invadían la zona. El olor a humo y la humareda comenzaron también a ser protagonistas de la escena. Él y sus hermanos, no era para menos, empezaron a gritar que los dejaran pasar, que su casa era la que se estaba incendiando, que su padre podría estar adentro. La gente tosía sin cesar, la fumarada atestó el entorno. Al poco rato, los chillidos hicieron efecto y pudieron arremeter hasta la puerta de entrada de su vivienda. La encontraron destrozada, a punta de hachazos, los bomberos habían hecho pedazos el portón, pero ni así podían aún tumbarla. La imagen dio pena a los hermanos porque ellos estaban conscientes de que no se trataba de una puerta cualquiera, hasta el último resquicio de esta había sido finamente esculpida con más de una figura por sus tatarabuelos, además, era enorme y gruesa. El manubrio inclusive, que tenía motivo de una garra de animal, estaba desecho, de ahí la pena. El hermano mayor extrajo de su mochila una llave y la abrió ante la mirada estupefacta de los bomberos que, por el cansancio y el sudor, daban más compasión que la puerta misma.

En el momento en que se abrió la puerta, el agua que ya se desbordaba por las mangueras, que sostenían los bomberos,

comenzó a provocar un verdadero aluvión en toda la casa. Abran el tanque de agua... fue la orden y el agua fue anegando el pasillo principal, pasando por el pequeño patio, hasta la sala, comedor, cocina, baños y cuartos incluidos. En pocos minutos muebles y sillas, camas y veladores, cocina y refrigerador flataron a la deriva. Los bomberos con sus respectivas mangueras se multiplicaron, pero por la fuerza del agua no solo que se desentendieron de sus aparatos, sino que nadando a contracorriente pretendían decirle al conductor del autotanque que cerrara la llave de agua. Por último, dos de los bomberos pudieron salir de la casa, sin embargo, al llegar al autotanque se percataron de que el conductor no estaba y que no había forma alguna de contener el agua. En los interiores de la vivienda seguía el drama, solo la terraza se salvaba del diluvio y para completar la fumarada era insoportable. Los hermanos, por su parte, literalmente zambulléndose, recorrieron todos los rincones de su maltrecho hogar y no encontraron a nadie adentro, su padre no estaba. De su madre no se preocuparon. El gato negro rescató a la perra que hacía lo imposible por mantenerse a flote y también fue el primero que llegó a las escaleras y pudo subir a la terraza. Desde ahí pudo ver que, la casa vecina era la que ardía en llamas. Hay que recoger agua en lo que se pueda espetó el gato negro y eso fue lo que hicieron con sus hermanos. Llenaban de agua cualquier recipiente que encontraban emergido, trepaban a la terraza y lanzaban a la casa quemada. Mientras tanto, el caudal del nivel del agua subía cada vez más, solo menguó cuando el autotanque se quedó sin gota de agua en sus interiores. El desbordamiento provocado por Peter Sellers en *La fiesta* quedó realmente corto.

Al día siguiente se supo que la casa vecina terminó en escombros, que muchos utensilios y enseres de la familia del gato negro

seguían estilando y que el conductor del autotankue no estuvo, porque se había ido a la tienda de la esquina a fumar un tabaco.

Nunca hubo el menor resarcimiento económico por parte del cuerpo de bomberos a ninguna de las familias, apenas si llegó al tercer día del acontecimiento a la casa del gato negro un ramo de flores con una tarjeta que decía: Lo sentimos mucho, mil disculpas, no volverá a suceder. Atte. C. B.

El padre del gato negro iba a estrujar la carta, pero más bien la llevó a su vecino que lloraba aún la pérdida de su casa. Tome vecino, esta carta llegó para usted, la manda el cuerpo de bomberos, yo creo que puede dar pie a que usted inicie alguna acción legal, le trató de consolar.

XVI

Ven, te espero abajo en la puerta del parqueadero... La mujer apagó el celular y dejó al hombre al otro lado de la línea sin respiración. Lo único prudente y sensato era no salir de su guarida pero frente al deseo actuaba sin conocimiento ni voluntad y eso es lo único que hubiese alegado si acaso le condenaban. El hombre, luego de su intento de asesinato, había permanecido escondido durante cuatro meses en un minidepartamento de un cuarto, un baño y una cocina. El sitio era estratégico, porque desde la calle le quitaba toda visibilidad una casa de dos pisos en la que habitaba solo una anciana que le preparaba la comida. Tres veces a la semana loco, carne apanada y gato encerrado de postre, los restantes días sopa de bola de verde, churrasco y pristiños. Al menos por comida deliciosa y casera no se podía quejar. Además, en las noches únicamente se calentaba un vaso de agua que tomaba de inmediato.

Con el corazón estallándole a trompetazos y chasqueando las muelas, como lo hacía su abuelo cuando sentía angustia, se lavó la cara y los dientes, y se peinó. El cepillo moldeaba de una forma rápida el cabello tupido del hombre. Un lunar al final de la frente le indicaba el punto preciso para delinear la raya del peinado. Llamó un taxi. En cinco minutos, unidad gris, le dijeron, salió del departamento y, cruzando la casa en zigzag para evitar los charcos que se habían formado por la lluvia torrencial que arreciaba desde el día anterior, se dirigió a la calle. El taxi ya

estaba estacionado. Camisa, saco, chompa, *jean* y zapatos deportivos fueron su atuendo. El taxista perdía el tiempo presionando acelerador y embrague para evitar que se apagara el carro. Me está fallando el arranque jefe, disculpe no más, se justificó el taxista, cuyos rasgos recordaban a Peter Lorre en *M, el vampiro*. Subió un ligero repecho, saludó a un guardia y como en la vía principal no había tráfico, ahí sí pudo acelerar hasta que el velocímetro se situó entre 60 y 80 km/h. ¿Adónde le llevo, jefe?, inquirió el taxista. A La Floresta, respondió el hombre resuelto y sin titubear.

De los nubarrones del cielo negro caían unas gotas gruesas en forma de granizo, que parecían piedras cuando chocaban con el parabrisas. ¡Qué clima, jefe, ya no es novedad, cinco minutos llueve, cinco minutos hace sol!, sostuvo el taxista. Sí, tiene razón, pronunció el hombre en tono bajo. Un carro que iba adelante puso luces de parqueo, frenó y el hombre giró su cabeza al mismo tiempo que el conductor del carril contiguo, se trataba de una mujer de mediana edad que también movió su cabeza, entrecruzando por infinitos segundos sus miradas llenas de nostalgia y silencio. Las miradas perdidas de Alain Delon y una mujer, ambos conduciendo en una mañana tupida de lluvia en *El samurái*.

El hombre empezó a sudar sobre todo en la frente y en las piernas, lo que le provocó una insoportable comezón en la pantorrilla derecha. Sin quitar la vista del taxista se rascó con fuerza, sintiendo alivio a pesar de que su pantorrilla quedó rojísima y engranujada. Eran las cinco, algo pasadas. El edificio que rastrea se encontraba todavía lejos. De lo que tenía impregnado en su memoria el edificio era rosado y de unas dimensiones simétricas: el portón de entrada tendría más de dos metros de

largo y de ancho, por el que podían pasar tranquilamente tres o cuatro personas al mismo tiempo sin apretujarse. Desde el lado derecho del portón se podía pasar a un enorme patio. El hombre, esbozando una sonrisa, pensó en unos pequeños monstruos que siempre jugaban fútbol en aquel patio, ante el repudio de los condóminos del lugar. Cuando volvió a concentrarse en las calles y en la arquitectura de la ciudad, lo que más llamó su atención fue la inexistencia de un redondel, había sido reemplazado por semáforos y andariveles a los que los habían hecho más anchos. Se fijó más que de costumbre en estos aspectos exteriores, con seguridad influía el hecho de haber permanecido escondido tanto tiempo, todo le parecía anormal. Comprendió que, por la fuerza de las circunstancias, se había vuelto un ermitaño.

Se había imaginado que llegaría a aquel lugar incluso a tientas, puesto un vendaje en los ojos, no solo por su desarrollado sentido de ubicación, sino también por el olor tan peculiar de la mujer que podía olfatear a metros de distancia, como perro de policía detectando droga, pero en esa ocasión sus sentidos parecían atrofiados y todos los edificios de esa calle lucían iguales, todos parecían tener el mismo número de pisos, todos tenían el mismo portón y todos eran color rosado. Hasta se figuró a los mismos monstruos jugando fútbol en todos los patios de los edificios.

¿En dónde le dejo, jefe?, dijo el taxista con tono de impaciencia. Siga despacito, no me acuerdo muy bien, replicó el hombre. Luego de dar tres o cuatro vueltas por la misma manzana, por fin pudo apreciar a una pareja de ancianos entrando por el portal en el tercer edificio, partiendo desde el antiguo redondel. El movimiento de los achacosos era torpe, sus piernas, a pesar del apoyo en sendos bastones, ya no les respondían, se oía sin mayor esfuerzo el crujir de sus huesos. No demoró en reconocerlos, se

trataba de los vecinos de la mujer. Los había visto cientos de veces. Solo ahí detuvo al taxista frente a aquel edificio. En ese sector, el aguacero caía más fuerte, por lo que, al frenar, el taxi patinó por el granizo amontonado en las vías. Pagó y, al salir del taxi, alzó su mirada percatándose de que en la ventana de uno de los primeros pisos una mano le saludaba. Caminó hacia el parqueadero. Aunque el cielo seguía oscuro, la lluvia amainó totalmente, los vestigios del granizo quedaron impregnados en el asfalto y un aroma a humedad colapsó la escena. Cual radar regresó a ver a ambos lados, no había nadie. Solo entonces, circunvaló el edificio y percibió nítidamente el perfume de la mujer. Estaba cerca, tenía que guiarse por su olfato.

Creí que no llegarías nunca, te has demorado a lo bestia, alcanzó a decirle la mujer, mientras le abría la puerta del parqueadero, indicándole con el dedo índice por dónde debía dirigirse. De refilón el hombre alcanzó a divisar que la camiseta celeste, pegada al cuerpo, que llevaba puesta la mujer, no disimulaba sus pezones erectos, que resaltaban aún más, pues luego de la llamada telefónica había entrado en la ducha y, al salir, apenas se había secado. Me perdí, fueron las únicas palabras que el hombre atinó a decir. Era domingo tarde y, una vez que la lluvia cesó de golpe, no era difícil divisar a varios individuos que salían del ascensor, disponiéndose a lavar sus automotores. Eran individuos con un aire vago de reptiles, dorsos desnudos y pantalonetas y chancletas con manguera y trapo en mano. En una de las bodegas del lugar, tres niños que no excedían los diez años fumaban traviesamente, hasta que se atoraron con el humo al ver pasar a la pareja. Otros montados en bicicletas y triciclos hacían un bullicio y los más pequeños jugaban rayuela o saltaban sogas o elástico. Unos pasos más hacia dentro, una

adolescente abrió un grifo de agua y puso a llenar una olla, pero no quitaba su mirada de la pareja, solo el ruido del agua, que luego de llenar el recipiente cayó en el suelo, le sacudió de su hipnosis. Toreando a los reptiles, a la adolescente, a los niños, a los carros y a las bicicletas, se encaminaron al ascensor, pero antes de que el hombre aplastara el botón de subida, el brazo de la mujer le detuvo.

Mejor subamos por el montacargas expuso la mujer sin dar explicaciones. Se internaron por un pasadizo, lo cruzaron hasta bordear el patio y entonces sí tomaron el montacargas. La mujer apretó el botón 8. Una vez en el ascensor, el hombre tomó con furia en sus manos la cabeza de la mujer y apretó sus labios en los de ella, luego lamió su cuello, su quijada, el lóbulo izquierdo de su oreja que no dejaba de latir. Por último, incrustó sus dedos en los orificios de la nariz de la mujer. La sintió húmeda y fría. El resuello era tenaz. Cuando se abrió la puerta del montacargas lo primero que se vio desde afuera fue la cabeza de la mujer girando de un lado y de otro, solo en ese momento salieron presurosos. Doblaron a la derecha, se desvistieron sin detenerse y subieron un piso más por unas escaleras angostas.

El cielo se había despejado por completo, estaba anocheciendo. El marco era de un esplendor absoluto, solo maniatado por la respiración ahogada de la pareja.

No... allá, señaló con su dedo índice el filo de la terraza la mujer cuando el hombre la sujetó en la última grada. Atravesaron la azotea en la que se apilaban en sendos colgadores de ropa cubrecamas y pantalones, pijamas y sábanas, calzoncillos y sostenes, por encima de los cuales aparecía fugazmente la figura de un gato pardo con varias motas blancas alrededor de su cuerpo, cabeza y cola.

Los maullidos del gato, junto con palabras entrecortadas de los condóminos y unas carcajadas que llegaban con mordazas y con el último aliento por los ductos parecía que se comprimían y estallaban encima de las cabezas del hombre y la mujer.

En la vereda del lado opuesto se aglomeró gente. Eran feligreses que se disponían a entrar a su iglesia. Centro religioso Pleno Regocijo rezaba el rótulo alumbrado, donde hace diez años atrás decía Cine Fénix. Los cánticos se acrecentaron y las tiendas de comestibles y licoreras pequeñas a las que se accedían subiendo unos escalones, de pronto, se llenaron. Gente de variada edad y condición social se colaron y se retiraron o entablaron conversación en esos lugares. Un viejo se quedó un buen rato parado en la entrada de una de las tiendas. Cerca del viejo, un niño descalzo se sentó sobre una caja, estaba chupando un helado, estiró su mano izquierda y topó las espaldas de otros dos niños que calzaban patines. Una chica deambulaba en el parterre, en medio de las dos vías, los brazos hacia el frente y su bata de dormir daban la apariencia de estar personificando a una de las momias en *El santo contra las momias de Guanajuato*. Un heladero ambulante, anunciando su nuevo helado Spiderman, se alegraba del deseo de los niños que estaban trepados a su carrito. Otros formaban muñecos de toda clase con el granizo que había dejado el aguacero. Un perro pequinés se desembarazó de las manos de uno de los niños, cruzó la calle, y un automóvil gris, deportivo, a pesar del frenazo a raya y de la maniobra de su conductor, lo atropelló dejándole en plumas, panza arriba.

El ruido del frenazo y del grito llegaron hasta la terraza y obstruyeron la cópula. El hombre se desembarazó tinosamente de la mujer y más bien la llamó para que observara lo sucedido. En una parte minúscula de la calle el granizo se mezcló con la

sangre, dando un fresco en el que parecía estar Malkovich herido de muerte en *Relaciones peligrosas*. En ese momento los aleluyas especialmente de las mujeres se escucharon de forma destemplada y agria. El hombre tomó del hombro a la mujer y siguió vigilante al pie del terraplén. La mujer sintió frío y recorrió con su mano la ropa en el primer alambre, ninguna estaba seca.

Como en un acto circense, en fracciones de segundos, toda la tramoya fue reemplazada por una muchedumbre de jóvenes roqueros. Se trataba de una masa *full* negra que copaba toda la avenida. Los fanáticos procuraban entrar a un recinto antes de ser aplastados. Llevaban puestos chompas de cuero *full* negro, con águilas en pleno ascenso en la parte de atrás. Pantalones y camisetas también de cuero *full* negro con algún logotipo del Che. Calzado fresco, nada *gomelos*. Una minoría: camisetas en tonos azules y verdes oscuras con simbologías demoníacas, sellos de anarquía, Misfits, logos de bandas. Una serie de *piercings* adornaban orejas, narices, lenguas y ombligos. Al menos la mitad de todo el grupo tenía el cabello largo. Las roqueras mezclaban algo de rosado y fucsia, y calzaban botas. Parches cocidos a las maletas y pantalones. Tatuajes, *full* negro, música pesada. Pañuelos no usados en la cabeza, sino amarrados en las muñecas o en las piernas. Collares, aretes, muñequeras y anillos. La mirada desde arriba de la carpa del hombre y la mujer se tornó de color *full* negra.

¿Qué te pasa?... ¿No me deseas?... quiero sentirte adentro de mí, hace tanto tiempo que... balbució la mujer, advirtiendo que el hombre no había despegado su mirada de la calle a pesar de los esfuerzos de ella por volver a excitarle. El hombre, volviendo en sí, se dio la vuelta y succionó en su boca todo el pezón izquierdo de la mujer, luego el derecho. Mordió los pezones y los pellizcó.

Lamiendo el estómago y hundiendo su lengua en el ombligo, se dirigió al vientre.

El hombre abrió con sus dedos los labios vaginales y cuando surgió el clítoris lo mordió, traspasándolo de un diente a otro. Sintió que se asfixiaba porque su nariz todo el rato estuvo colocada sobre el monte de venus, entonces levantó su cabeza escrutando los movimientos alevés de la mujer. Sin perder más tiempo, la penetró llegando a topar alguna cavidad de su vientre, solo ahí se aquietó, se tomó su tiempo, descansó en su interior. Rozaba con su pene las paredes vaginales. La mujer comenzó a sobrenadar en el aire y a contorsionarse sintiendo como el glande del hombre llenaba sus espacios. Atrás quedó el plató hostil de la calzada, la sensación del perro muerto, los feligreses, los niños, el heladero, el viejo y hasta los roqueros.

Eso, solo la puntita, jugó y rio la mujer, formándose en su pómulo izquierdo un exquisito hoyo. Se movía con tal agilidad que la leve fricción que se generaba entre ambos sexos era suficiente como para multiplicar los orgasmos. El gato de motas blancas desde el tendedero no se perdió un solo detalle de la secuencia amorosa.

Mientras uno de los sujetos se lo llevaban en una moto, seguía saludando la mano asomada a la ventana, parecía como si se hubiese percatado del instante de la llegada y de la partida del hombre. Llegada y partida. Principio y fin. Llegar es fácil, lo difícil es partir, le había enseñado su padre. Apenas volviendo en sí, desconcertado y a pesar de la hinchazón de sus ojos, el hombre miró en torno: los cuatro sujetos eran de contextura delgada, nada que ver con el estereotipo del matón, tenían todo el ensamblaje de Chitón, aquel mercenario interpretado por Steve Buscemi en *Asuntos pendientes antes de morir*. Las veredas y las calles

estaban encharcadas de inmundicias que yacían sobre el granizo derretido que se había convertido en agua sucia que se colaba por las alcantarillas. A mediana velocidad, las motos se desconectaron por completo del lugar.

Cuando despertó completamente, la luz que provenía de aquella ventana con barrotes no alcanzaba a iluminar ni la pared del fondo. Algo empezó a moverse por ahí. Refregándose despacio los ojos, porque sentía aún un fuerte dolor en todos los contornos de su cara, vio por vez primera la figura del shamán-gitano. Al hombre le dio la impresión de haber estado muerto o al menos en otro estadio, como si no hubiera respirado un buen tiempo, parecía que el shamán-gitano no se daba aún por enterado de su presencia. El hombre se levantó trabajosamente y ante la mirada inquisidora del shamán-gitano, su rostro se descompuso, a todas luces no le gustó haber llamado la atención. El shamán-gitano agitó las manos para contener las presentaciones, pretendía abrumarlo y, además, se había acostumbrado a estar solo en lo cerrado y en el olvido. El gato negro no contaba, en aquellos días, casi no hablaba. Sin embargo, el gato negro sujetó la cara del hombre y vio detenidamente sus heridas.

Toma, dijo el shamán-gitano, extendiéndole al hombre un paño, para que te seques, necesitas lavarte íntegro, continuó.

En las afueras, las nubes del cielo habían configurado a la mujer golpeando una puerta, acto seguido, el sonido del viento creaba una especie de disparo, ante lo cual, ella sollozando, tumbó la puerta y entró al interior de otra espesa nube que había modelado al hombre abriendo una botella de champaña.

XVII

Alma: brisa, espiración, purgación,/ cosa infusa, difusa, olvidada./ Sí, eres una perdida,/ una puta mal parida,/ una pilla que si no llueve, se te seca el alma./ Puro sincretismo,/ anonadismo,/ despelote, nada./ El caso es que naciste cuando te besó,/ moriste cuando te dejó,/ viviste unos días mientras te amó./ Bogart estaba en lo correcto./ El alma es tu larga,/ perdida juventud.

De repente, la gran puerta de metal se abre y toda la humanidad del juez, dando botes, se instala a un costado del grifo de agua. Cuando los tres cautivos reaccionan y se ponen de pie para ayudarle, no tardan en contemplar con detalle la estampa diminuta y desgarbada del juez, su rostro impenetrable con bigote hitleriano incluido, su nariz ñata y amoratada como de boxeador después de un combate a doce rounds, sus ojos irrisorios, sus orejas carcomidas en los bordes, su forúnculo prominente instalado debajo de su oreja izquierda, todo lo cual le sitúa en una apariencia mutante entre un cuy y Eli Wallach en *El bueno, el malo y el feo*. Lo que no alcanzan a ojear son los pocos dientes que tiene, lo carcomidos en los bordes, desgastados por el tiempo, ni tampoco su prominente mandíbula, que cuando abre la boca las amígdalas surgen como campanas de iglesia anunciando el cambio de hora. Tiembla y su faz adquiere un color amarillento. Su cuerpo y sus manos tiemblan aparatosamente.

Mis lentes, reclama el juez tanteando con sus manos los alrededores del pedazo de piso en el que se encuentra. Mierda, mis

lentes, insiste con un tono lloriqueante y de impotencia. El hombre los recoge del suelo y se los entrega. El juez se los coloca y sus ojos se divisan aún más insignificantes, perdidos como los de un ciego, porque los lentes son tipo gafas, con bordes de carey y con un gran fondo de botella. Ahora su estampa muta a la de Mr. Magoo. No deja de temblar, sobre todo cara y manos le bambolean como piñata a punto de caerse de tanto palazo.

Pasos y voces se oyen atrás de la puerta. Lo que había quedado de la vestimenta ajada y maltrecha del juez es un pantalón verde oscuro, a rayas, un chaleco del mismo color, una camisa blanca de tela fina, con mancuernas, una corbata azul, con líneas doradas y unos mocasines vinos de cuero puntiagudos. Toda la indumentaria está desecha. Tiene cortes en su oreja izquierda, cejas y cabeza, además, del interior de su nariz se desprende un absceso sanguinolento, coagulado, que le cubre totalmente su bigote y parte de sus labios y quijada. Viéndole cara a cara su aspecto se metamorfosea esta vez al del *Hombre elefante*. Su cabello de corte militar lo tiene alborotado y grisáceo, mientras que ya de cerca se puede oler sin dificultad alguna, a tierra, más exactamente, a lodo. Su apariencia, en ese segundo, transmuta a la de una raposa. Unas pocas arrugas en su frente y en su boca parece que tienen vida propia, se instalan y se esfuman conforme el movimiento de los músculos de su cara, se tensan de un lado o de otro, sin viso de orden. La tembladera no ha cesado, los tres hombres se dan cuenta de que el temblor no es producto únicamente de los nervios, sino que es parte connatural de él, que padece una especie de parkinson o alguna enfermedad de ese tipo.

A pesar de las circunstancias adversas que rodean los acontecimientos y la forma abrupta e intempestiva en la que entra en

sus vidas, los tres se alegran de la presencia del juez. Luego de cargarle y acostarle en el camastro en el que duerme el shamán-gitano, le colocan unos paños de agua en sus heridas. El juez se queda dormido al poco tiempo, sin embargo, no pueden escapar de la curiosidad y, al primer aviso de lucidez que perciben en él, empiezan con la avalancha de preguntas. Que quién es, que cómo se llama, que cómo lo han agarrado, que qué ha hecho, que si sabe dónde están, por último que cuente su vida, que cuente algún retazo de su vida...

Soy el juez, son las únicas palabras que por ese momento se oyen, antes de que pierda otra vez el conocimiento. Los tres se regresan a ver y emiten gesticulaciones en sus rostros, que denotan confusión. Dejémosle que descanse, es lo mínimo que podemos hacer para ayudarle a que se recupere, no sabemos por qué diablos habrá pasado estos últimos días, alega el gato negro. Retirémonos... y con sus manos les aleja a los otros del pequeño catre.

A la mañana siguiente corre viento que, cual arena finita, se enrosca por los barrotes de la jaula y cala bien hondo, en los orificios del suelo, en el metal de las camas y de la puerta, en las estereras de paja apestosas, en los tuétanos mismos de los cuatro reos. El juez se despierta bruscamente y, asustado, chasquea sus dientes, procura encontrar abrigo en el poncho con el que le habían cobijado. Le duele su humanidad entera. Por primera vez en su vida, su férrea tenacidad para la lucha, su temeridad inclusive, se merma, se quebranta, se siente como un niño abandonado, quiere estar en las entrañas de su madre. Unas lágrimas se desprenden con facilidad de sus ojos reducidos. Se seca enseguida con sus dedos, porque le da vergüenza que le vean llorando, tose para disimular la ventosidad que se le escapa y se pone sus lentes. Por la suciedad impregnada en los lentes ve todo nublado,

entonces se los saca, con su aliento logra empañarlos y con una de las mangas de su camisa los limpia exhaustivamente, hasta que quedan igual de desnivelados, pero brillando. Acercándolos a sus ojos, se da cuenta de que están resquebrajados. Solo esto me faltaba, puta madre, atina a decir en voz baja.

El gato negro que duerme apenas, con sus ojos abiertos, ve como el viento cobra vida en forma de un mínimo torbellino, entonces viene a su mente la escena en la que *Drácula* para huir de sus perseguidores, luego de que su damisela ha bebido sangre de su pecho y se han jurado amor eterno, se cuelga por los ventanales de la habitación en forma de cientos de ratones, solo que ahora la puesta en escena es maniquea y se difumina tanto que habría que cortarla y repetirla mil veces, para que al menos quede decente, presentable, para un público ávido de algún espectáculo macabro. Toma lo que queda de su navaja, la sopla y con sus dedos la limpia, preparándola para su cita inminente con el madero. Se siente ansioso.

¿Cómo llegar a cumplir,/ con el designio de Godard,/ encontrar el principio/ del cine y de la vida:/ ir hacia la luz y/ dirigirla hacia nuestra noche?/ ¿Cómo estar seguros/ antojadizamente,/ caprichosamente,/ arbitrariamente,/ que podemos,/ tan siquiera,/ llegar a alcanzar/ la luz/ o arañar/ nuestra noche?/ Lo único que/ podemos esperar,/ a viva luz,/ a noche intensa,/ a luz susurro,/ a noche ahogo,/ es que la luz/ y nuestra noche/ estén siempre ahí,/ titilando,/ para al menos/ añorar en algún momento/ su encuentro,/ para al menos/ asegurar una pizca de sombra,/ entre tanta noche/ y tanta luz.

El shamán-gitano se despereza y, cuando se acerca inconscientemente al camastro del hombre, se percata de que todavía de su boca se desprenden unos vahídos que dejan en el espacio

un aroma nauseabundo ya no a queso gruyere, sino a fréjol fermentado. El hombre, que recién pudo conciliar el sueño hace menos de una hora, ronca y una serie de espasmos se apoderan de su cuerpo. Una baba se desliza de su boca hacia su saco que le sirve de almohada. Se despierta y cree ver un espíritu, un ánima tuerta, pero es el shamán-gitano que le está respirando en la oreja. Enseguida ríe, al constatar que el parche del shamán-gitano está mal colocado, casi a la altura de la nariz, a pesar de que un orificio que no parece tener fin está eternizado en su cara en lugar de ojo derecho. Piensa que, si alguna vez le pasó por la mente que el parche era utilizado para adquirir una imagen más potente y enigmática, se equivocó por completo. Con el parche colocado por cualquier parte, el shamán-gitano daba pena.

Una lluvia tupida que se incrementa a cada segundo, con rayos furibundos, complementan el clima gélido de la celda. Las gotas de agua gruesas y contundentes, casi en forma de granizo, chocan con la pared externa y penetran atrevidas por el ventanuco. El hombre se acerca a la ventana y toma contacto con los barrotes, en las cuencas de sus manos deja que se deposite agua de lluvia y, una vez llenas, se riega en la cara y en su cabeza. Todo lo hace como un acto ceremonioso, con tal fruición, que parece que le están bautizando, que está convencido de algo, que cree fervientemente en un ser superior, que se ha dado cuenta, de su finitud y de lo inerme que es, más aún estando ahí, encerrado, que necesita creer en alguna deidad, porque si no se va a morir. Entonces se hinca, no recuerda el padre nuestro ni el ave maría, es que desde niño le dominó la increencia, pero en ese instante, no tiene otra alternativa que rezar, pide a Dios que lo libere, que lo saque de ahí, que le dé su pastilla, jura que no volverá a cometer ningún delito más en su vida, ni siquiera volverá

a hacer daño a nadie, minimizará sus errores y defectos, potenciará alguna virtud. Repasa lo dicho y jura otra vez, aunque sabe que no cumplirá, se acuerda la mímica de su hermana, recordándole —los brazos extendidos hacia el cielo— que debe creer en alguien. Ya no aguanta más.

El juez también, pese a la helada, se refresca y por un segundo se siente un poco más tranquilo, recobra energías. El shamán gitano, en cambio, se enjuaga su boca en el grifo y moja el turbante. Tapa con su mano derecha su boca y suelta su aliento, se tranquiliza porque le parece que no expele ningún olor desagradable, pese a estar podrido por dentro y por fuera, no se acuerda cuándo fue la última vez que pudo cepillar sus dientes con pasta dental. Luego se acuesta en el suelo para hacer abdominales. Uno, dos, tres, cuenta hasta veinticinco y para, descansa unos segundos y empieza otra vez el ejercicio matutino del que no se ha apartado desde los primeros días de su encierro, salvo en algunos que han sido para él realmente aciagos. Sin embargo, esta vez se cansa, para a mitad de la tercera serie y por un buen tiempo se sienta. Inhala y exhala en procura de calmar la fatiga y el ansia, tal como le había enseñado hace tantísimos años su abuelo. Inhala y exhala, y pide a sus dioses que alejen de él el odio, la venganza, la violencia, los pensamientos suicidas; pide paz interna, reconciliación, esperanza, fe. Su ojo ha permanecido cerrado, su boca entreabierta. Unos, dos, tres, reanuda su rutina.

El gato negro sigue con su navaja apostada al suelo, no se logra distinguir lo que está escribiendo porque solo raya sin el más mínimo sentido. De pronto se aquieta y clava su navaja en el piso. Se acuerda que de niño jugaba a trazar la firma del diablo. Sin levantar el lápiz del papel, porque ese era el propósito del juego: demostrar que quien podía hacerla, sin levantar la mano,

era el diablo. Dibujaba un cuadrado, luego una equis en el medio y por último unos semicírculos que adornaban todo el gráfico. Siempre le faltaba al menos un semicírculo o una línea de la equis para completar la firma. Jugaba con su hermano mayor, él siempre ganaba. En todo caso, su hermano orgulloso le enseñaba la firma del diablo completa, hecha sin levantar el pulso, nunca pudo saber cómo lo hacía. ¿Sería su hermano el demonio? Retrotraído en el tiempo, intenta lo mismo con su navaja, es en vano, le falta el mismo condenado semicírculo de siempre, el de arriba, solo que en ese santiamén no tiene miedo de ser el diablo, es más hubiese dado lo poco que le queda de vida por ser el mismísimo Lucifer, y regresar y volver y regresar, así ad infinitum y no estar condenado, de modo tan sui géneris y absurdo a ese confinamiento. Regresa a ver a su alrededor, ninguno de los tres parece tomarlo en cuenta. Guarda su navaja en el bolsillo izquierdo de su pantalón y camina un poco. Repasa velozmente todo lo que ha escrito, no es pelo de cochino, dice mentalmente. A esas alturas, un poco más de medio piso está completamente lleno con sus grafías. Su cuerpo se acuerda del frío que arrecia y se estremece, se le erizan los vellos de sus brazos y piernas, quizás porque se da cuenta de que cuando acabe de rayar el piso, también acabará su último vestigio de esperanza. Pero va a salir de ahí, lo jura, no quiere darse por vencido.

Espulgándote la escasa y fina cabellera,/ quitándote uno por uno,/ cada cabello,/ negro y blanco, blanco y negro;/ despiojándote,/ descongestionándote,/ rapándote,/ con una barbera vieja,/ carcomida en los filos,/ abrimos una abertura,/ primero en tu cabeza,/ luego en tu cerebro,/ la excitación nos invade,/ jadeamos,/ no podemos esperar el momento para ver/ la marca de la bestia,/ el 666 soldado,/ adherido a tu tocte./ Cual científicos/ tras su rata blanca,/ en

pleno columpio/ o resbaladera/ o laberinto,/ seguimos auscultando,/ investigando,/ operando,/ pero lo que conseguimos fue,/ pura blasfemia,/ porque entre estertores,/ lo único que pudimos ver,/ al final,/ fue una masa mortecina de color blanco/ y una baba sanguinolenta,/ gruesa,/ que se colaba por las manos de los victimarios.

Unos sujetos me contrataron para juzgar a tres hombres, eso fue lo que me dijeron, la paga ofrecida era buena, por eso cuando pregunté de qué se trataba el caso y la respuesta que obtuve fue que de a poco me iría empapando de todo, sin objetar y pese a que a las claras el asunto era ajeno a la legalidad, acepté de inmediato. Desde que perdí todo el dinero de mi jubilación, en un maldito banco, hace más de cinco años, literalmente me como la camisa, ni para tabacos he tenido. En otras circunstancias, nunca hubiese aceptado tal proposición. Fui quince años juez penal y civil, y treinta y tres años ministro juez, toda mi vida dedicada a la judicatura. Perdí mi jubilación en manos de estos banqueros de mierda. Nunca aprendí ni hice nada más en mi vida que juzgar, toda mi vida se redujo a administrar justicia en nombre de la república y por autoridad de la ley. *Lex dura lex*. El juez es la boca de la ley, como se dispuso en la Revolución francesa, carajo, nada de interpretación, peor aún de disquisiciones dogmáticas. Por eso, insisto, acepté de inmediato. No me vean con esos ojos inquisidores, de torquemadas, ustedes no tienen ni la más palmaria idea de cómo volví a nacer, cuando me propusieron que iba a volver a imputar, a absolver o a condenar, lo que no sabía es que esos hijueputas me iban a confinar a este lugar y por sus preguntas me doy cuenta de que ustedes, al igual que yo, tampoco saben a ciencia cierta por qué están aquí, suponemos que por nuestros ilícitos, este es nuestro castigo, en mi caso, supongo que por mis yerros jurídicos, quizás por condenar a

alguien inocente, pero nada más que eso. Yo tendría mil causas por las que me condenarían a estar aquí, pero me doy cuenta de que, más que nada, mi confinación al menos se debe a la puta vida, añade el juez y esboza una sonrisa sarcástica, cargada de melancolía y resignación. Planeamos algo, examinemos si hay alguna manera de escapar de aquí, de lo contrario, no vamos a durar mucho tiempo más con vida, seguro que ustedes ya han pensado en algo, añade.

Fui hijo de madre soltera, en una época, además, en que eso era deleznable, infrahumano, por decir lo menos, los hijos de fuera de matrimonio éramos considerados bastardos, sin voz ni voto, desamparados de la mano de Dios, odiados y marginados por todos, no teníamos derecho a nada. Les estoy hablando de la década de los cuarenta del siglo pasado y de un pueblo cerca de Alausí, en Chimborazo, que es donde nací. A esta situación hay que agregarle que mi padre nunca quiso reconocermé. Las dos veces que yo lo visité, una para decirle que me ayude con dinero para el funeral de mi madre, otra cuando me gradué de doctor en jurisprudencia, me mandó a pastar chirotes, trapeó el suelo conmigo. El odio que se generó en mí tuvo su máximo clímax cuando tenía veintiséis o veintisiete años, acababa de graduarme. A empujones entré a su oficina —mi padre también fue abogado, en libre ejercicio— y sin esperar siquiera a que me regresara a ver, le restregué mi título en su cara. Mi padre leyó el contenido y, sin levantar su mirada ni decir ni una sola palabra, lo rompió en varios pedazos. Hasta ahí llegó cualquier viso de cordura y paciencia y, sin pensar dos veces, me abalancé a su cuerpo, le alcé de la solapa de su gabardina azul a rayas y... el juez se quedó callado, cubrió su cara con su mano derecha, se quitó los lentes y se irguió. Todos estos acontecimientos me

persiguen desde aquel momento, por lo menos una vez al día: la oficina, la cara de mi padre, su vestimenta, los trozos de cartulina desperdigados en el suelo. Caminando unos pasos hacia el lado derecho de la celda, logra tranquilizarse. En fin, les contaba que le cogí de la solapa de su saco, empuñé mis manos y lo zarrandé. Al final, la paliza que nos infringimos fue brutal. No hubo *knock-out*, ni vencedor por puntos siquiera. Los dos caímos derrotados, sangrando hasta los huesos y, lo que es más, yo terminé ido, con una sensación de dolor interno, que jamás he vuelto a experimentar en mi vida, que no era físico, sino más bien sentí que me desintegraba, como esos dibujos animados que quedan aplanados por un tren, solo que yo, a partir de ese momento, nunca he vuelto a rearmarme, trozos de mí quedaron en ese suelo. Estaba borracho, completamente borracho. Al día siguiente se apareció en el cuarto en el que vivía y nos fuimos al Registro Civil. Me reconoció. Debería haberme matado... le dije. Entonces muérete, hijo de puta, y nace de nuevo, y otra vez, si se apiadan de ti, ¿quién se va a apiadar de ti?, ¿de nosotros?, mejor reza maldita sea, el rezo es como una escoba de limpiar: limpia tus pecados y tu piel se volverá tersa, lozana, como el culo de un guagua, pero a mí no me jodas nunca más... voceó mi padre. Fue la última vez que lo vi y prácticamente las únicas palabras que me dirigió. Al poco tiempo murió, no asistí a su funeral.

El diálogo entre el juez y su padre no concluye, no tiene un final, solo transmuta a cada instante, como la apariencia del juez, se mueve en ondas que quedan aisladas en lo sideral.

Mi relación con mi padre siempre fue tirante, nunca hubo una sola tregua, sentencia el juez.

Me haces acuerdo de *Carácter*, esa película en la que hay un rollo parecido, interrumpe el gato negro, qué cabronada. Mi

padre, en cambio, que siempre estuvo pendiente de mí, me insistía que le conozca a mi hija, que me haga cargo de ella, no crean que no intenté varias veces, pero algún pretexto ponía y nunca llegué a conocerla, declara con un dejo de amargura.

Se esparce/ insoslayablemente,/ arrolladoramente,/ fatalmente,/ en todos los recodos/ de la habitación (tápanse las narices)./ Anega las colchas,/ se abre camino/ por el plumón de las almohadas,/ vuela a ras del piso,/ pájaro café de mal agujero./ Se desliza por las sábanas/ y se anida y atomiza,/ en los resortes y la esponja/ del colchón descuajeringado./ Se cuelga/ arriba, abajo/ y a los lados/ de las persianas,/ de las cenefas,/ de las barrederas (sálvese quien pueda)./ Se ubica en punta,/ como el iceberg en el mar./ Se cuelga,/ como tela de araña,/ a los focos y al techo (nadie aguanta más)./ Unas manos ínfimas/ se desesperan,/ por esconderla,/ erradicarla,/ desvanecerla,/ desmenuzarla,/ entre los dedos./ Pero, por más que/ se sorbe,/ se trague,/ se limpie,/ prolifera,/ se propaga,/ aumenta./ En la habitación,/ aparece el padre,/ furioso,/ iracundo,/ regañando al niño,/ por no avisar/ que se ha cagado,/ en todos los confines del universo.

XVIII

Por aquí, dobla a la izquierda, dictó la profesora y el gato negro sin chistar giró el volante de su Volkswagen escarabajo verde, modelo 69 y se internó en una calle larga y oscura a pesar de que el reloj no marcaba ni las cuatro de la tarde.

Aquí puedes dejarlo. Lo estacionó entre un carrocasa y una camioneta, y empezaron a recorrer el terreno baldío en el que había únicamente a muchos metros de distancia un edificio que lucía nuevo. En el resto del enorme terreno se podían apreciar pilares en construcción. Extraño a mi vecino, soltó la profesora, es que me cuidaba, le asesinaron antenoche. Surge en la mente de la profesora una fotografía en blanco y negro en la que su vecino está caído en una vereda, boca arriba, cogiéndose el bajo vientre, sangrando desmedidamente, llenando de motas negras hasta los bordes de la foto. Lo poco que se puede ver de su cara luce como la de Godzilla aplastado en medio del derrumbe. La fotografía simula una pintura callejera con iluminación de escasa intensidad, al estilo de un cuadro de Rembrandt. Sombras y luces no solo batallan en un exterior nocturno, sino también en un oscuro interior protegido de la luz de los contornos, lo que se ve en la fotografía es solo parte del rostro y genera, además, por sí sola, a cualquier mirada, una tensión dramática de altos voltajes. La fotografía se queda guardada en algún lado íntimo de la profesora, pero preferiría que se apartara definitivamente de ella.

Los planos son largos, persiguen al gato negro y a la profesora durante toda su caminata, sus sombras quedan nítidamente dibujadas en el suelo, las miradas se superponen desde diversos ángulos.

Aledaña al parqueadero había una pista para bicicletas ocupada por algunos niños montados en bicicletas o patines. En el momento en que la pareja pasaba, uno de los ciclistas salía de la pista y colisionó con la humanidad de la profesora, lo que ocasionó que los dos fueran a dar de bruces contra un pilar. El ciclista quedó descuartizado con el vientre besando el suelo y no tardó en llorar profusamente. A la profesora, en cambio, se la vio sentada y con los brazos extendidos a los lados. El gato negro sin perder el tiempo fue en auxilio de los dos. Se tranquilizó al ver que solo unos cuantos rasguños adornaban sobre todo las piernas y los brazos del ciclista y en cuanto a la profesora no parecía nada serio aunque se quejaba de dolores en su cadera y en su cabeza. Los dos rieron y el gato negro ayudó a la profesora a levantarse.

La profesora, aunque sosteniéndose del brazo del gato negro y patojeando, animó a este a no detenerse y a continuar su camino. A la entrada del edificio, dos adolescentes habían colocado una escalera que llegaba al segundo piso, por la que subían y bajaban, turnándose con suma amabilidad. Sus cabezas estaban rapadas a mate, vestían calentadores, camisetas rojas y zapatos deportivos. Sus risotadas eran inaudibles, silentes, apenas si se escuchaba un chiflido. En el tris en el que la profesora y el gato negro pasaron frente al edificio, los adolescentes se pusieron sendas máscaras que sacaron de sus bolsillos traseros de El Santo y Bluedemon. Máscara y silencio. Una música que retumbaba, llena de flautas y tambores, proveniente del departamento

de la planta baja, era lo único que rompía la ausencia y el silencio. La puerta de entrada al edificio estaba abierta, en el *hall* principal tres niñas formaban un círculo con sus manos sujetas unas de otras, tenían encapsulada en el medio a una más pequeña que no tendría ni dos años y que, por la expresión contrahecha de su cara, se le notaba que estaba asustada, casi con pánico. Las niñas que formaban el círculo se ponían a jugar y a bailar cambiando de lado constantemente. *Los pollos de mi cazuela no sirven para comer, sino para la viudita que lo sepa... se le echa sal, cebolla, hojitas de laurel*, era el estribillo que sonaba ligero con eco en el *hall* del edificio.

Algún artefacto de lata que el gato negro no pudo distinguir, emperchado en la pared, reverberaba una luz macilenta que, ubicándose entre los cuerpos de las tres niñas, iluminaba las faces y los vestidos de tonos celestes y rosados. Las niñas estaban despeinadas, sus cabellos sujetos por vinchas invisibles volaban en el aire. Los ojos azules de la que parecía la líder llamaban más la atención. El gato negro arrojó un vistazo fugitivo sobre esa secuencia; lo único que quería era entrar cuanto antes en el departamento de la profesora. Entre el tercer y cuarto piso tuvieron que sentarse en las gradas, la profesora se quejaba de una punzada en su espalda y el gato negro también sudaba por el esfuerzo, prácticamente la había cargado.

¿En qué piso me dijiste que era?, preguntó el gato negro. En el quinto, respondió la profesora, ya mismo llegamos. A los pisos no los separaban muchas gradas uno de otro y las escaleras más bien eran amplias y nada empinadas, pero dadas las circunstancias, en las pupilas del gato negro se dibujó el día en el que con la profesora subieron a la buhardilla más alta de la Basílica. Treparon por todas las escaleras posibles, el estrecho

graderío estaba flanqueado por paredes atravesadas por algunos compluvios. Hasta ahí vieron gente, turistas sobre todo. Luego subieron por una escalera en forma de caracol y atravesaron un sinnúmero de lo que parecían techos superpuestos y falsas claraboyas. Pero aún faltaba más y debido a que ya no había otra forma de subir, en lo más alto que pudieron llegar, el gato negro haciendo pata de gallo con sus manos, empinó a la profesora a la buhardilla. Por último, la profesora una vez arriba extendió su brazo para que el gato negro también la alcanzara. Se ubicaron al tope, en una especie de pequeño balcón. Llevaron sendas cantimploras llenas de whisky barato House of Lords y comenzaron a beber tragos grandes que lo sostenían por segundos, haciendo buches, en sus gargantas. Sintióse en un palco de primera fila, pero con la nostalgia del Jorobado de Notre Dame, repasaron el estilo barroco de la construcción, las góndolas en vuelo inmortal, el imponente paisaje de la ciudad. En el cielo de la ciudad las nubes componían una galería ilimitada de seres que formaban toda clase de figuras geométricas, casi cósmicas. Mirando hacia abajo, los patios, los perros, los transeúntes y los carros se divisaban como puntos negros, ínfimos, diminutos. Sin perder el tiempo, jugaron a entramar historias con cada transeúnte que divisaban. Ese señor, el que está corriendo, seguro es oficinista y acaba de ser promovido en su trabajo, inventa el gato negro. Esa señora está sonriendo, va en pos de una aventura, fantasea la profesora. Al frente un parque anegado de porquerías, completamente sucio y corroído, completa el paisaje lúdico. Prevalcía un audio ambiental ubicuo, que contrastaba con la mudez del conversatorio que nunca entablaron, porque todo lo que decían parecía un monólogo inventado por ellos. Y como en aquella ocasión, el aire que corría era cada vez más escaso, el gato negro

se ahogaba y sus manos y cara estaban paralizadas por el frío. Y como en aquella ocasión, con el advenimiento de la noche, un vaho se filtró en el ambiente, un vaho que enseguida empantanó sus interioridades. La profesora le había dicho que lo mejor para amainar la tristeza es subir e instalarse en lo más alto de aquella iglesia, pero el gato negro salió de ese lugar más perturbado aún, no solo por el dolor de cabeza y el mareo provocados por la traguetiza que se infringieron, sino también por el inmenso vacío que percibió al estar ahí, en medio de ninguna parte, ¿o de todas?

Los gritos de auxilio que emitían las mismas niñas de la entrada, que subiendo por las gradas les pasaron como flechas, conminaron al gato negro a reaccionar. ¿Ya te pasó un poco el dolor?, inquirió sin obtener respuesta, se incorporó despacio, desperezándose, como volviendo de un sueño pesado. La niña que iba primera se burlaba de las demás, la profesora la paró en seco deteniéndola del brazo. Si no me equivoco esta niña vive al lado mío, sostenla, pidió la profesora y, pese a los pataleos del crío, el gato negro la condujo a su departamento. La niña echando chispas de sus ojos, lloriqueó y una vez adentro se trasoyó una queja vertida a su madre. La profesora escaló el último piso sosteniéndose del pasamanos hasta que llegaron a su departamento, sacaron las llaves de su cartera y abrieron primero una puerta de hierro, luego una de madera pintada de blanco. Las otras niñas sin chistar bajaron lentamente, una de ellas tropezó y rodó bruscamente unas cuantas gradas.

Al igual que en todos sus encuentros, se habían provisionado de licor. Esta vez compraron dos botellas, una de vino rojo y otra de whisky. La profesora le insinuó que quería vino porque dijo estar hastiada de whisky. Hasta la lengua la tengo amarilla...

había dicho. Se instalaron en la minúscula sala. El gato negro se sentó en uno de los dos muebles descuajeringados, color habano y de segunda, que copaban toda la parte del fondo, mientras la profesora trajo de la cocina unos jarros. La profesora le contó de sus hijas, de los motivos de su divorcio, le comentó que a su exmarido nunca le gustó trabajar, también la influencia negativa que esto había provocado en sus hijas y de lo segura que estaba de haber escogido la mejor decisión cuando se separó. Con mi exmarido no iba a ninguna parte... replicó, ni en el plano económico ni en el sentimental, porque ni siquiera ha sido un padre responsable. ¿Te han hecho las tres preguntas de rigor?, preguntó seguro de sí mismo el gato negro, pretendiendo cambiar el rumbo de la conversación. ¿De rigor?, no, cuáles son, respondió sonriendo y sorprendida la profesora. ¿Te has masturbado alguna vez? ¿Estarías dispuesta a ser parte de un triángulo? ¿Cometerías un acto lésbico?, dijo de memoria el gato negro. La profesora sonrió aún más, esta vez de manera pícaro y se sonrojó, unos leves pliegues rojos se manifestaron hasta en los bordes de sus labios. La respuesta es no a las tres, contestó sin parar de reír. No hay mucho que explotar en ti en el plano sexual, afirmó en tono serio el gato negro y luego soltó una risotada. No más preguntas, la profesora le tapó la boca con sus dedos al gato negro y se sentó en sus piernas con agilidad, como si ya no tuviese dolor. El gato negro se acomodó y manoseó sus senos.

Ya me siento mejor, sostuvo la profesora y ofreció su lengua al gato negro. Las lenguas con suma experticia formaron un ocho y subieron y bajaron, rodeando los contornos bucales, desde el paladar hasta las encías. El gato negro respiró profundo, tragó saliva, evitando mojar en demasía a la profesora, por unos segundos se apartó, con sus dedos secó una baba pegajosa de su

quijada y también retiró sutilmente otra baba de los labios de ella. Tomó viada, otra vez respiró, estaba decidido, las manos del gato negro se deslizaban por la espalda, por las nalgas frías y en forma de obo, por el ombligo sudado y con olor a talco de la profesora. Buscó el broche del sostén, lo zafó y saltaron ante sus ojos dos conejos tiesos y de medidas precisas. El color rojizo de la piel de la profesora era de un tono uniforme, sus bucles, en cambio, revoloteaban en el pezón. Empezaron a jadear, la profesora arqueó su boca como buscando la arremetida y tanteando debajo del pantalón agarró el glande del gato negro.

Tengo miedo, alcanzó a decir la profesora. El gato negro le quitó el botón del *jean* y le bajó el cierre, con dificultad alcanzó a meter su dedo meñique en la pelvis, en la ingle, en los labios vaginales que comenzaron a derretirse y a expeler un olor a ensalada de lechuga con tomate.

Sin perder el tiempo la profesora se despojó de su pantalón, frotó su sexo, señalando el lugar exacto por donde debía penetrarla. Se columpió incesantemente en las piernas del gato negro, solo ahí se detuvo. El gato negro aprovechó la quietud de la profesora para invadir sus cavidades. Despacio, su sexo tomó pleno contacto con la vulva, quiso permanecer unos segundos así, pero la profesora acometió con furia, en una suerte de haraquiri, introduciéndose el pene de una vez por todas. Los efectos del alcohol incidieron para que se tomen su tiempo antes de llegar al orgasmo.

Acaba adentro de mí, quiero sentirte adentro, exclamó un par de ocasiones la profesora y arañó con sus uñas largas y bien pintadas las nalgas del gato negro como queriendo exprimirle.

Eso fue todo. Al final del cuadro, la puerta batiente del departamento siguió oscilando en primer plano, después de que el

gato negro salió del lugar. Inmediatamente se produjo un fundido y el paso de la acción a un escenario exterior, en el que el gato negro estaba recorriendo con su Volkswagen la calle, a esas alturas de la madrugada aparecían los primeros rayos de luz.

Y un día, zas —el gato negro chasquea sus dedos—, se me esfumó el deseo, de repente el sexo dejó de ser la broma más grande, la carcajada, el escapismo, lo único que me daba paz. Fue cuando me dijo la profesora que ni loca iba a abortar. Hasta ahí llegó mi largo peregrinaje.

El gato negro enmudece, se levanta de un brinco de la cama y empieza a buscar desesperadamente su navaja. Levanta el colchón, busca por el grifo, por los contornos de la ventana. Nada. De un lado a otro del suelo. Nada. Tranquilo, no te desesperes, aquí está, le subraya el hombre entregándole la navaja. Puta madre, ¿por qué la tenías tú?, demanda al hombre mientras le arrancha la navaja y, sin esperar respuesta, comienza a rayar en el suelo, quiere perderse escribiendo, escribiendo cualquier cosa. Piensa un poco y se ve de niño entrando con su padre al cine Bolívar y de repente una diosa con sombrero gris cortito, con el rostro más triste y recio que jamás había visto, se lanzaba a las rieles de un tren y él lloraba de impotencia, porque no sabía cómo salvarla, o entrando con su padre al cine Atahualpa y de repente una diosa con sombrero pajarito ancho y blanco lleno de flores, con el rostro más triste y dulce que jamás había visto, asustada por el humo que expelía el mismo tren, ponía la mano en su falda e impedía que sus piernas quedasen al descubierto. Como si estuviese frente a un fonógrafo varias e inconexas escenas de los mismos rostros tristes y recios, tristes y dulces, salen y entran de su cerebro enfermo, que está a punto de perderse en la locura. Inicia su lento peregrinar en el suelo.

¿Qué demonios/ asediarían en los/ confines de tu jungla del asfalto?/ Carnada de millonarios,/ príncipes y caballeros,/ políticos y truhanes./ Tentación del piso de arriba,/ Eva de adanes,/ catarata del Niágara./ Tenías que cruzar el viaje,/ del río sin retorno,/ para vencer al tiempo/ y a la decrepitud,/ para que tu fotograma/ quede intacto,/ impoluto,/ incólume;/ para que de tu última función/ quede una piscina,/ unos diálogos entrecortados,/ nunca editados,/ peor acabados,/ una noche/ y tu silueta desnuda,/ apenas cobijada por una toalla/ y tu angustia/ y tu tristeza,/ y tu abandono,/ suplicándole/ y aullándole a la luna llena/ y recordándonos,/ para siempre,/ tu deshabitada vida.

Su mente otra vez se queda en blanco, luego emerge un bosquejo de rostro, finalmente el gato negro hace el ademán de estar escuchando algo en su oído. Se sobrecoge y continúa escribiendo.

Sabe,/ siempre sospeché que el disfraz de Mata Hari,/ la imponencia de Ninochtka,/ el retiro ¿prematureo? de Camille,/ el suicidio en medio del humo chispeante del tren de Ana Karenina,/ el brazo que tapa su cara,/ en la fotografía postrera de su vida,/ e impide apreciar los surcos de su piel,/ fue acuñada desde los primeros acercamientos de la cámara a su faz,/ desde los pasos de baile en el silente,/ desde las primeras voces altisonantes del sonoro,/ para que nunca deje nadie de deificarla./ Pero,/ ¿cómo?/ imposible,/ traicionarla/ y no poner una vela diaria,/ para implorar/ de rodillas/ que vuelva,/ para verla/ rutilante, altiva y autosuficiente,/ aunque sea/ una milésima de segundo más y contemplarla/ en el clic infinito.

¿En dónde están?/ ¿Adónde se han ido?/ ¿En qué lugar recóndito se han ocultado?/ ¿Por qué ya no las veo?/ Y se escapan, se derriten, se esfuman,/ de la retina de mis ojos,/ de la última huella de mi memoria,/ como el silencio,/ como el pasado angustioso,/ como la pesadilla fatal...

Alucinando el gato negro continúa rayando el suelo con signos que no se entienden. A unos los tacha y los repite al principio o donde sea, otros simplemente quedan indescifrables. Respira profundamente con la intención de tranquilizarse. Entonces vuelve a su cama, quiere conciliar el sueño. Cierra los ojos y se deja llevar por el sopor, por alguna secuencia mil veces vista de sus divas.

Como si nada hubiese pasado, mirando a sus interlocutores, el gato negro se concentra y empieza a hablar automatizado. A la madrugada siguiente de haberme enterado de que iba irremediamente a ser padre, saliendo de una fiesta fui por la Colón a ochenta, que digo a ochenta, a más de cien por hora. Estaba ebrio. Me acompañaban un conocido al que no le podía ver ni en pintura y que iba de pasajero al lado mío y el Gordo que estaba situado en el asiento de atrás. El conocido se hincó y llorando, con las manos unidas en plegaria, me suplicaba que parara, por amor a Dios para, me rogaba, el gordo solo se reía. Te cagaste, le repetía ante cada súplica. A mi escarabajo le vibraba hasta la última lata, el motor parecía que en cualquier momento se iba a desprender y a salir volando por las nubes. Pasándome todos los rojos de los semáforos, el peligro era inminente. En la estocada final y a pesar del frenazo a raya, colisioné contra un poste. Algunas fracturas y rasguños menores fueron el resultado. El conocido no paraba de llorar e insultarme, hijueputa, me mataste, me gritaba, el Gordo y yo reíamos triunfantes. Luego me desvanecí. El resultado final fue que el conocido se fracturó el dedo meñique, al Gordo no le pasó nada, ni se despeinó, yo me partí la cara. La herida casi llega a la sien. Un poco más abajo y no había forma de salvarle a su hijo, le había dicho a mi padre el médico que me atendió y suturó varios puntos por toda mi cara desecha.

A partir de ahí, durante una temporada larga, sentía que caminaba en lo más profundo del mar. No entendía lo que me decían ni tampoco la gente entendía cuando hablaba, continuaba relatando el gato negro. De esto ha pasado más de veinte años, nunca llegué a conocer a mi hija. Me he limitado a depositar un dinero mensual en un número de cuenta que la profesora me dio. Y ahora... ni siquiera sé dónde estoy, ni si saldré de aquí o no... Nunca me hubiese imaginado que iba a parar aquí, ojalá hubiese tenido algún contacto con mi hija, ojalá la hubiese conocido, se lamenta el gato negro y se queda callado de golpe.

Perplejo, el gato negro gira su mirada, ubicándola en el techo y todo le parece tan distante, tan lejano, tan imposible. ¡Putá madre!, grita y, aunque el grito no salió tan fuerte como el hombre y el shamán-gitano esperaban, de cualquier manera, ahogado, parecía tardar en expandirse por el largo pasillo de la celda.

Yo en cambio en mi otra vida fui bruja y malvada, además, sí les he contado. Así me crean loco, le seguí sus pasos a la hechicera y hasta estuve dos semanas en una isla, porque fue ahí donde vivió. En esa isla, averigüé que la bruja nunca se desamparaba de una coneja y que frecuentemente hacía sacrificios con fetos de focas. Recorrí la cueva donde estaba seguro pernoctó. El caso es que la quemaron, sí, en una cacería de brujas, la quemaron. La bruja entonces maldijo a todo el pueblo y ya ven luego se construyó esa prisión infernal, claro que nunca se podrá saber si fue por efectos de su maldición, pero que el pueblo vivió momentos de zozobra, no hay duda. El shamán-gitano, tratando de disipar el ánimo del gato negro, toma la posta de las confesiones. Su voz es altisonante y la contundencia con la que habla no tarda en llamar la atención de los otros dos. La celda se cubre de un olor a queso gruyere. A lo lejos se oye apenas un mugido. Un son

antiguo debería acompañar las revelaciones, pero música es lo que menos abunda y lo que más hace falta en la jaula, a tal punto que, un rasguño de una cuerda de guitarra, una tecla de piano aplastada, un golpe mínimo en un tambor, les haría inmensamente felices, les volvería mansos y quietos.

Otra vez van por ahí, sostiene con total seguridad el shamán-gitano. ¿Quién va... por dónde?, interrumpe el hombre. Huy si les contara, pobres ánimas que deambulan, algunas porque no saben que ya murieron, otras porque quieren regresar. Las veo a cada instante. Por suerte fue mi abuela la que me enseñó a convivir con este don, si no ya me hubiese vuelto loco. Si sabiendo desde siempre que las ánimas conviven con nosotros, he caído del puro miedo en el alcoholismo y la drogadicción, para ver si así se apartan de mi vida y me dejan en paz, pero no he podido con ellas, y más bien, por caer en excesos, me costó inclusive el ojo. Las palabras del shamán-gitano se vuelven ásperas, su postura y sus gestos dan pánico, parece tan poseso como la misma Linda Blair en *El exorcista*, cuando le dice al cura: ‘maldito maricón con faldas...’. Shhh, mejor cállate shamán, ordena el hombre, no vez que metidos aquí adentro y, encima de todo, muertos del miedo, ahí sí estamos completos, sin escapatória, el miedo nos puede empequeñecer más... nos puede terminar de aniquilar... Sí, mejor cállate, concuerda el gato negro. El shamán-gitano les hace caso y se queda mustio.

El ruido del grifo de agua, que es abierto por el hombre, interrumpe el silencio que se había instalado en la celda. Bueno, si quieren, me callo —recobra las palabras el shamán-gitano—, total ustedes son los que se pierden. No seas tan susceptible, sigue no más y tienes razón, nosotros nos perderíamos, quien más va a tener a cada rato encuentros cercanos del tercer tipo, espeta el hombre.

Mi abuela hablaba romanés, una lengua antigua surgida en el norte de Italia y como les decía, cuando yo tenía tres o cuatro años, prácticamente me raptó y sin perder el tiempo, me enseñó a lidiar con las apariciones, a leer el tarot y las líneas de la mano. Mi abuelo indígena, en cambio, se encargó de involucrarme en la sanación de la gente, en las bondades de las yerbas, de los ritos, de los baños aromatizados, de la pasada por el cuerpo del cuy, de la ayahuwashca.

También nos has contado, interrumpe el hombre. Perdóneme por ser tan repetitivo, pero lo que les quería decir es que con este encierro no he podido, ha significado para mí un desgaste insoportable, no solo físico sino también espiritual que es lo que más me perturba. Ahora parezco alma en pena, otra más de las que veo a cada rato, sin rumbo. Quisiera que estas paredes se caigan de un solo golpe, como una vez un brujo poderoso, removiendo con sus manos la tierra, provocó un eclipse solar. Las nubes se apartaban y aparecía la luz conforme el brujo iba moviendo sus manos dentro de la tierra a la izquierda o a la derecha. Todos los que espectamos nos quedamos boquiabiertos, estupefactos. El hombre y el gato negro soltaron una carcajada. Así se burlen o les parezca que estábamos alucinando, no se olviden que el ser humano solo utiliza el cinco por ciento de su capacidad intelectual, estamos en el subsuelo de un edificio de cien pisos. La clave está en asumir el poder con la más absoluta humildad, pero aquí ni eso me ha servido, siento que he perdido todo, que me estoy desmaterializando totalmente, pero aún no me doy por vencido, aún no me dejo morir, continuó el shamán-gitano, sin hacer caso de las risas burlonas de los otros prisioneros.

XIX

PROTAGONISTAS

NINFA: 15 años. Llena de *piercings* en labio superior, ombligo y vagina, barros en la frente y quijada. Tez bronceada, ojos grandes, color miel, nariz respingada, labios mínimos, espigada, cuerpo bien formado, no amorfo, con nalgas y senos protuberantes. Cabello café claro, alisado y largo. Viste *jean*, pupera blanca, saco verde y zapatos tipo alpargata, sin medias.

JUEZ O DOC: 70 años. Su aspecto físico es el mismo al que se hacía referencia en el capítulo inmediato anterior, solo con un par de años menos. En su atuendo se distingue un traje a rayas azul marino, perfectamente planchado, adornado de un pañuelo blanco y una corbata celeste a cuadros, además, usa zapatos negros de cordón y medias también negras de rombos.

PERSONAJES INVITADOS

ENCARGADO DE LA LICORERA: 30 a 35 años. Tipo delgado, delgadísimo, moreno, estatura mediana, cabello escaso, color rubio, nariz ancha, labios rollizos. Amanerado. Viste casimir inglés café de modesta calidad, camisa a medio abotonar amarilla, bufanda habana y zapatos caqui.

ENCARGADA DEL HOTEL: 18 a 20 años, en su cara sobresalen unas pelusas a manera de bigote y patillas. Blanca, esbelta, de rasgos finos. Viste uniforme con falda y *blazer* vinos,

también utiliza un sombrero pequeño que hace juego con su uniforme y un pendiente de plata.

MADRE DE LA NINFA: 50 años. Robusta, senos grandes, de estatura pequeña, cabello corto, color negro. Viste blusa amarilla, traje compuesto de falda, chaqueta gris y mallas en lugar de medias nailon. Zapatos negros de taco alto. Un lunar al lado izquierdo de su nariz, es su característica más peculiar.

SECRETARIA: 45 años. Caderas y nalgas anchas. Su atuendo comprende pantalón pescador y camiseta con amplio escote que visibilizan gran parte de sus senos. Ojos verdes de muñeca de porcelana, que denotan con facilidad que usa lentes de contacto. Rasgos toscos, tez cobriza.

DOS HOMBRES CHINOS: 20 a 25 años. Los dos flacos, altos, con camisas blancas y pantalones café oscuros.

Música: Ismael Lo.

Edición, Vestuario, Guion, Producción, Dirección de arte, Efectos especiales y Dirección general: anónimo.

1. Exterior/Tarde/Automóvil

El juez conduce su vehículo de norte a sur por la *Av. 6 de Diciembre*. Lleva a la ninfa a su colegio.

NINFA: Doc, ya no aguanto, me estoy volviendo loca, de hoy no paso, ayer me masturbé doce veces seguidas, por fa haga algo para aquietarme, por fa impida que busque cualquier cosa y me lo meta, ya no puedo más con la ansiosa, está que late, quiere succionarlo todo. Sabe, alguna vez que me estaba masturbando, sentí que se quería tragar el dedo entero, igualito que la planta carnívora de la casa de los *Locos Adams*, que se comía todo lo que estaba a su alcance, así me siento hoy.

El juez no dice absolutamente nada, pero se enciende, en sus pómulos sonrojados se nota cómo se le sube la adrenalina con cada palabra pronunciada por la ninfa. Por fin, se estaciona derrapando en la puerta de la primera licorería que divisa. Sale del carro dando un portazo.

2. Interior/Tarde/Licorera

JUEZ: Una botella de vino y una media cajetilla de Marlboro rojo, por favor.

ENCARGADO DE LA LICORERA: Son 12 dólares, jefe, usted sabe, con esto de los impuestos, todo ha subido a lo bestia.

Apurado, apuradísimo, el juez saca de su billetera el dinero, paga y regresa al automóvil en pocos segundos.

3. Exterior/Tarde/Automóvil

NINFA: ¡Qué calor que hace...! mejor me quito el saco.

Quedan al descubierto la piel canela y los hombros bien torneados de la ninfa.

JUEZ: Deliciosos, dice entre dientes y se lame los labios.

La vista del juez se posa en la oreja izquierda de la ninfa.

JUEZ: ¿Puedo besarte en el lóbulo de tu oreja?

NINFA: Sí.

La ninfa mueve su cabeza. El juez se lanza a su oreja, la chupa, la mastica, la traga desafortunadamente, como no lo había hecho en años, cual perro rabioso, con baba incluida, ni los *piercings* le estorban. Los enormes pliegues de las comisuras de la frente y de la boca del juez se encogen y se insinúan penosamente. Babea y las babas empapan el hombro de la ninfa, que ha permanecido quieta, quietecita, por un tiempo incalculable, solo perturbada por su respiración que cada

vez se acerca más al ahogo. Moquea y con las justas absorbe los mocos y se los traga. De repente, la ninfa da vuelta su cara enfrentándose con la boca del juez. Es el turno del beso. La ninfa siente cómo la lengua trisada del juez raspa su paladar y llega hasta sus amígdalas.

La ninfa desprende el nudo de la corbata del juez, se la quita y se pone de antifaz, no con la intención de ocultar su rostro, sino para que aumente la libido en el turgente interior del carro. De forma coqueta, se menea en el asiento delantero del Nissan sedan gris y baja la palanca de mano.

NINFA: A que no se atreve a tocarme doc.

JUEZ: Claro que me atrevo, así sea lo último que haga en mi vida.

La mano del juez empieza a rozar los labios de la ninfa, ella se eriza y él pellizca con sus dedos los diminutos pezones, ella saca su lengua saboreando sus labios y él se expande en sus bragas, ella siente cómo el flujo la inunda, como meado inaguantable y él siente que todas las partes de su cuerpo se acalambran. Arden. Unas gotas de sudor se desprenden de sus frentes, espaldas y axilas. Todos los vidrios del carro se empañan por las respiraciones agitadas. El juez instintivamente se cubre el cuello con los pliegues de la camisa, no quiere que ella descubra la lacra tipo Frankenstein que le quedó de su operación y, sin perder el tiempo, baja el cierre del *jean* apretado, apretadísimo y descorcha el botón que por la vehemencia rueda lejos del asiento del carro. *Clash* suena y el botón va a parar en la moqueta trasera.

El cielo se vuelve grisáceo y una densa capa de neblina colapsa todavía más el ambiente. Huele a ácido. El juez sacude con sus dedos el vello púbico rasurado y la vagina en flor

de la ninfa que sigue secretando como un manantial, solo estorbada por la presencia del *piercing*, que de alguna manera obstruye los movimientos de los dedos del juez. La agitación de la ninfa se magnifica.

I'm God, God with wings... se trasoye a bajo volumen el coro de la canción dos, tres veces seguidas desde el compacto que la ninfa le regaló al juez. Las cuerdas de un violín hacen su aparición, rasgan el corazón del juez. En un *flashback*, se instala la imagen del abuelo músico del juez, dando una serenata en una de las casas de la calle principal de Alausí. La imagen vuelve al presente, al violín acompañan unas tonadas de armónica y los ojos de la ninfa se mojan, se trata del instrumento musical que más le llena. Se acaba la canción y por un momento, que parece imperecedero, domina el silencio, pero el juez pone otra vez la misma canción y otra vez el violín, la armónica... La voz de la ninfa, que canta el estribillo, estremece al juez.

El plano es ancho y la toma en un primer instante, solo focalizada en las caras de la ninfa y el juez, en las rojas y empapadas caras de la ninfa y el juez, en las lenguas, en las torpes lenguas que se obstaculizan entre sí, de repente se alarga y enfoca los cuerpos, los trepidantes cuerpos, el carro, el bamboleante carro, e inclusive da una panorámica de una parte del norte de la ciudad, de una etérea, incorpórea, impostada parte del norte. Lluve torrencialmente, del capó del automóvil sale un humo que se expande rápido, rapidísimo, por la atmósfera. La imagen se va resquebrajando poco a poco. Crac suena y lo queda es un telón de fondo negro.

4. Exterior/ Noche/ Automóvil

El juez y la ninfa siguen parqueados en las afueras de la licorería, pero el cielo ahora está opaco.

NINFA: Mierda, qué estoy haciendo y lo peor es que me gusta. Su rostro se hunde en las piernas del juez. Enseguida se aparta. El juez, que casi no habla, acaricia la cabeza de la ninfa.

JUEZ: No te pongas así mi ninfa.

Luego de besarla por varios minutos, el juez prende su automóvil y arranca. Tiene entre ceja y ceja ir a algún hotel, pero a cuál, hace más de veinte años que no está en estas andanzas, ha perdido por completo no solo la práctica, sino también el sentido de ubicación. A pesar de la lluvia, no hay tráfico, el camino se hace expedito. El juez da vueltas a la manzana y suda intensamente, no quiere que la ninfa se dé cuenta de su inexperiencia, pero ella no tarda en percatarse y comienza a reírse. El juez se siente herido en su ego, así que en cuestión de minutos, totalmente resuelto, divisa un hotel, sube por una rampa, San Agustín-parqueadero privado, dice el rótulo.

JUEZ: Bajemos.

5. Interior/ Noche/ Hotel

ENCARGADA DEL HOTEL: ¿Por un rato o por la noche?

JUEZ: Por un rato.

ENCARGADA DEL HOTEL: Entonces son veintidós dólares. Luego de depositar el dinero en una especie de ánfora y recibir una botella de agua sin gas, el juez y la ninfa recorren varios pasillos angostos, hasta encontrar la habitación 233, señalada en el llavero. Doblan de izquierda a derecha y viceversa. Se trata de una vieja casona instalada en La Mariscal,

de tres pisos y estructurada en forma de laberinto. Divisan el cuarto, el juez abre la puerta, gira el manubrio y la ninfa, sin esperar más, da un salto ágil desde la puerta, al pleno centro de la cama. Toing... suenan los resortes de la cama.

NINFA: Siempre quise hacer esto.

El juez se queda viendo la escena sin atinar reacción alguna. En qué me metí, se oye en voz en *off* el pensamiento del juez. Sin embargo, con la pausa y la meditación que solo confieren los años, el juez se despoja de la leva, los zapatos y el pantalón de casimir y de forma paulatina, despluma a la ninfa del *jean*, de la camiseta, del *brasier* y de la tanga. A pesar de sentirse sofocado, no se saca la camisa, no se va de su mente la idea de que la ninfa le puede ver la herida que le dejó su operación. Tampoco se ha sacado el calzoncillo ni las medias. Ya con las arrugas de la cara al descubierto es suficiente, otra vez aparece el pensamiento del juez en voz en *off*. La ninfa se siente inerte, temerosa y con sumo pudor, por primera vez desde que era una niña, por lo que cubre sus senos con sus manos. El juez continúa viendo cada movimiento de ella.

NINFA: Estoy completamente desnuda, no lo puedo creer.

El juez delicadamente quita las manos de la ninfa de sus senos y con su lengua corrosiva y venenosa asalta su cuello, su ombligo, compuesto de una hendidura pequeña, pequeñísima. Solo otra vez el *piercing* le detiene de lamer el sexo.

NINFA: Ya entra.

El juez se queda paralizado ante la insinuación. Por varios minutos él ha estado desplazando su tembleque dedo medio, en el clítoris de la ninfa, como el golpeteo incesante del taco a una bola de billar, con la escasa velocidad que le

permite su avanzando Parkinson; hacia arriba y hacia abajo y luego en círculo, esperando el momento adecuado para tizar el taco y hacer la jugada perfecta, aunque no sea perfecta, alguna jugada, para salir del paso. Es que en el fondo, para él todo esto ha sido demasiado, verse ahí en ese cuarto, los dos desnudos, besándose y tocándose como si él también fuera un chiquillo, se había desbordado inclusive de su imaginación. Es que el juez se hubiese contentado con oírle hablar y que la ninfa le escuche con meridiana atención. Quizás con que ella le aceptara un café, quizás con caminar a su lado. Requería, claro está, contagiarse de las ansias de vivir que tenía la ninfa, succionarle la alegría que imprimía en cada acto que hacía o dejaba de hacer. Nada más que eso. A cambio le hablaría sin el menor egoísmo, sin el menor reparo, de su vida, de su experiencia, del derecho y de la ley, y si su memoria no le jugaba una mala pasada, le hablaría también, caso por caso, de todos los procesos habidos y por haber en los que falló, de las causas en las que estuvo en sus manos el destino de miles de personas. Le hablaría del significado de la libertad y de la justicia, le diría por fin, que ella le había insuflado de vida, que su presencia le había significado un desahogo. Y todo esto no implicaba conformismo alguno, el juez era realista, nada más que eso. Sabía que él, a lo sumo, podía llegar a ser un escalón más en la vida de la ninfa y que, al poco tiempo, irremediablemente, ella se alejaría de él. Además, nunca fue un tipo lascivo ni lujurioso, por eso su intención no era morir de forma tan lastimera como Peter O'Toole, en *Venus*, ni peor aún, inspirar lástima.

NINFA: Ya entra.

La ninfa se contorsiona, arquea su espalda, se deleita con la fricción y el juez mecánicamente y sin dificultad recorre con el taco el paño nuevo, novísimo, roza los brillosos bordes de madera y entonces sí se anida en lo más hondo de la angosta buchaca. Al principio encuentra resistencia, no es llano el camino, es pedregoso, luego el taco sí sale y entra con soltura, fabricando varias carambolas. En el ambiente flota un fino polvo que los embriaga y mimetiza. El taco y la mesa, los pozos del silencio, las bolas yacen en las buchacas.

NINFA: No, no, no...

La ninfa se queja, la palabra no, dicha a cada instante, para ella implica estimularse con la negativa, acariciar el placer con la negación, llenarse de sudor y lágrimas con la irremediable mentira.

El juego ha terminado, ya no hay más bolas que embocar, nada que apostar, hasta los dos chinos que han estado infiltrados desde una ventana grabando con una pequeña filmadora se retiran, solo la luz que llega de afuera alumbrando la silueta de los cuerpos como espermas levemente encendidas. La ninfa prende un tabaco y lo fuma chupándolo hasta mojarlo por completo. Un eco lejano del coro: *I'm God, God with wins*, no deja de oírse hasta que empata con las últimas risillas de los chinos que ya están corriendo por los pasillos, huyendo felices con su nuevo video, que al otro día empezarán a comercializar. *El mayor y la menor*, ya tenían incluso título tentativo para su video, que lo venderán a un dólar en los almacenes piratas de expendio de DVD del centro de la ciudad, en la zona de lo que fue la calle Ipiales.

La ninfa abre uno de sus ojos, el derecho para ser exacto. Se da modo para dar una mirada somnolienta a la habitación,

con dificultad, porque su pestaña larga, larguísima, está adherida a su ojo, inclusive a su pupila negra, negrísima. Alcanza a ver unos espejos y una peinadora, la puerta del baño y alguna sombra de un póster. Permanece aún boca abajo. La luminosidad, que en ese rato entra de manera galopante por las ventanas sin cortinas del aposento, acaba por alterar sus sentidos. Aspira y huele nítidamente al eucalipto que está sembrado en los alrededores del lugar. Se desprecia y trata de incorporarse, se queda suspendida en el aire unos segundos, pero con calma, se deja caer en la almohada y vuelve otra vez a los brazos de morfeo, al sueño eterno. A los diez minutos, a lo sumo, una vez más abre su ojo derecho, no quiere dejarse ganar por el sopor. Ahora sí se incorpora y la sábana blanca manchada de cenizas de tabaco, jugos vaginales y puntitas de sangre, que queda abroquelada a su cuerpo, deja al descubierto las nalgas frías y secas, de piel de tortuga del juez, que está tiritando, que no ha dejado de tiritar en toda la noche, un tanto por el Parkinson y la impotencia, otro tanto, por la angustia y la vida que hace rato se le vino encima.

La voz en *off* del juez describe que él aún está adherido a la ninfa, que sus manos continúan firmes en su ano; que su sexo está gordo y bien parado, hundido en sus adentros; que la cabeza de la ninfa está apoyada en su vigoroso pecho y que ella sigue arqueando su cuerpo, dominada por la pura cachondez, musitando palabras cargadas de lujuria y rabia. Luego el juez con sus manos se palpa parte de su espalda y siente unos pequeños rasguños, que han sido provocados por los arañazos de la ninfa, que ha esculpido la espalda del juez con sus uñas pintadas con esmalte negro, justo cuando

él se aprestaba a morder su clítoris, cuando se ahogaba en su vagina, cuando aguantaba la respiración moviendo la lengua en sus ingles, en su monte de venus y en sus axilas a medio depilar. El juez mira sus dedos, están llenos de sangre emanada de su espalda.

JUEZ: *I'm God, I'm God with wins.*

6. Interior/ Día/ Oficina pública
(Flashback)

La madre de la ninfa y la ninfa están sentadas esperando en la antesala de una oficina.

SECRETARIA: Pueden pasar.

MADRE DE LA NINFA: (Incorporándose). Buenos días, perdón, doctor, que interrumpamos.

JUEZ: Pasen, en qué puedo ayudarlas.

NINFA: Perdón, doctor.

MADRE DE LA NINFA: Doctor, quiero pedirle un favor, en la judicatura que usted preside ha caído en sorteo un juicio que ya llevamos años litigando. Ojalá pueda ayudarme.

JUEZ: Deje los datos del juicio a mi secretaria y veré qué puedo hacer.

El día que el juez conoció a la ninfa, ni remotamente pensó siquiera en la posibilidad de seducirla. Pero las continuas visitas de la ninfa a su oficina comenzaron a inquietarle y esa tarde y noche el juez lo vio todo claro: debía encumbrarla y la encumbró, debía cubrirla con su cuerpo y la cubrió, debía mezclarse entre las sábanas y se mezcló, debía deslizarse en sus bragas mojadas y se deslizó, debía enterrarse en su monte de venus y se enterró, debía penetrarla despacito y, aunque con el taco recién tizado y blandengue, la penetró. A

pesar de los hechos fácticos incontrastables, innegables, no se convencía y por eso como en un constante *flashback* toda la noche el juez lo repasaba todo, desde cuando la conoció hasta aquella tarde y noche.

7. Interior/ Día/ Hotel

NINFA: Sabe, doc, usted es mi sueño perdido, en realidad no sé dónde lo perdí (ríe), venga béseme y cálese... mete sus dedos en la boca del juez y lo interrumpe cuando este quiere decir algo.

La ninfa le apunta al juez con sus dedos, no a manera de grosería, sino porque para ella el beso significa un símbolo de pasión, porque ella no besa con lengua a nadie, a menos que sea en serio o sienta afecto, en ese exacto tiempo y espacio no le molestaba besarle al juez con lengua, pese a los fruncidos de su boca y a su aliento, que recordaba al de la sopa de loco con chochos.

A la mañana siguiente el juez constató que la belleza de la ninfa seguía incólume, que no solo era producto de la nocturnidad, que su piel seguía tersa y lozana, que los gemidos no cesaban. Su fuerte nunca había sido el sexo, tampoco la infidelidad, había vivido únicamente para la ley. Desde que enviudó, hace más de diez años, no tuvo el menor interés de involucrarse con ninguna mujer, por esto, nunca volvió a frecuentar ni a probar otra mujer. Sin embargo, en ese instante, agradece al Creador por este, quizás, su último encuentro amoroso, no quiere otro más, luego de esto ya puede morir tranquilo, dice la voz en *off*.

Desanudando sus dedos de la boca del juez, la ninfa coge la botella de vino y bebe las últimas gotas que quedan hasta

que sus labios quedan morados... todas las heridas que tiene a su corta edad están del color del vino tinto. El juez subió por la escalera del tiempo rápidamente, la ninfa lo abrazó con su brazo por encima en la cintura y el otro lo colocó como respaldo, para dormir apretándose contra él.

NINFA: ¡Qué loca que soy no...!, perdón, doc, es el vino, subraya avergonzada. Sabe que estuvo medio bueno el ambiente en la fiesta de anteayer, lo único que la cagaba es el reguetón y a que no sabe que el reguetón me emperra, pero al final se armó y muérase, porque ni bien vi una buena presa me abalancé... lo aclara todo rápido, rapidísimo, sin esperar respuesta, sin dejar que el juez tan siquiera logre entrever lo que dice, ya sin la menor vergüenza, sin el menor pudor. La ninfa no se detiene y sigue fabulando, recreando historias.

JUEZ: Eres una ninfa diabla, atina el juez a denunciar.

NINFA: Sabe que me encanta que me diga ninfa diabla, porque así confirmo lo que dicen: las buenas van al cielo, las malas se quedan en la tierra a disfrutar la vida. Sabe, doc, al final se quedaron *full* niños y solo dos ninfas, el ambiente se puso denso y mejor me puse el saco, por si acaso pensé... Bueno, pero mejor venga, venga y béseme... sabe, el que solo le bese a usted con lengua algo debe significar, quiero que esté aquí, al lado mío, para así darnos nuestras veinticuatro horas de *full* sexo, tengo *full* ganas... Venga y ríndase ante mis pies, sucumba ante la tentación, admítalo y sucumba de una vez, no se haga el rogado, mire que no voy a insistir más. El juez se resiste, amaga, muestra su rostro más enjuto y serio, se enmascara, de refilón ve su sexo, está dormido, dormidísimo.

NINFA: ¿Estamos un poquito inseguros de nosotros mismos, no?, se burla del juez... me encanta tenerlo así, cómo me encanta tenerlo en mí... ¿Se acuerda qué era lo que le iba a contar?, bueno, era que hace algún tiempo cuando alguien me hizo un oral —perdonará pero no me acuerdo si era el pintor o quién era— pero, en fin, lo que pasó fue que descubrí algo súper bueno, a que no sabe que me encanta que me besen después de que me hagan un oral, es una de las cosas que hasta ahora me pone en punto y también ahí, descubrí que sí puedo llegar *full* veces, pero siempre y cuando continúen con la faena, si me dejan así y esperan un ratito me cuesta *full* volver a llegar... bueno, eso no más era, si no que luego me olvido y se me mete alguna otra idea en el cerebelo y me olvido la que estaba pensando, qué cabeza la mía, ¿no cree?... todo lo aclara rápido, rapidísimo, hablando a mil hora, cada una de las letras de las palabras que pronuncia vuelan en el aire. La ninfa se espasma, le da un ataque de risa, un delirio más bien, lágrimas que se cuelan por las hendiduras de los ojos y se depositan en el suelo.

JUEZ: Ya ves lo tierna y erótica que eres, ¿cómo lo logras?, impresionante. A ratos parece que estoy hablando con un crío de doce años, otros con alguien de mi edad y eso es decir bastante. Definitivamente me sacas del desánimo. El juez ríe y su sonrisa se dibuja diáfana, transparente, sin malicia.

NINFA: Doc, en caso de necesidad de divertimento sexual, aunque sea una última vez, cuente conmigo, además, no hacemos daño a nadie con esto. Usted, que yo sepa, no está con nadie, yo tampoco, bueno, aparte de mis *full* vaciles, con nadie estoy en serio, ni siquiera de amigovía.

JUEZ: Le veo difícil, yo ya mismo me hago beato, me recluyo en un monasterio o mejor aún, ya mismo me entierro en vida.

NINFA: Apure y cuando ya tenga novia, enamorada, pareja, me dice y suspendemos nuestros encuentros.

JUEZ: Para mí el futuro es cada vez más borroso, en cambio, el pasado, aun el que tiene más hollín, luce espléndido. Más bien busca el orgasmo con alguien de tu edad, no solo lo busques en momentos de alegría o de contento, sino también como evasión y refugio, cuando tengas ansias, preocupaciones o cuando sientas que no te hallas, porque el orgasmo sirve inclusive para combatir la soledad, es en esos momentos en que debes saborear los estertores de tus jugos vaginales, que tus gemidos se desprendan y agonicen y otra vez regresen.

El juez replica peinando con su mano derecha a la ninfa, provocando cosquilleo en su cara, apretando sus senos. De súbito se incorpora, y otra vez con la pausa y la meditación que solo confieren los años, se viste y viste a la ninfa. La ninfa impide que le ponga el calzón, entonces el juez comprende que no tiene otra alternativa que trabajar con su lengua por un buen tiempo en su vagina. La vuelve a desvestir.

NINFA: Doc, a veces los remedios son peores que el mal, pero así es como debe ser, si no la vida no sería vida, ¿no cree? Debemos cerrar las puertas y botar la llave para evitar que se complique el asunto, eso es todo, ya mismo se acaban los módulos verá y ahí sí me tocará pasar directo a la práctica, el sábado parecía perra en celo de las ganas que tenía le cuento y no hubo quién me acolite aunque sea para divertirme, tuve que ayudarme sola *full* veces y no me pasaba. ¿Normal? ¡No lo creo! Eso ya estuvo pero el colmo de los colmos,

bueno le cuento no más, como dato. Hasta me imaginé cómo incrusta su pene en mi vagina y dormíamos toda la noche, estaba puesta el bóxer verde, esperando que llegue, usted me levantaba y me besaba en todo el cuerpo súper despacito y se quedaba oyendo. Usualmente sueño con audio, pero esta fue la excepción, me dijo algo que no le caché, igual yo le respondí y se quedó ahí besándome la panza largo, harto y tendido. Luego me puso encima suyo y me quedé dormida en su pecho, mientras me acariciaba y me decía algo que no podía oír pero que me ponía *full* feliz. Al último, me daban ganas de arrancar su pene y masajear sus bolas para que me termine y esperar quince minutos —supongo que bastante más— hasta que lo pueda volver a hacer. La ninfa ríe.

JUEZ: De pronto en otra vida, mi ninfa, supongo que tendré que volver a nacer cientos de veces hasta volver a encontrarte. Ahora tengo que confesarte que la historia discursiva, laseudolibertad que he vivido han terminado por envejecerme por completo, a tal punto que me da lo mismo vivir que morir. Viva la eutanasia, la vida para mí ha sido una lucha constante contra la inminente derrota. Solo la angustia y el sufrimiento me han posibilitado la redención.

El juez bosteza, de a poco se le dilatan las pupilas, se quita los lentes. Sus ojos se cierran por completo.

NINFA: No hable así, doc, yo estoy más cerca de la muerte que usted. Créame. Tal vez estoy loca, pero desde niña amé a la muerte, creyendo que la muerte soy yo misma, triste y ansiosa, queriendo, eso sí, que mi familia sea feliz, pero arrastrándola conmigo a la noche, lejos de toda preocupación...

La ninfa no deja de hablar, aunque ya para el corto en sí se tiene que perder el audio. Regresa a ver al juez y ahí constata que está roncando, lo sacude, no obtiene respuesta, sigue sacudiéndole, pero ni un terremoto va a ser capaz de sacarle de su sueño eterno. La ninfa asustada se viste de prisa, le sacude por última vez al juez, nada. Entonces en puntillas sale del cuarto y cierra la puerta despacito, sin hacer ruido y sin dejar de parlotear, incluso ya desenfocada, afuera del habitáculo, se trasoyen parlamentos continuos de la ninfa.

El *zoom* que hace la cámara enfoca al juez que continúa roncando y, poco a poco, empequeñece la secuencia, hasta que se pierde en un gris *full*.

I'm God, God with wings... el estribillo acompaña los créditos.

FIN

XX

El juez ronca, ha estado roncando hace largo rato y una sonrisa de oreja a oreja acompaña sus ronquidos. Unas bombitas de agua salen de su boca, formando una comparsa, juegan a los países, a las escondidas, a las estatuas, a la pelota nacional, a los trompos. Uno de los trompos sale por el ventanuco y se infla hasta convertirse en un globo inmenso que se pierde en la inmensidad del cielo que está azul y despejado. El aroma es neutro, no huele a nada en especial.

Hay poquísimos atisbos de nubes y varias estrellas componen unos primates y a uno de ellos lanzando un hueso hacia el infinito. De repente se abren una tras otra las nubes, los primates se disuelven y el escenario da pie al espacio sideral, a la negritud absoluta que invade el infinito y el hueso sigue su lento recorrido hacia la diáspora del futuro, que siempre será difícil de acceder, es más, imposible de prever.

El shamán-gitano recoge la leva del juez que ha quedado desperdigada en el suelo y, en el momento en que la coloca sobre un lado de la cama, se percata de su sonrisa. En un primer momento, piensa que el juez debe estar muerto y que está en el cielo, pero no tarda en convencerse plenamente de aquello, por eso su mano acaricia el cabello tieso del juez, su frente, sus pómulos y las comisuras de sus labios que, aunque siguen con arrugas marcadas a fuego lento, no cabe duda de que en su conjunto su cara se ha apaciguado, porque luce tan rara y

hasta podría decirse tan rejuvenecida, que parece un bebé recién salido de las entrañas de su madre, como el personaje de Brad Pitt cuando nace en *El extraño caso de Benjamin Button*. El shamán-gitano se asusta, siente asco y aparta sus manos de la extraña criatura.

El hombre, al otro extremo de la celda, está bailando. Una letra de una canción aprendida de memoria se instala en su cerebro y sin más la canta: *El consuelo de tenerte que es lo que brilla muy dentro y no miento si te cuento que me fascina quererte, que me fascina quererte...* El hombre invita a bailar al shamán-gitano y al gato negro que estaba en la ventana, no demora en convencerles y empiezan los tres, lentamente, a mover sus pies, izquierda, derecha. Al poco rato, están prendidos al son del canto y sus pasos se vuelven ligeros, casi de expertos bailarines. La canción les penetra por completo. Abren y cierran los ojos, parpadean, seguramente se acuerdan de algún baile pegadito, amarrados a alguna cintura, a alguna pierna. *Así, así por tenerte, así así por quererte, así así por conquistarte, así así por amarte...*

Luego de prácticamente una hora entera de bailar sin descanso, los tres reos hacen fila para lavarse sus caras en el lavabo, solo entonces se acuestan en sus catres y procuran conciliar el sueño. Una brisa placentera penetra desde las afueras. El gato negro estira su brazo, quiere atrapar el viento en sus manos. No puede, pero no se desespera y más bien las junta y, en el hoyo que queda en medio de ellas, sopla, provocando un sonido que remonta a ritual indígena.

XXI

El gato negro está más que nunca convencido de que su navaja tiene los minutos contados, por eso no quiere desaprovechar lo último de su punta y la clava levemente en el suelo que, por su parte, también está copado de fraseos. Recuerdos y anhelos, pesadillas y obsesiones de manera incoherente y demencial, se juntan en su retina que brilla tanto que, si alguien pudiera acercarse lo suficiente, se vería mejor que en un espejo. Las partes todavía vacías del suelo se llenan, despacio, finamente, de letras que componen palabras, de palabras que procuran armar frases, de frases que se pierden esquivas en las hendidias de la madera, que se asustan y raudas, veloces, corren perseguidas por un depredador.

Las más de las veces,/ ni siquiera nada,/ simple y llanamente,/ sombra, intangible, etéreo,/ que deambulaba sin ser visto/ por nadie,/ como el ánima que sobrevuela/ en la recogida de pasos,/ porque no sabe de dónde viene/ ni adónde va./ Pero también/ puede haber lo otro:/ inmolarse,/ volarse en pedazos,/ exterminarse/ y de paso,/ exterminar a la humanidad entera,/ con una bomba nuclear,/ con una bazuca,/ katabum/ y no queda ni para el cuento nadie,/ kamikaze del regodeo y la complacencia,/ guiado por designios divinos,/ milenarios,/ sería además una muerte digna./ ¿Habrá alguna muerte digna?

Carcajada que raspa y corta,/ caracortada,/ cuchilla bajo el agua,/ como pretendía Polanski/ y el embrujo no lo permitió,/ y

la vida se ensañó,/ porque primero le mató/ de forma sanguinaria y cruel./ El rictus que parece/ tomadura de pelo inofensiva,/ viéndola detenidamente,/ es muérgana,/ zángana,/ cínica./ Tu cara se retorció de pleno gozo/ y sin saber por qué,/ en un santiamén,/ la risilla entre dientes,/ escarnio, daga punzante, herida abierta,/ se torna mueca indeleble,/ putrefacta,/ gusano espantoso./ Sin embargo, añoro/ tu cola blanca y negra,/ mi zorrilla precisa,/ divina./ Entrabas al aula/ meneando tu trasero plano,/ tus tetillas mínimas,/ aspergeando tus jugos vaginales/ por las bancas y el pizarrón/ y todos levitando,/ sahumierados,/ practicados una limpia,/ anestesiados,/ marihuana, ojos achinados,/ risa nerviosa, orgasmo intenso./ Salíamos a los patios,/ extasiados de júbilo,/ a aspirar de frente al cielo/ tu hálito bestial./ Mi animal amorfo,/ te diluyes en un chasquido de dedos,/ te encomiendas a los cielos,/ pero nada cambia./ Sigues amarrada al árbol/ del ritual perenne,/ mientras los indígenas/ cantan y bailan/ y arman un fuego sandio,/ que no se demora/ en incendiar/ tu ahora achicharrado trasero,/ combustionados senos,/ incinerado sexo descomunal,/ que pronto se consumirá,/ hasta hacerse cenizas,/ esparcidas a cualquier confín,/ hasta que de tu impavidez/ quede solo un grito,/ lánguido y eterno.

Eras nuestro oscuro objeto del deseo,/ prohibido,/ surrealista,/ inalcanzable hasta para el lente de Buñuel/ o el pincel de Dalí./ Posabas tus nalgas de negra de ébano,/ de rojo escarlata,/ de jean apretado,/ quitatelo, masturbémonos,/ de falda floreada,/ súbetela, explótemos,/ de medias negras hasta las rodillas,/ bájatelas, eyaculemos,/ en el ventanal de las aulas,/ para que babeemos/ de lascivia e impudicia,/ de procacidad y desenfreno./ Paseabas en la pasarela/ de lo oculto,/ mujer perfecta: 10/10,/ mezcla de Kim Novak herida y Raquel Welch salvaje/ de Sophia Loren

todopoderosa y Bo Derek atlética/ de los largos corredores,/ 1ero. B, 2do. C, 3ero. E,/ para que nos ericemos/ y lúdicamente/ te acariciemos/ y muramos lentamente en tu piel.

Me excita admirar/ tu languidez/ de perro maltratado;/ tus pechos globales,/ caídos hasta el piso./ Se me erecta el pene/ al sentir/ tus pezones grisáceos/ e inmensos,/ como pelotas hechas de papel celofán;/ tus rollos/ que salen de tu panza/ y se expanden/ y se acurrucan/ en todos los rincones de la cama./ Me masturbo pensando/ en tu doble culo,/ solo cuarteado/ por la mínima tanga,/ en tu mata de vellos/ que salpica tu espalda, tu cara,/ tu vagina./ Eyaculo agarrando tus estrías,/ tus malditas estrías,/ señales inequívocas/ de tus múltiples guaguas/ y que han delineado un ojo,/ a manera de ombligo,/ por el que miras,/ mi gran puta,/ preciosa,/ divina,/ inmaculada,/ los falos que te incrustan,/ te coronan/ y te alimentan/ insaciablemente.

Desde el aula del kínder,/ mis manos en la quijada,/ veo dos fundas plásticas,/ la una azul,/ la otra roja,/ caminan libres en el suelo,/ sin nadie que las use o las patee,/ pero de pronto,/ un soplido tenue/ y se encumbran a los cielos,/ se montan en el caballo,/ levitan en el aire,/ pero de pronto,/ un viento huracanado/ y se pierden en la inmensidad del cielo.

Sabelotodo,/ sabelonada,/ sabesapiencia,/ sabeestupidez./ Sabías que eras un alma en pena,/ buscando el momento preciso/ para dar el zarpazo y regresar./ Empero,/ ¿A quién veías,/ mustia y silenciosa,/ desde la ventana del bus?/ ¿A quien querías encontrar, absorber,/ encantar, embrujar, mientras todos los niños se alejaban? / ¿A quién querías oler,/ morder, tragar?/ ¿Adónde querías llegar,/ cuál era tu destino,/ tu sino,/ tu hado,/ tu azar?/ ¿En qué última parada te ibas a bajar?/ ¿En quién creías?/ Despega tu cara de la ventana,/ tristeza,/ deja que el vidrio respire/

y se libere de tu efigie impregnada,/ dibuja en lo que queda de empañado/ unos ojos gachos/ y una boca con los bordes hacia abajo,/ que ya has llegado, acobardada, ladeadamente./ No hagas fila,/ espera a que salga el resto/ y pisando en el aire,/ ingrávida y nimia,/ vuelve a tus ancestros,/ hazte humo/ y búrlate/ y cágate de risa,/ al menos una vez,/ de la humanidad entera.

XXII

Los medios y el fin último del hombre, cada paso que da, se encaminan hacia el ruego del perdón, su máxima consigna es redimirse y, con ese propósito, confiesa como primicia que, desde que tuvo uso de razón, la vergüenza y la timidez que eran parte connatural de él, en buena medida, se intensificaron por los barrios pobres en los que se situaban las viviendas donde creció y vivió su niñez y adolescencia. Otro tanto supone, con la objetividad que solo confieren los años y la madurez, fue generado por el excesivo cuidado y mimo al que estuvo expuesto, sobre todo, por parte de la matrona y también por el trauma que le significó el divorcio de sus padres, todo lo cual, sin exagerar en lo más mínimo, dio como resultado un agudo cuadro clínico plagado de obsesiones, angustias y depresión. Sin embargo, con el objeto de que usted, amable lector, juzgue al hombre en su exacta dimensión, no de forma lastimera y tampoco con severidad, el hombre nos entrega algunas pistas. Si por un lado, podría parecer un tipo superfluo, materialista e hipócrita, el típico chullita quiteño, por el hecho de sentir vergüenza de su condición social, pues los referidos barrios, situados en el centro-sur y extremo norte de la ciudad, eran de clase media baja y baja, con varios matices, de alta peligrosidad, aunque no eran considerados lumpescos, por otro lado, fue más bien la presión social que existía en su colegio, donde compartía con los dueños, nada más y nada menos, que de la ciudad entera, lo que incidiría en el hombre, para que

se fermentara el cuadro descrito, que fue superado en su juventud, ‘faltaba más’ —aclara—, pero para no falsear a la verdad y caer en una vil mentira, no le fue nada fácil superar, casi muere en el intento, al final pudo virar esta página negra de su vida.

En suma, tenía pavor que alguno de sus compañeros se enterara dónde vivía, cuáles eran las calles y los barrios que lo vieron nacer y a partir de ahí, de pronto, se suscitara rechazo o pena o conmiseración en torno suyo. Desde luego que ahora le parece una tamaña ridiculez y lo que padeció, un tamaño despropósito, pero lo vivido no lo puede borrar de su mente, peor aún cambiar.

El hombre enfatiza que fue tan grande su trauma, que ni siquiera su amigo de la infancia llegó a conocer ninguna de las dos viviendas en las que transcurrió varios años de su vida. Pone de manifiesto, eso sí, que uno de los pensamientos que tiene fijo en su mente, uno de sus asuntos pendientes antes de morir, radica en llevar a su amigo de la infancia a que conozca su casa del centro. Esa casa había albergado a sus ancestros paternos y databa de 1920 como estaba marcado en los altos del balcón principal (no sabe si aún sigue esa marca), aunque una travesura suya hizo que un peón, cuando la estaban reconstruyendo en los años setenta, pusiera un círculo al 9 para que el año cambiara a 1820, aunque era obvio que, se notaba clarito, que ese círculo estaba superpuesto. Agrega que su construcción era del típico estilo colonial, de dos pisos, patio delantero, con amplios cuartos y tumbados enormes y que la matrona le contaba historias fantásticas de aquel barrio, de aquella plazoleta adyacente a la casa, le murmuraba que en el siglo XIX no había plazoleta, sino una laguna de patos con sirenas incluidas, que las casas flotaban y que sus habitantes se trasladaban en hermosas

canoas. Ya en la secundaria, leería que en esa plazoleta nuestros patriotas festejaron la Independencia y que, durante las primeras décadas del siglo pasado, había sido un sitio habitado por aristócratas; pero lo único cierto era que desde pequeño, por las circunstancias en las que le tocó vivir, pudo discernir las enormes diferencias sociales, los barrios ricos, las mansiones de sus compañeros de colegio y lo derruido, zona roja en la cual vivía. Su casa era la única que no había sido retaceada en varios cuartos en los que habitaban sastres y lavanderas, peones o prostitutas, personas humildes que llegaban de provincia, con muchos de los cuales jugaba fútbol en las noches, aunque desde la separación de sus padres, su madre arrendaba a mujeres solas varios cuartos, inclusive del segundo piso, que era el que ellos ocupaban. ¿Qué clase de extraña criatura o demonio irá a salir tu hijo, en las mañanas compartiendo con burgueses y poderosos, y por las noches con gente lumpesca?, le habían preguntado con zozobra y curiosidad en distintas reuniones al padre del hombre, que únicamente atinaba como respuesta una sonrisa y un movimiento de arriba hacia abajo de su cabeza.

El hombre prosigue en su relato e informa que quizás nunca tuvo la entereza ni la fuerte personalidad de su hermana mayor, que seguramente la ayudaron para que ella no tuviera ningún conflicto ni mostrara ningún tipo de complejo acerca de dónde vivía, pero a él se le unían cielo y tierra, cada vez que le preguntaban algo sobre este tema. De cualquier manera, está seguro de que la promoción de su hermana, con quien le separaba cinco años de diferencia, fue mucho más idealista con relación a la suya y, por ello, este tipo de cosas tan materialistas y superficiales no calaron en lo más mínimo en ella, al menos, eso le reconfortaba pensar ahora, para no sentirse tan ridículo y

arrepentido de su comportamiento. Varios compañeros de su hermana, una vez graduados, habían engrosado filas de grupos subversivos e, inclusive, a uno que otro lo desaparecieron o lo procesaron. El hombre revela esto último con el fin de que se tome conciencia del nivel de idealismo que se manejaba en la camada de su hermana. Por el contrario, cuando él estuvo en quinto o sexto curso, las utopías parecían acabadas, nadie luchaba por nada, predominaba el statu quo y el conformismo, como casi siempre ha sucedido a lo largo de la historia de su país. Apenas si el hombre con su amigo de la infancia se negaban a cantar los lunes el himno de Estados Unidos, que era considerada una práctica tradicional en su colegio, nada más que eso, porque hasta al Halloween, a las *gimkanas* y a las coreografías por las candidatas a reina, de alguna u otra forma, aunque no a su gusto, le entraron.

El hombre añade, para ser justos con la verosimilitud de los hechos, que cuando estaba aún en la escuela y alcanzaba a divisar al grupo divergente de su hermana: alpargatas, ponchos, shigras y demás atuendos folclóricos aprestándose en los recreos a recitar proclamas revolucionarias o simplemente a cantar música protesta o nueva trova cubana, él corría despavorido a esconderse en el primer baño que encontraba. Yo no la conozco, pensaba decir si alguien le hubiese preguntado sobre su hermana. *Señora de Juan Fernández, haga el favor de no tratarme así*, oía el estribillo de la canción sosteniendo con su humanidad la puerta del baño, con la intención de que nadie entrase. Varias veces tuvo que permanecer encerrado en el baño durante todo el recreo, porque no cesaban las consignas de los disidentes, mientras los sudores y el pánico arremetían sin control en el patético hombre. Por lo

menos, acabó aprendiéndose la canción de memoria, tanto que la tararea inclusive ahora cuando se baña.

En la escuela fue su amigo de la infancia que quería conocer su casa, pero en la secundaria ya eran bastantes quienes pretendían lo mismo o le inquirían acerca de la dirección de su vivienda, es que con alguna que otra broma que hacía y jugando fútbol, se había ganado la simpatía de unos cuantos. Nunca tuvo una respuesta uniforme ni concreta, que por la Av. 6 de Diciembre, que por la Miraflores, que por el Banco Central, que por la Patria y, cuando le iba a dejar algún padre de sus compañeros, lo único que atinaba a decir cuando oía en dónde te dejo, era ahí gracias y señalaba algún punto muerto o neutro con su dedo índice temblando. Se bajaba del carro, veía a un lado y otro, para asegurarse de que arrancara el vehículo y se lanzaba en precipitada carrera para alcanzar algún bus que lo llevara a su casa.

No era de extrañarse en los tremendos líos que se metía. Más de una vez le había dicho algún compañero, luego de escuchar dónde vivía, que esa misma tarde lo iba a visitar y entonces sí el hombre tenía que hacer la de Houdini, magia pura y desaparecía en el acto. Una ocasión, inclusive, cuenta que se salvó de una paliza segura porque un compañero había estado timbrando, más de una hora, en una casa que el hombre le había asegurado que era la suya y los verdaderos dueños de aquella casa le habían empapado con un balde de agua fría. Cuando su compañero le arrinconó sobre la pared y enfiló su puño directo hacia el rostro del hombre, le salvó una mentira más: la muerte súbita de su abuelo materno o paterno, no recuerda con exactitud a quién mataba sistemáticamente, provocó que el furibundo compañero bajara la guardia y, en lugar de propinarle el puñetazo, cambiara de actitud y le diera las debidas condolencias.

De la misma manera, refiere que, con su amigo de la infancia, el mafioso y el pesista, entre los que recuerda, integraron en segundo año una materia extracurricular: *Conozca el país*, cuyo propósito radicaba en conocer desde la Av. Patria, que era considerado para sus compañeros como el extramuro de la ciudad, hasta el centro de la misma. En una ocasión, el bus que los llevaba al lugar destinado y traía de regreso al colegio estaba recorriendo, precisamente, el Centro Histórico, con la finalidad de llegar al museo del convento de San Diego, que era el sector donde el hombre vivía. A manera de digresión resulta importante señalar que los alumnos quedaron fascinados con los tesoros del convento: los muebles, el patio interior, el órgano, la capilla y el famoso Cristo tallado de madera, en cuyo hombro, supuestamente, se apoyaba el cura Almeida, alcanzaba una ventana, por la que huía del convento, para irse de juerga. Pero, volvamos al punto central, el hombre que conocía esas calles de memoria, inmediatamente, divisó al cura corriendo por la Imbabura, pasando raudamente por la Ambato, la Loja y la Av. 24 de Mayo, escabulléndose por la plaza de San Francisco, hasta quizás llegar a alguna fonda o a algún *cabaret* y beber y gozar hasta al amanecer, por eso, tuvo unas ganas increíbles de quedarse ahí, en las goteras mismas de su casa. Me bajo, no me bajo... fue deshojando margaritas hasta que triunfó una vez más la vergüenza y no se bajó, sino en su colegio, para guardar coherencia con mi personalidad, dice en tono molesto e irónico, mientras refriega su frente, con casi todos los dedos de su mano derecha. Una neblina gruesa fue cubriendo su casa, que se perdió como una pesadilla que se quiere borrar de la mente a cualquier precio. Atrás quedaron unas tiendas de expendio de lápidas y talabartería; un pequeño tumulto de niños jugando con una pelota de trapo en un aserradero; unas cantinas y

varios hombres tambaleándose o echados en las veredas por los efectos del guarapo (su padre le había contado que ese trago es hervido con huesos humanos sustraídos de las tumbas del cementerio de San Diego); unas picanterías con mesas cuadradas pintadas de rojo y rocolas, cuya especialidad era el mondongo, el guagua shimi, las tortillas con caucara y cucarachas (lo sabía porque, más de una vez, al comprar ese plato, aquellos especímenes le habían saltado en plena cara y cabello). *Si yo muero primero, es mi promesa...* Calle abajo, calle arriba, prostitutas viejas y gordas se aprestaban a entrar a burdeles de mala muerte; cargadores, la mayoría indígenas, con la espalda molida, hacían sus últimos trabajos del día cargando abastos del mercado de San Roque, y el humo de un aparato mohoso en que se cocinaban salchipapas aturdiría a los colegiales que veían con asombro y seguramente la mayoría de ellos por primera y última vez uno de los rostros de la pobreza, esos rostros que es mejor no ver para ignorar su existencia. Los colegiales optaron por taparse las narices y emitir un sinnúmero de gesticulaciones de asco. Una tarde de intenso calor fue testigo de estos acontecimientos.

En efecto, el calor y el polvo iban dejando atrás todo aquel escenario *que escribiré con sangre, con tinta sangre del corazón*. Cuando salían del museo y se dirigían al bus, el hombre no puede olvidar a un ebrio, con su boca pintada de crema, sin cabello y con una cicatriz que recorría la mitad de su pómulo izquierdo, estaba poniendo un sucre a la rocola: *Dos gardenias para ti...* ¿Seguirán funcionando aquellas viejas rocolas?, se interpela el hombre.

El hombre prosigue con su larga letanía arguyendo que por muchos años creyó tener bajo su control todo lo relacionado acerca de su vivienda. Alguna mentira por ahí era infaltable y su

bus bendito, el número 5 rojo, destartalado y todo, pero que no le desamparaba nunca, eran sus mejores aliados. Siete y diez en punto ya estaba paradito, esperándolo en la esquina de su casa o el chofer buena gente pitando, cuando se demoraba un poquito y por las tardes era el primero en bajarse del mismo bus, porque almorzaba en el minidepartamento de su abuela paterna, que quedaba en uno de los barrios más populosos del norte de la ciudad, barrio al cual pronto se trasladaría, pues fue a vivir con su padre que habitaba a una cuadra de ahí.

Así las cosas, el control y la aparente tranquilidad no durarían mucho tiempo para el hombre, porque promediando el tercer curso debido a una gresca que su hermana protagonizaría con su madre, los dos fueron desalojados de su casa del centro y obligados a vivir a la casa de su padre. Entonces se le vino el mundo encima. Dejar de ver a su madre fue un asunto secundario, el mayor problema se le sobrevino al sentirse indefenso, sin su bus rojo, que tantos años le había recogido de su casa y le había dejado de vuelta en el departamento de su abuela. Ese bus que, quiere el hombre que se sepa, era toda una institución, habían sido sus pasajeros antiguos profesores y alumnos, todos con su bagaje de conocimientos e historia incluida y, en ese ínterin, no saber qué bus cogería, para no despertar sospechas en sus compañeros, era no solo una preocupación más, sino un martirio absoluto. Cabe mencionar que dejar de ver a su madre, en la práctica, no fue secundario ni mucho menos, en este sentido se pronuncia el hombre, cuando recrea el día en que vio a su madre luego de meses de ausencia, tuvo que hacer pucheros y apretar el esfínter para no llorar hasta la asfixia, cuando su madre golpeó la puerta de su aula, él salió a su encuentro y recibió lápices, esferos y borradores. ¿Cuándo vas a verme, hijito?, le

había preguntado su madre y, en el orgullo que ella se cargaba, le partió el corazón. Mañana, le alcanzó a decir.

Continuando con el relato de su cambio de casa, el hombre manifiesta que las primeras dos o tres semanas no tuvo mayor conflicto, su padre le llevaba a su colegio en las mañanas o cogía taxi y, de regreso, su añorado bus rojo todavía le serviría para quedarse en la misma parada de siempre. Sin embargo, estaba consciente de que pronto todo cambiaría, por lo que luego de romperse la cabeza durante esas semanas, pensando en lo que iba a hacer en el inmediato futuro, llegó a la siguiente conclusión: en la mañana cogería un bus de la primaria, de regreso en la tarde no tendría otra alternativa que tomar un bus de la secundaria, en el que, de ser posible, no hubiera compañeros de su curso, se bajaría en el sector de la Y que, para su cerebro enfermo, ya era decente simular que vivía por ahí y enseguida agarraría un bus de línea, para enrumbarse al departamento de su abuela, donde seguía almorzando, para luego trasladarse a la vivienda de su padre. Perdería alrededor de cuarenta y cinco minutos, pero ni modo, su vergüenza era más fuerte que cualquier otra cosa. El hombre, haciendo un recuento franco de estos acontecimientos, advierte que lo que pretendía era no llamar la atención, pasar desapercibido con lo de su cambio de casa y por ende de barrio, circunstancia que al final logró, porque sus compañeros, que eran los que más le preocupaban, no le indagaron más si se había cambiado de domicilio, mejor aún, ni siquiera se interesaban por conocer algo más de su vida, por lo que empezó a entender lo que le decía su hermana, cuando hacía girar una bola imaginaria a manera de mundo y luego le señalaba a él como parte de los millones de ese mundo.

En este contexto, el hombre admite que, luego de un minucioso recorrido por todos los buses de su colegio, escogió uno de

ida que pasaba cerca de su nueva morada y para su regreso uno de los que llevaba estudiantes del más bajo perfil que pudo hallar, por eso se percató que de su aula solo iba en aquel bus el mafioso, un compañero solitario, mitómano, adicto a la computación, señalado en toda su cara por una terrible forunculosis y más extraño que cualquier otro, incluido el mismo hombre, por lo que estaba consciente de que, al menos por el mafioso, no se sabría nada y él pasaría inadvertido. Eso sí, en estas peripecias, no era raro advertir que tuvo inconvenientes, que tuvo percances que, sin duda alguna, incidirían en su alicaída autoestima. No pudo prever, por ejemplo, encontrarse en el bus de regreso con el rubio, un colegial uno o dos años mayor que él, que no tardó en pisarle el poncho, por decir lo menos, y cada vez que lo veía subir al bus, le asignaba una serie de motes, todos relacionados con sus rasgos de apariencia indígena: labio leporino, ojos achinados, cabello grueso y lacio, nariz aguileña.

En los primeros días de cambio de bus, evitó cualquier contacto con el mafioso, pero pronto terminó sentado a su lado. Una ocasión inclusive con una serie de señas y ademanes el mafioso le invitó a su vivienda. Vivía en el sector de la Y, donde él se bajaba. Su estado depresivo y de soledumbre extremas habían cobrado ribetes insospechados (inclusive de su amigo de la infancia se había separado), por lo que no fue difícil que aceptara tal invitación. Ambos se bajaron del bus en la parada de siempre, pero al contrario de otras ocasiones, de manera parsimoniosa se dirigieron al departamento del mafioso. El hombre casi no recuerda el lugar, pero dice que le lució de mediana extensión, quizás tendría unos cien metros, más o menos, de un piso, acota. Lo que sí recuerda fue que pasaron de inmediato del *hall* de entrada a lo que parecía el cuarto del mafioso, donde había por

lo menos unas tres computadoras y cientos de disquetes que ocupaban todo el espacio. Para que todos entendamos bien la escena, el hombre quiere que nos ubiquemos a mediados de la década de los ochenta, por lo que esas computadoras y esos disquetes eran inmensos, nada que ver con el minimalismo que impera en la contemporaneidad, con pantallas planas 3D y *flash memories* a la cabeza de la tecnología. A ojo de buen cubero, pudo ver que ahí estaban varios disquetes que no le pertenecían al mafioso, ora porque eran prestados y no los había devuelto a sus compañeros, ora porque eran robados; lo supo sin dificultad alguna, porque había oído que muchos de sus compañeros reclamaban al mafioso sus disquetes o buscaban desesperadamente alguno que creían extraviado y este se hacía más mudo de lo que era, porque casi no hablaba, no porque fuera retardado y finalmente no los entregaba. Está por demás decir que el hombre no tenía ni un juego electrónico, peor una computadora. El mafioso prendió una de las computadoras y colocó en ella un disquete: *Cazadores del arca perdida* era el juego que contenía aquel disquete; con su mano derecha llamó al hombre a jugar. Cuando el hombre vio en su reloj la hora, eran casi las siete de la noche, no habían dejado de jugar por cuatro horas. El hombre dice que, con notorios signos de preocupación en su cara, cogió su mochila y se despidió. El mafioso apenas levantó su mano y siguió jugando, ojos amarillísimos, en su computadora. Cuando llegó a su departamento, su padre le estaba esperando con un vaso de leche caliente y un pan. Toma, le había dicho, debes estar con hambre y con frío.

Cuando el hombre estaba ya en la universidad, leería que el mafioso había sido arrestado en Tampa-Florida por pertenecer a una famosa banda de *hackers* encontrada por agentes federales

en delito flagrante. La banda se había entrometido en los programas de ultraseguridad de la CIA. El fiscal de ese Estado pedía veinte años de reclusión para cada miembro. No resultó un mafioso del tercer mundo al fin y al cabo, le dijimos al hombre. No, para nada, respondió riendo y sin dudar. En todo caso, desde aquella noticia, no supo nunca más del mafioso, ni si fue finalmente absuelto o condenado.

Así mismo, el hombre tendría también con el pesista unas dos vivencias que a vuelo de pájaro pretende compartir con nuestros lectores. Estaban a vísperas del paseo de fin de año correspondientes a tercer curso, si mal no recuerda. La dirigente les había dicho que, con autorización escrita de sus padres, podían dormir en el sitio de retiro que les iba a albergar en su paseo. Rememora que entre todos se pusieron de acuerdo para llevar botellas de trago al paseo y beber en la noche. Fútbol, piscina, recreación sin nada que concitara mayor interés fue lo que vivieron durante el día. Empero, cuchicheos en voz baja dejaban entrever que, a la mayoría, sus padres les habían negado el permiso. El sitio de retiro escogido se ubicaba en las afueras de la ciudad. Así fue como, en la tarde, todos se despidieron, todos menos el hombre y el pesista que fueron los únicos que obtuvieron, sin el menor problema, el tan ansiado permiso.

De inmediato, se instalaron en un cuarto que tenía una litera y un baño. Cada uno sacó su media botella de aguardiente Jaguar que era lo único que al final llevaron. Bebieron con desenfado y sin perder el tiempo, tanto que en menos de una hora ya estaban vomitando por cualquier parte. Mámame, le había dicho el pesista en medio de la borrachera, bajándose la bragueta y enseñando su falo erecto. El hombre, por su exagerada ingenuidad, no tenía la menor idea de la ambigüedad

sexual del pesista y lo único que tenía muy presente era que, por alrededor de un año, se llevó bastante bien con el pesista y nunca tuvo ese tipo de insinuaciones. Además, desde muy pequeño en su visionaria y atormentada mente, él tenía clara su inclinación sexual hacia las féminas. A pesar de la sorpresa, tal insinuación no le causó ni frío ni calor y más bien lo que hizo fue soplarle trago en pleno pene a ver si se le bajaba la calentura, lo que parece que tuvo el efecto deseado, porque el pesista sin despegar de su mano a su sexo, en contados segundos, estuvo roncando hasta el amanecer.

En el primer día de clase del año siguiente, el hombre se reencontró con el pesista. Agarrémonos unas chullas este viernes, oyó que había sido la consigna del pesista, quien armó de inmediato el plan. Tillos, compramos unas botellas de Trópico, nos paramos en las afueras del Santa Catalina y les brindamos un trago a las chullas, a las que acepten, les trepamos de una al carro, había explicado a los demás, que deslumbrados atendían al pesista con devoción. El hombre afirma que el pesista era muy seguro de sí mismo y con elevada autoestima, lo que era envidiado por el resto de compañeros. Además, había empezado a fumar mafufa, a aspirar coca e inclusive a inyectarse el caballo, lo que le daba un plus de admiración entre todos, hasta el punto de convertirse en un verdadero ícono de su promoción.

En el día planeado habían llegado en un Suzuki Forsa blanco y, cada uno con botella en mano, empezó a brindar a las alumnas que salían del colegio nocturno. Morenas, altas, pequeñas, cobrizas, blancas, en realidad había de todo, como en feria refiere el hombre. ¿Quieres chupar? era la premisa. Varias no dudaron en aceptar y pronto cuatro o cinco ya estaban trepadas en el carro en dirección noreste de la ciudad. Subiendo

por el Batán Alto, se establecieron en un sitio lleno de explanadas y bosque tupido, al que se denominaba La Luna.

El olor a vegetación, mezclado con Trópico y Coca-Cola mareaba aún más y el espacio helado paralizaba, contrayendo hasta los huesos, por más que trataban de calentarse bebiendo sorbos grandes de trago y luego soplando sus manos, según grafica el hombre el estado del ambiente. De forma súbita, el hombre alcanzó a vislumbrar que el pesista y una de las colegialas se dirigían a los arbustos. La mano del pesista no se despegaba del trasero bien formado de la colegiala. El hombre, por su parte, había perdido el hilo de la conversación con la colegiala que le tocó en turno, desde el principio no supo qué diablos decir y poco a poco se le complicaba más, porque la colegiala no demostraba mayor interés en él. Procuró hablar del significado del amor y del desamor, de la soledad y de la muerte, pero fue en vano, la colegiala no le prestaba la menor atención. Las otras dos parejas, semidesnudas, ya disfrutaban de besos acalorados y sendas caricias profundas. El hombre se impacientó, quiso besar a la colegiala a la fuerza, pero recibió una sonora cachetada, con lo que se rindió y pidió perdón por su accionar. Se subió en el carro, prendió un tabaco y cerró los ojos a la espera de que las otras parejas se cansaran de tanto fornicar o se murieran congeladas. Lo último que el hombre recuerda, antes de perder la conciencia por tanto trago encima, antes de que se le borrara por completo la casetera, es que por la ventana del automóvil, la colegiala que le tocó en turno quiso decirle algo, pero ya era tarde, porque él ni siquiera podía pronunciar con gangueros palabra alguna. Al día siguiente, todos se despertaron sintiendo el viento mañanero, faltó poco para que se cumpliera el deseo del hombre, las parejas

que pernoctaron a la deriva estuvieron a punto de morirse congeladas. Cundían los estornudos.

Una vez en su casa, mientras el hombre tomaba agua mineral para calmar la resaca, se enteró atónito en el noticiero, que los padres del pesista se habían muerto en extrañas circunstancias, que nunca fueron dilucidadas ni esclarecidas por nadie. Las malas lenguas afirmaban que el deceso había acontecido en medio de una pelea por un lío de faldas. El pesista se retiró de manera inmediata del colegio. El hombre vería al pesista una ocasión más, en un supermercado, discutiendo acaloradamente con una mujer. Llevaban en el carro de compras a un niño recién nacido. El hombre quiso acercarse a saludar, pero no lo hizo, más pudo su convencimiento de sepultar todo su pasado, para poder ver con nitidez el futuro.

XXIII

El juez, recostado en el suelo de la jaula, recorre en su mente la casa en la que aún vivía su madre de avanzada edad, en la cual también habitó de niño y adolescente. Los dos cuartos, el baño, la cocina y el comedor son rememorados nítidamente por el juez. Así mismo, los ladridos del perro viejo que acompañó a su madre durante años arremeten en su psiquis como si les estuviera escuchando en ese preciso instante, parecen aullidos de una pareja perseguida por el cuchillo de *Jason* o las tijeras de *Freddy* en *Jason vs. Freddy, en tercera dimensión*, a un volumen con dolby estéreo de una sala de cine Imax. El juez antes de instalarse definitivamente en la escena, se tapa los oídos para que los ladridos del perro viejo que arremeten por la ventana de la prisión no terminen por colapsarle. Respira en procura de tranquilizarse.

Su madre persigue al perro viejo con un periódico doblado, hace el ademán de pegarle en el trasero. Cállate estúpido, ya me tienes harta, le dice al perro viejo que se esconde debajo de su cama, lo que es aprovechado por ella, para cerrar la puerta del cuarto de un solo manotazo.

El juez va topando con los dedos y la palma de su mano derecha el filo del escaparate del lavabo de la cocina, de la mesa del comedor, de los muebles, unos tallados con madera de laurel, otros contruidos con caoba y una fina línea de polvo va anegando el ambiente. Una vez que ya no tiene nada que palpar y sus dedos quedan a la deriva, flotando en el aire, el juez mueve su

mano de arriba hacia abajo, sacudiéndola, se la limpia en su pantalón de tela en donde se impregnan las huellas de sus dedos, por último la sopla, pero el polvo sigue impoluto, no se resigna a retirarse, a confundirse con la naturaleza, y por el contrario, se adhiere a la piel, a tal punto que ha ensombrecido las líneas de su mano, no, las ha unido unas con otras, elaborando un sola raya gruesa y profunda, logrando también borrar el sinnúmero de lunares que acompañan a las líneas a manera de lunas llenas. El juez mira asombrado al revés y al derecho todos los contornos de sus dedos y mano llenos de polvo.

En el lavabo de la cocina, el juez coge abundante detergente y se lava sus manos, más bien las refriega como ropa sucia, luego se seca con un trozo de servilleta y otra vez las revisa, el polvo se ha esfumado, las líneas y hasta los lunares emergen límpidos, inconquistables. Entonces estornuda una, dos, varias veces seguidas, las babas vuelan y se anidan en el lavabo, quedan colgadas en la grifería y en las paredes; por la intensidad del esfuerzo, su espina dorsal se estremece, siente un intenso dolor en su espalda, a la altura de su cuello. Suspira, sabe de memoria que la faringitis que lo azota ha hecho mella desde niño en su delicada salud.

Retira un cojín y se acomoda en un sillón de la sala. ¿Tiene un poco de papel higiénico?, pregunta el juez a su madre, mientras los mocos se cuelan por las comisuras de sus labios, por su quijada, por sus dedos que intentan contenerlos. Lagrimea, quiere rascarse sus ojos que se le han hinchado y puesto de color sangre, además, arremeten lagañas con la firme pretención de clausurarlos. Su madre no responde, su mirada está perdida en algún punto del infinito, mientras apoya en la mesa el único brazo que puede mover. El juez se percata de la ausencia de su

madre, aún le cuesta saber que la memoria de ella empeora día a día. Los mocos casi en sus labios le provocan cosquilleos, por lo que recoge papel del baño y se suena generando una sonata para sordos, una sinfonía nunca escrita, ni siquiera esbozada por músico alguno. Su nariz queda roja por la fuerza con que se sonó. Aroman unas gotas de sangre en los bordes de su ternilla izquierda. Mi niño, siempre debes llevar papel contigo y sonarte despacio, no ves que puedes lastimarte, demanda la madre en tono dulce, mimoso, como volviendo en sí de un largo letargo. Sus ojos, al menos, en esos instantes, se tornan vivaces, casi alegres. El juez se saca sus lentes, observa sus lunas que están con miles de gotitas de agua, generando una impresión en diminuto de un parabrisas lleno de granizo. Limpia las lunas con un filo de su camisa blanca. Los aullidos del perro viejo, acompañados de golpeteos y rasguños en la puerta, vuelven otra vez a escena.

El ratón blanco hace su aparición, está paseándose por el filo de la ventana de la sala, meneando su cola larga, color rosa y husmeando de vez en cuando con su nariz, para estar seguro que el perro viejo no esté merodeando y así, evitar que de un zarpa-zo le aviente a leguas de distancia o, de una sola, lo engulla en sus adentros. La madre con dificultad coge al ratón blanco, le acaricia y pone en su hocico trocitos de queso que estaban en el bolsillo de su saco. El ratón blanco, luego de comer, da un giro y se cuela por una hendija. El juez continúa refregándose sus ojos, quisiera sacárselos de un tajo, como aquel personaje del *Perro andaluz* de Buñuel, es que la picazón se ha agudizado. Intenta abrirlos, pero le resulta peor, no puede mantenerlos abiertos. Luego se pone dos gotas de colirio en cada ojo, lo que le apacigua la molestia; al menos ya puede mantenerlos abiertos y el ardor va desapareciendo.

Toda la vivienda está saturada de miles de daguerrotipos de varios tamaños, de cientos de floreros, de decenas de lámparas a media luz, que alumbran una minucia, lo exacto para no chocarse con tanta utilería. También aparecen agolpados uno tras de otro: candelabros con velas rojas y blancas, cuadros, máscaras, casas hechas de cerámica, muñecas de porcelana, la mayoría sin alguna parte de sus cuerpos, porque han sido devorados por el perro viejo; macetas multicolores, llenas de flores de distintas clases, peluches con motivos de gatos, perros, osos, inclusive de una tortuga. De los cuadros, sobresale una tinta china, no tiene firma, pero se puede apreciar en él varias líneas superpuestas que nunca se topan entre sí, parece un laberinto, en medio del cual el juez quisiera colocar al ratón blanco, para presenciar si puede o no escapar. Solo hay un aguafuerte lastimero, se trata de un prisionero, cabizbajo que agarra los barrotes, tal como lo hace el juez todos los días en la jaula. Aquel cuadro le fue regalado al juez por un procesado agradecido por haber sido liberado, había aprendido el arte en prisión. El resto de cuadros, a pesar de estar apilados sin mayor orden, confiere a la vista sosiego, más aún, esperanza. Madre, voy a botar el cuadro del prisionero y las muñecas rotas, para qué amargarse, sugiere el juez, mientras ve el espléndido lienzo en el que está el retrato de su madre joven y hermosa. Hay que colocar su retrato en el lugar que ocupa el prisionero, advierte el juez.

El juez busca con su mirada al ratón blanco, lo ve descansando en una de las macetas, pero el ratón blanco, al sentir los ojos del juez posados en su figura, se escruña y brinca de las gardenias a las margaritas, de los girasoles al cactus, donde sin duda se pica, porque de un salto va a dar a la falda de la madre y luego a la cocina donde come más trozos de queso.

El juez entra al cuarto en el que duerme su madre. El perro viejo, al ver la presencia del juez, da un salto de la cama y se instala en el baño. El cuarto está abarrotado de ropa tirada en la cama, en el piso, en los veladores, en la peinadora, en el mueble en el cual está colocado el televisor blanco y negro, con manilla para cambiar los canales. El televisor está encendido, pero apenas se pueden observar unas manchas a manera de personas que hablan en volumen alto. El juez silencia el aparato y da revista a la ropa, que parece corresponder a épocas pasadas: pieles de armiño y vestidos, minifaldas, pantalones bombachos y blusas con cuellos anchos, cuerinas; también aparecían, sin buscar con dificultad, zapatos de todo tipo: de taco alto, alpargatas, deportivos, informales, suecos; lo que no se podía apreciar con facilidad era cuándo había sido comprada la ropa y los zapatos, sobre todo, debido a que lucían nuevos, los botones bien adheridos, sin hilos por cortar, ajada en los bordes, eso sí, pero si se la ponía a planchar, lista para ser exhibida en cualquier escaparate. Así mismo, los zapatos no están desgastados, inclusive sus bordes y tacos están en perfectas condiciones, solo una lustrada y quedarían relucientes. Al juez le da ganas de planchar al menos un vestido, lustrar un par de zapatos y él mismo encargarse de vestir a su madre, luego peinar su cabello color cenizo con peinilla y agua, como ella lo había hecho en tantas ocasiones durante su niñez, también quisiera coger su mano y llevarla consigo a una fiesta, pero al menos lo que quería hacer ese día era cortarle las uñas de los pies. Apúrate, te vas a atrasar al colegio, le decía su madre, luego de peinarle y colocar la peinilla negra en el vaso de agua. El juez corría por alrededor de cinco cuadras hasta llegar a su escuela, mientras en la parte de atrás de su cráneo, unos cuantos cabellos parados se movían de izquierda a derecha y de

su maleta era inevitable que se colara el olor a plátano y leche recién ordeñada que su madre colocaba en ella. Extrañamente las dos quesadillas, que nunca faltaban en su refrigerio, no olían a nada en especial, solo permanecían quietecitas hasta convertirse en alimento del juez o de algún compañero, cuando las intercambiaba por un sánduche de queso o una empanada de viento. El olor a plátano y leche fresca invaden los sentidos del juez que cierra sus ojos y, parado en medio del cuarto, permanece estático por unos segundos. El perro viejo sale del baño y alza sus patas para que el juez lo acaricie. Tranquilito, no hagas tanto escándalo, le dice el juez al perro viejo, mientras le acaricia la cabeza, le rasca la panza y siente con sus dedos la humedad de la nariz, es que el juez siempre tuvo predilección por coger narices de humanos y de animales. La sensación que le conferían palpar narices mojadas y frías era única, vital.

El juez sale del cuarto y se pregunta cómo es posible que alcancen tantas cosas en el espacio mediano que ocupa la vivienda de su madre. Vuelve a sentarse en el sillón más grande de la sala, recoge del suelo una tela que protege el tapizado del sillón. Los objetos le empiezan a dar vueltas en su cabeza, parece que cobran vida, las máscaras y los peluches bailan alguna vieja cumbia, las casas intercambian lugares y mutan de un lado a otro. El juez recuerda que a su hijo, cuando era niño, le encantaba una de las casas de cerámica en particular. Yo quiero esa casita, demandaba su hijo, apuntando con su dedo índice una de dos pisos con balcones, que está colocada en la pared lateral izquierda del pasillo que conecta el comedor a la sala. Ven a vivir conmigo y todo lo que ves es tuyo, no solo la casa, le respondía la madre del juez, mientras bailaba con su nieto. Sssssss, le repetía varias veces, mientras su nieto reía y bailaba en sus brazos. Enseguida el juez

se imagina a él mismo, bailando con su bella madre, un fin de año lejano, ella zapateaba, bebía sorbos grandes de ron con Coca-Cola y lloraba desconsoladamente la ausencia de su padre y su soledad, sobre todo, su soledad, porque esa fue la constante de su madre, llorar lágrimas de sangre, como ella misma decía, por el abandono del que fue objeto por parte de su padre. ¿Algún día dejó de llorar mi madre? creo que no, inquiera y se responde el juez para sus adentros. Pero en ese momento, tanta lágrima, había diezmado la salud inquebrantable de su madre, su juventud que parecía imperecedera y prácticamente no se acordaba de nada. En sus ojos grandes, de color pardo, en su nariz diminuta, en sus dientes uniformes, en su boca tatuada con pincel, hasta en su lozana piel, se habían instalado grietas de mar lejano. El juez tomó con delicadeza la cara de su madre, quería ver si aún existía algún rastro del semblante de María Félix en la época de oro del cine mexicano, que su madre había mantenido por tantos años y, en efecto, advierte que algunas señales permanecen aún firmes, aunque ya no tenía expresión alguna en sus ojos. El juez se acurruca en el regazo de su madre. Tu padre, dónde está, pregunta la madre. Mi padre nunca estuvo con nosotros, madre, trata el juez de consolarla.

El juez cree que ya es hora de cortarle las uñas a su madre. Recoge agua en una tina, busca un cortaúñas, saca las medias a su madre; sus uñas, amarillas y gruesas, parecen garras. Una a una las va podando, cortar la uña del dedo gordo le dificulta sobremanera, hasta que vuela el pedazo de uña y se incrusta en una esquina de la pared del comedor.

El juez, mientras seca y besa los pies de su madre, recuerda la única ocasión en que bebieron juntos. Su madre cambiaba su voz cuando bebía, se le volvía gangosa como a muchos, pero

también desaparecía la dulzura, cobraba voz de anciana, como la que tiene en el presente. Empezaron a beber alrededor de las seis de la tarde, el juez había rendido su último examen de grado y, en lugar de irse con sus compañeros, viajó toda la noche a ver a su madre, con la consigna de festejar con ella. Bebieron casi una botella cada uno. A medianoche, luego de tanta insistencia de la madre, recorrieron todo el pueblo en busca de tabacos. Un Lark, dame un Lark o me voy a morir, suplicaba la madre. Fue imposible conseguirlo, inclusive el juez golpeó la puerta de un par de vecinos, pero nada. Su madre fumaba dos paquetes de cigarrillos diarios, por eso era usual encontrarlos en cualquier parte de su vivienda, pero esa ocasión no contaron con un solo cigarrillo. Los dos vomitaron tanto que la garganta se les secó. Sobre el filo de la medianoche, se abrazaron y se quedaron dormidos en los sillones de la sala.

El juez detiene su mirada en la pequeña calle de tierra, siente unas ganas imperiosas por irse de ahí. Las paredes de la casa que tanto le abrigaron de niño, ahora le sofocan, le aprietan en sus sienes, en su mandíbula, en sus huesos que empiezan a tornarse rígidos. Su cuerpo también se inmoviliza, no puede girar su cuello. El ratón blanco husmea en sus zapatos. Quítate de aquí, le grita el juez al ratón que sale de la sala cual lanzadera.

Todo da vueltas en su cabeza y de pronto se ve de niño, jugando a John Wayne, cuando se había deslizado con una soga mal adherida a un barrote de madera apolillado que era lo único que le detenía del corredor al patio y lo que es más, en lugar de caballo, lo que había abajo era una piedra de lavar, como para no quedar ni para el cuento. Entonces, emitió un quejido, un pequeño lamento, y su madre alcanzó con las justas a salvarle, antes de que los barrotes se rompieran. Los ojos de la madre ahora brillan a través de

la luminosidad que irradian los candelabros. La madre enciende tres velas y lanza una carcajada que estremece al juez.

La madre no cesa de reír, es más, lanza carcajadas idiotas como sacada de un manicomio. El juez hace pucheros para no llorar.

El juez trata de calmar a su madre, acariciando su rostro, rascándole la cabeza, masajeando su cuero cabelludo. La madre se sosiega, parece una gatita que mece su cabeza y ronronea por la sensación tan agradable que siente. Todo su cabello está blanco. El juez ve detenidamente los pedazos, las uñas desperdigadas en el suelo, alguna vez leyó que cuando nos cortamos las uñas se palpa el paso del tiempo, en todo caso, en ese santiamén, el juez supo no solo que se le acababa una etapa, sino su vida misma. El juez lima las uñas de los pies de la madre, las sopla, hasta que quedan uniformes, limpias y pequeñas. Por fin, rasga con sus propias uñas las cutículas de las uñas de la madre y les pone saliva en sus bordes. Tienes unos hermosos pies, le dice con ternura, mientras le coloca las medias.

El ratón blanco asoma su hocico por la hendidura de la puerta. En el cuarto de la madre, el perro viejo termina su sinfonía y se dispone a dormir.

El juez se incorpora, besa la frente de su madre y le pide la bendición. Luego, la lleva a su cuarto, le quita la ropa y le pone pijama. La acuesta en la cama. La madre cierra sus ojos, entonces el juez coge una almohada con la que ahoga a la madre hasta matarla. Ella apenas mueve su pierna izquierda, más como un movimiento reflejo, antes que por defenderse. El juez quita la almohada de la cara de la madre, está toda amoratada. Te amo, vieja, le dice y le da otro beso en la mejilla.

Afuera, llueve copiosamente, unos granizos del porte de una pelota de *ping-pong* caen en la frente del juez.

XXIV

El golpe fue en plena cabeza,/en pleno ojo,/en plena sien,/un milímetro más y no estaba para contarle;/el estallido fue en pleno corazón,/en pleno abdomen,/ en plenos cojones,/ un centímetro más y no quedaba ni para el cuento;/las quemaduras fueron en plena cara,/ en plenas manos, en plenos pies,/un metro más y me inflamaba por completo; solo caminaba por vías sinuosas,/volaba por el deshuesadero de la vida,/ corría por el carretero del barranco/y mi piel quedó arrugada y cuarteada/ de un café oscuro, maloliente/y mi cuerpo quedó estampado,/de una sola pieza/o más bien, hecho trizas,/ como queda el Coyote/siempre que le tiende una trampa el Correcaminos,/ pero lo malo fue/ que nadie se atrevió a coserlos,/ por eso las señales que circunvalan mi rostro,/ las grietas que alimentan mis adentros,/las cicatrices que las miro día a día/ mientras me peino/en el espejo oblicuo donde se miró Orson Welles en La dama de Shanghái,/ me advierten,/ me reiteran,/me escupen/ mis pecados,/ mi inmundicia,/el daño causado,/ mis yerros;/ a boca llena,/ a boca abierta,/ a boca de jarro,/ porque me han sacado ya/ mi dentadura postiza/y ahora me mantienen con sondas,/ adheridas a mi nariz hecho garfio,/ que me las quito,/ con real desespero,/para aferrarme a la muerte,/ sin embargo, me amarran pies y manos/ y me las vuelven a poner,/ya he vivido suficiente,/¿no les parece?

XXV

Al menos unos cuarenta años menor que el extranjero, la mujer de estatura baja, tez trigueña, cabello corto ondulado, rasgos finos y anchas caderas, volvió a ver dos semanas después a los sujetos que se llevaron al hombre inconsciente de la terraza del edificio en el que vivía, pero esta vez de manera mucho más nítida y vivencial. Estaba tomando una ducha, cuando oyó que el extranjero se iba a la escuela de su hijo, por un instante, se le vino a la cabeza decirle que la esperara, que ella lo acompañaría, pero se quedó callada, pensando en que lo mejor era que él se fuera solo a la escuela, lo más pronto posible. La mujer llevaba diez años de casada con el extranjero y durante su matrimonio habían procreado un hijo, muchos bienes y un sinnúmero de riñas que iban desde pequeñas divergencias, devenidas de la cotidianidad, hasta conflictos de una magnitud tal, que bien podían traducirse en golpes y vejámenes difíciles de perdonar. La mayoría de las peleas tenían su origen en los celos permanentes del extranjero, porque él sabía perfectamente que la mujer y el hombre, inclusive antes de que contrajeran nupcias, mantenían una relación, que no la habían interrumpido un solo instante y, a pesar de aquello, el extranjero se aferraba a la mujer, estaba obsesionado con ella, no sabía cuál sentimiento enfermo era el que tenía, pero lo único que le rogaba a Dios, a esas alturas de su vida, era morir en los brazos de la mujer.

El extranjero usaba lentes, su cabello era abundante y lleno de canas y tenía un lunar de carne inmenso que, con la luz cobraba vida, cambiaba de color permanente, tipo camaleón, estaba esparcido a manera de tatuaje informe, en todo su cuello, abarcando inclusive parte de su pómulo izquierdo. Aquel día, recibió una llamada telefónica del colegio de su hijo. La enfermera le comunicó que debía recoger de urgencia a su hijo, pues había sufrido otro de sus ataques de asma. El extranjero, que aún estaba vestido con bata de dormir, pijama y chancletas, se puso un calentador encima y sin siquiera lavarse los dientes o acicalarse, abrió la puerta de su departamento, tomó el elevador y se dirigió lo más aprisa que pudo hacia el parqueadero. En ese tiempo se había despedido de la mujer que estaba duchándose. Acaban de llamar del colegio de mi hijo, lo voy a recoger, ha sufrido otro de sus ataques, alcanzó a gritar, sosteniendo la puerta del baño. Una vez en el parqueadero, corrió hacia su Suzuki 4x4, flamante, lo encendió, sin retirar su mirada del retrovisor, puso la palanca de cambios en retro, giró y tras circunvalar sorteando algunos carros, salió del parqueadero, apretando a fondo el acelerador. Por el apuro, apenas había dejado la puerta de entrada de su departamento a medio cerrar y el portón de la puerta del parqueadero, al no cerrarse con el primer contacto que mantuvo con el control remoto, también quedó abierto de par en par. El vehículo se fue perdiendo en la masa informe de carros que lo absorbió por completo. Empezó a garuar.

Bata de baño y toallas colocadas en su cabello y en parte de su cuerpo, la mujer se aprestaba a vestir, cuando divisó por el espejo de su peinadora que por el pasillo se cruzaba el sujeto enano, ojos grandes y vivaces, cuerpo musculoso, a pesar de sus libras de más, vestía *jean* y camiseta blanca con estrellas doradas,

zapatos tenis y mascarilla médica, lo que impedía apreciar con claridad los demás rasgos de su cara, salvo su cabeza de bola de boliche que, a falta de cabello, brillaba sobremanera. Debe ser algún empleado del edificio, pensó en un primer momento la mujer, pues su aspecto le pareció familiar. Sin embargo, en contadísimos segundos, ya estaba maniatada por el sujeto enano que, valiéndose de las sábanas que cubrían la cama de tres plazas de la misma recámara y de una soga, la dominó por completo. La mujer no alcanzó siquiera a gritar o a defenderse, todo fue demasiado rápido. La dejó imposibilitada de ejercer cualquier maniobra, quedó en la más completa indefensión.

Recostada sobre el piso de su aposento, la mujer no tardó en identificar al sujeto enano como uno de los que se habían llevado al hombre. Entonces creyó que correría su misma suerte y que también se la llevarían de su casa, pero tampoco pasó mucho tiempo para darse cuenta de que ese no era el objetivo del sujeto enano, al menos inicialmente. La cara de la mujer se amarató, mientras el enano sacó del bolsillo derecho de su pantalón un teléfono celular y realizó una llamada. Nadie contestó. Maldita sea, dijo y marcó una vez más.

Al segundo intento contestó el sujeto niño. Suban, todo está como lo planeamos, fueron las palabras del sujeto enano, que cerró su teléfono, se lo volvió a guardar y alzó del piso el cuerpo de la mujer, colocándolo sobre un lado de la cama. La clave, vieja hijueputa, dame la clave de tu caja fuerte o te mato, amenazó el sujeto enano, apuntando a la cabeza de la mujer con un desarmador. La mujer, mirando fijamente a los ojos del sujeto enano, respondió que no sabía la clave, que el único que sabía era el extranjero, que más bien le diga dónde está el hombre, que está segura que él lo secuestró. La clave, vieja hijueputa, exigió una y

otra vez el sujeto enano, sin responderle nada acerca del hombre y propinándole con el desarmador sendos golpes en su cabeza, pero ella se mantenía firme en la misma respuesta y en el mismo requerimiento. Al poco rato, por el golpeteo incesante del desarmador en su cabeza, la mujer empezó a sangrar y sintió vómito y ahogo. Agua, por favor, un vaso con agua, rogó la mujer. Dame la clave y te doy un chorrizo si quieres, respondió riendo el sujeto enano. Juro que no sé, deme agua por favor, ya no aguanto más, insistió.

Mientras tanto, desde las gradas de emergencia del edificio, subían el sujeto niño y el sujeto rojizo. El sujeto niño parecía atemporal o, al menos, inclusive viéndole cara a cara, era complicado determinar con exactitud su edad, eso sí, tenía el cabello rizado negro, nariz en forma de caracol y, además, usaba unos lentes que parecían tridimensionales, porque sus ojos lucían inmensos y desorbitados, a punto de desprendérsele de su faz. El sujeto rojizo, en cambio, era de anchas espaldas, pecho enorme y cabello lacio, de color rojo encendido, no se distinguía con facilidad su cara, porque también llevaba puesto en su boca una mascarilla de médico. Los dos debían medir alrededor de un metro ochenta, sus pies eran desproporcionadamente pequeños en relación con su estatura, no debían calzar ni cuarenta.

Desde el cuarto de la mujer, el sujeto enano volvió a comunicarse con ellos, estaba impaciente, no sabía por qué se demoraban tanto en entrar. Fue el sujeto niño quien otra vez recibió la llamada y el sujeto enano, luego de tranquilizarse cuando supo que ya estaban afuera del departamento, indicó los pasos que debían dar para abordarlo. El sujeto niño y el sujeto rojizo entraron en ese mismo momento y, sin perder el tiempo, accedieron al cuarto principal. Mamacita, danos la clave, le espetó el sujeto niño al ver

a la mujer, rozándole con sus dedos su seno izquierdo que era la parte de su cuerpo que más sobresalía de la sábana. Trae una toalla, no ves que está sangrando, ordenó al sujeto enano. Si fueras un poquito más joven, aquí mismo te las cobro, mamacita, continuó el sujeto niño, frotándose su miembro por debajo del pantalón café de pana, lo que le provocó un ligero espasmo. No sé, juro que no sé, el único que sabe es el extranjero, seguía en su mentira la mujer y también insistía en que le dieran agua.

En ese instante, la mujer reconoció también a los otros dos sujetos. Se trataba de los tres sujetos que les habían interceptado aquella noche; a esas alturas, estaba totalmente segura. Desde esa ocasión, ella no había tenido un solo segundo de tranquilidad, había perdido el sueño y el apetito, su alimentación se redujo a varias tazas de café y cajetillas de cigarrillos. Es que era obvio que algo malo le había pasado al hombre, lo más probable —se rompía la cabeza elucubrando— era que le hubiesen asesinado y ella sin poder denunciar o pedir ayuda a nadie, pues sabía de antemano que las repercusiones irían no solo en su contra sino también en la de su hijo; mucha gente enemiga rastreaba desde hace rato al hombre. Las mañanas compraba el periódico y con temor empezaba a leer las crónicas rojas y la sección judicial. Sin embargo, cuando reconoció a los tres sujetos, cambió súbitamente de parecer, tuvo una corazonada, un ligero palpito, una mínima esperanza de que el hombre pudiese estar vivo y hasta, de pronto, volverlo a ver. Dónde tienen al hombre, respondan, desgraciados, gritó. En un sitio donde nunca le volverás a ver, vieja hijueputa, respondió el sujeto niño. Le tenemos enterrado en vida. Cállate imbécil, dijo casi simultáneamente el sujeto rojizo, poniendo su dedo índice en su boca y luego haciendo el ademán de abofetearle.

El sujeto enano le dejó el encargo de la vigilancia y el sometimiento de la mujer al sujeto rojizo y fue en búsqueda de agua. La mujer no tardó en divisar de reojo que se aproximaba el sujeto enano con un recipiente lleno de agua, que lo aventó a su cara, lo que le generó una sensación de mayor ahogo y desesperación. No seas bruto, no ves que la necesitamos viva, reclamó el sujeto rojizo. No seas bruto vos, no ves que con un vaso de agua no se va a ahogar, respondió y rio estruendosamente el sujeto enano. El agua se fusionó con la sangre, dando un fresco que se iba diluyendo hasta desaparecer como lo efímero de una instalación posmoderna y, desde la cabeza de la mujer, cayeron gotas tomates, lentamente, hasta posarse en el piso.

El sujeto enano salió del cuarto, no tardó en encontrar otros dos destornilladores y un martillo en la cocina y se dirigió al estudio. En el seguimiento que hicieron del departamento durante varias semanas, los sujetos determinaron que la caja fuerte estaba en el estudio. Antes de proceder al forcejeo de la caja fuerte, el sujeto enano rompió con el martillo unas vitrinas llenas de relojes Bulova, Cartier, Rolex y Tissot, modernos y antiguos que, una vez a su merced, también despedazó a martillazos, uno por uno, eso no era su objetivo final. Entonces sí apuntó a la perilla de la caja fuerte que, de a poco, empezó a trisarse. Viendo la hora en su reloj, el sujeto rojizo dejó a la mujer en manos del sujeto niño, salió del departamento y se ubicó en las gradas de emergencia del piso, con su teléfono celular listo para llamar en el momento que viera algo inusual o la aproximación de alguna persona. Se camufló justo en la segunda grada, desde donde tenía una visión panorámica del pasillo y podía ver inclusive todo el entorno del acceso al elevador.

El edificio, a pesar de que albergaba veinticuatro departamentos, tres por piso, debía tener fuertes y anchas paredes de

concreto, pues el ruido causado por el sujeto enano no era mayormente escuchado en los demás habitáculos. Además, a esas horas de la mañana, en el tercer piso, que era en el cual se encontraba la vivienda de la mujer, apenas la empleada del departamento 3-B estaba ahí y fue, precisamente, la empleada, menor de edad, piel cobriza, cabello negro largo, nariz aguileña, mentones llenos de paspa, de contextura esquelética, quien no tardó en salir del departamento donde prestaba sus servicios y se encaminó con dos paquetes que le habían encargado hacia la puerta del departamento de la mujer. Timbró dos veces casi seguidas, sin escuchar respuesta alguna. Sin embargo, cuando se daba la vuelta para regresar a su departamento, recibió un manotazo por parte del sujeto rojizo, lo que provocó que trastabillara y, antes de caer al suelo, con una habilidad impresionante, el sujeto rojizo la sujetó del cuello con un cordón delgado. Los paquetes rodaron por las gradas y, finalmente, pies y manos de la empleada fueron maniatados también con cordones. Si gritas, te mato, amenazó el sujeto rojizo a la empleada; entraron a la vivienda y la condujo al mismo cuarto donde estaba amarrada la mujer que, a esas alturas del día, ya presentaba serias heridas en el cuero cabelludo y en la frente, por donde manaba abundante sangre.

El sujeto niño no se daba por vencido y seguía golpeando salvajemente a la mujer, con la única intención de que desembuchara la clave, pero ella seguía firme, negando su conocimiento. Esta vieja parece que se tragó la clave y no la quiere vomitar, pero vamos a ver cuánto tiempo más aguanta. Y a quién tenemos aquí, soltó el sujeto niño, regresando a ver a la empleada. Soy la empleada del 3-B, suéltlenme por favor, sostuvo la empleada llorando a mares y con un tono que develaba claramente pánico y

angustia. De aquí no te mueve ni el papa, mi bonita, dijo el sujeto niño, aproximando a la empleada al sitio de la cama en el que había colocado a la mujer. Eso, así, quietita, mi bonita, te ves mejor, agregó el sujeto niño. Los cuerpos de las dos mujeres quedaron de espaldas. Vos mejor vigila desde el parqueadero, ordenó el sujeto niño al sujeto rojizo.

Después de transcurrida alrededor de una hora, el sujeto niño recibió un mensaje de texto en su celular y enseguida exigió a la empleada y a la mujer que se quedasen calladas, que no respiraran siquiera, advirtiéndoles que un movimiento en falso y las matarían. Las mujeres sollozaban pero procuraron estar lo más quietas que pudieron. Hay que hacerles caso, no tenemos otra alternativa, pronunció la mujer. Silencio, gritó el sujeto niño y le soltó una sonora cachetada a la mujer, lo que le provocó otro hilillo de sangre, esta vez en una ternilla de su nariz. El sujeto rojizo le había informado que el extranjero y su hijo habían llegado y se aprestaban a entrar al departamento.

El plan que el sujeto niño ideó, inmediatamente después de recibir el mensaje, consistió en sorprender al extranjero y para lograr su cometido llamó al sujeto enano. Las indicaciones fueron simples, pero no resultaron tan efectivas como él planeó, pues dispuso que el sujeto enano le recibiera con un golpe al extranjero en sus partes íntimas, solo con el fin de amedrentarlo de entrada. Pero el palazo que al final recibió el extranjero provocó no solo que se desplomara, sino que no volviera a levantarse.

Le mataste, imbécil, fueron las palabras del sujeto niño cuando oyó el golparrón en la nuca. En el momento en que el extranjero entró a su departamento con su hijo, antes de recibir el golpe, dijo algo inaudible. El hijo empezó a gritar y a correr

desesperado de un lado a otro de la sala. Papá, retumbó el grito desesperado del hijo. El sujeto niño tomó de la cabeza al extranjero que no tenía signos de vida. Ayúdame a retirar el cuerpo, increpó al sujeto enano y a rastras lo llevaron a la cocina.

Desgraciados, qué le están haciendo a mi hijo, se oyó a la mujer. El sujeto niño llamó al sujeto rojizo y le contó lo sucedido. Este imbécil la embarró, acaba de matar al extranjero, sube de inmediato. El sujeto rojizo subió por las gradas lo más raudo que pudo. Ahora estaban a merced de la mujer. Hay que obligarle a que nos dé la clave, si no, la matamos, no tenemos otra alternativa. El sujeto niño, empuñando el desarmador en su mano, se encaminó al cuarto, pero antes de que entrara, el hijo que había oído todo lo detuvo y les dio la clave, rogándoles que no les hicieran más daño.

Los ojos del sujeto niño y del sujeto rojizo se encandilaron de una manera tal que hubiesen podido ver sin dificultad alguna inclusive en la más tupida oscuridad. Corrieron al estudio y, sin pensar dos veces, el sujeto niño agarró en sus manos la maltrecha caja fuerte, giró la perilla conforme los números de la clave, izquierda, derecha, derecha, hasta que por fin, sonó clac y se abrió.

Una bola de fuego, a manera de sol brillante, quemaba en los adentros de la caja fuerte. Eso era lo que habían ansiado tanto y ahora tenían en su poder. El sujeto enano se les unió a la fiesta. La masa informe cobraba vida y ellos, alucinando y llenos de placer y jolgorio, se sintieron plenos, absolutos, eternos, con una efervescencia incontenible. Gritaban palabras extrañas, entrecortadas. Al fin enmudecieron por completo, se hincaron y se quedaron tan alelados y perplejos como seguramente estuvieron los españoles cuando encontraron las civilizaciones americanas.

Mientras se pasaban de mano en mano aquella masa, salieron en estampida del departamento sin rumbo fijo.

XXVI

El gato negro coloca al juez en el banquillo de los acusados dos días enteros, con sus respectivas noches y mañanas. Lo exprime, lo succiona, lo interpela, quiere sacar al juez todas las vivencias que tuvo como juzgador, aprovechando cada resquicio de luz y de sombra que entra desde el ventanuco. Se apropia del papel de inquisidor, se disfraza de pesquisa, emula los ademanes de un agente secreto, quiere rigurosidad en el acto, seriedad, realismo, por eso, reprime al shamán-gitano cada vez que este emite sonidos burlescos. Del hombre no se preocupa, pues la falta de pastilla para su tiroides está calando hondo en él, casi no se levanta del camastro; tiembla, está acalambrado y débil; se ha hinchado considerablemente, sobre todo sus pómulos y sus ojos están como pelotas; las gotas de sudor que emana son de una textura extremadamente gruesa y consistente, se podría decir que casi indisolubles; además, llora de forma inconsolable y al instante se enfada y putea a los demás, su aliento huele a carne descompuesta. Su sistema nervioso, en suma, está destrozado. No podrá aguantar más tiempo así, el hombre sabe que, en unos días más sin su pastilla, morirá. A esas alturas de su encierro, ya ni siquiera espera un milagro, acepta su destino.

El gato negro no se detiene en su audiencia pública de juzgamiento, no da tregua al juez, lo tortura, le saca sus verdades, le hace que vomite los entretelones de sus sentencias, si tuvo presión, si lo coimaron, si lo amenazaron, si sintió lástima antes

de juzgar. Confiesa... ahora yo soy tu juez... ¿Cuál quieres que sea tu pena? Se sumerge en el interior del juez, en procura de entender la sensación que provoca sentenciar, condenar o absolver y, con estos insumos, reseñarlo en lo poco que queda libre en el madero. Pretende, además, conceder un último pedido a su navaja y así no sentir el más mínimo cosquilleo, el más mínimo cargo de conciencia, en el momento de declararla culpable o inocente, en el momento de introducirla piel adentro o botarla por la ventana lo más lejos posible. No me va a temblar la mano cualquiera que sea el veredicto, vocifera el gato negro, contemplando fijamente todos los lados maltrechos de su navaja. El shamán-gitano y el hombre más bien se quedan callados, observan atentos el interrogatorio, haciendo las veces de público. La luz que entra desde la ventana, en cambio, hace las veces de reflector que alumbra intensamente la faz del juez, dando un panorama de verosimilitud a todo el procedimiento que ha adecuado el gato negro dentro de la celda.

En las mañanas, el sol a media asta produce un clima templado, agradable. Por las noches, la luna llena no les deja de acompañar, dejando de lado lo sombrío, lo que aprovecha el gato negro para situar al juez al lado del váter, que es el sitio donde cae perpendicular el espectro de luz. Un olor a humo de tabaco engatusa por instantes el ambiente y lo cobija, propiciando, por primera vez desde que están encarcelados, un tono familiar y amable.

Desde las afueras, se trasoye una música clásica en volumen bajo, que podría ser de Mozart, precisa para dormir o entretener a los recién nacidos, contribuyendo también para generar una sensación de quietud y sosiego únicos. Los cuatro prisioneros, incluyendo el juez que no ha dormido dos días seguidos y se ha visto obligado a desentrañar de su memoria

ciertos aspectos de su vida que creía olvidados, y el hombre, a pesar de que su descompensación es integral, sienten paz interna, más aún, están levitando, sí, vuelan en la celda como si estuviesen anestesiados con morfina o en el espacio, sin gravedad. El vuelo es pausado, casi rítmico y perfecto, lo que da una fotografía similar al de los astronautas en su nave en 2001, *Odi-sea en el espacio*. Los cuatro prisioneros quieren que el traje de astronautas quede adherido a su piel, que no se desprenda jamás, que el vuelo sea eterno.

Me dan miedo las caras y los gestos de los acusados:/ sus llantos y sus muecas,/ sus iras y su impotencia,/ sus risillas irónicas o de idiotas,/ devenidas de los puros nervios/ o del puro quemeimportismo./ Unos cabizbajos y meditaundos,/ otros impertérritos y ausentes,/ unos, temerarios, no tienen nada que perder,/ otros, arrepentidos, no quieren perder lo que les resta/ de seudovida, de rifamuerte./ Ella no ve de frente,/ guarda algo,/ desconfía;/ él no te quita la mirada,/ ve directo a los ojos;/ otra saca la lengua,/ pretendiendo seducir o lastimar o perturbar;/ pero todos son culpables e inocentes,/ sospechosos y ángeles,/ al mismo tiempo,/ en el mismo espacio,/ del mismo ilícito./ Gordos y flacas,/ adultas y jóvenes,/ pobres y ricos,/ guapas y feos,/ ojos negros y gatos,/ cabellos ensortijados o lacios,/ rubios o negros;/ el cometimiento del crimen/ no distingue clase social, raza, género o religión alguna./ ¿Cómo...?/ ¿Qué quieres decir...?/ ¿Que yo mismo podría cometer...?/ Eso mismo,/ tú misma, tú mismo, yo mismo,/ podríamos caer/ en el más vil de los delitos,/ en los más atroces asesinatos,/ en las más cruentas violaciones,/ en el más inusitado desfalco./ ¿O te crees Dios, perfecto, impoluto...?;/ porque el delito/ asienta sus posaderas,/ subyace,/ se fecunda y crece,/ comienza y termina,/ en el fondo mismo de la condición humana./ Pero, ¿por qué me

toca pagar a mí/ si otros están tan campantes,/ caminando libremente por las calles,/ creyéndose libres,/ asumiéndose soberanos,/ mofándose,/ por los injustos cometidos,/ burlándose del aparato represivo,/ que por cierto, es una farsa?/ Yo sé,/ en eso estamos de acuerdo,/ pero a todos nos toca,/ tarde o temprano,/ en algún momento,/ explotar, desintegrarse,/ no fatídica/ ni apocalípticamente,/ sino porque la vida es una rueda,/ unas veces estamos encima,/ otras debajo,/ muchas veces sosteniéndonos,/ con las justas,/ para no caer/ al abismo/ o a la tentación.

Pido perdón, señor juez,/ pido clemencia,/ misericordia,/ por mis hijos,/ aquí están, mírelos,/ no tienen con quién quedarse,/ están a la deriva;/ revisen los papeles,/ soy inocente,/ yo no estuve el día de los hechos,/ ni siquiera conozco a los ofendidos,/ me acojo al derecho del silencio,/ shhhhh, no hables,/ no digas nada,/ si no sé nada, ¿qué puedo decir?/ No he cometido ningún delito,/ si la vieja habla yo también,/ tomen en cuenta lo que dice mi abogado,/ mi destino está en sus manos,/ no quiero ir preso./ Noooooooooo.

Confieso, soy culpable,/ tengo que purgar, pagar, devengar,/ por el crimen cometido,/ sanciónenme, mátenme si quieren,/ condenenme a la horca,/ a la hoguera, a la silla eléctrica,/ pero liberen a mi hermana,/ ella no cometió ningún delito,/ ella es inocente./ Ha estado presa un año,/ por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa,/ libérenla,/ por amor de Dios.

Olor fuerte/ a ácido,/ a químicos,/ podré rastrearlo como perro drogado,/ hasta el fin del mundo./ Jamás lo olvidaré./ Luego de ser arrestado,/ se quedó impregnado en mi ropa por un mes,/ por dos meses,/ por toda la vida./ Jamás lo olvidaré./ A pesar de lavarme, dos, tres veces al día,/ a pesar de rasparme con un tillo/ y sangrar,/ no se ha ido./ Ahorita mismo,/ huélanlo si quieren,/ percíbanlo si no me creen,/ aspírenlo de una vez por todas./ Aquí

sigue,/ debajo de mi sobaco sigue,/ huélanlo,/ metido en mi rabadilla continúa,/ percíbanlo,/ incrustado en las ranuras de mi piel,/ aspírenlo,/ pero libérenme del olor del pecado,/ del olfato de la angustia,/ del rastreo inclemente de la condena,/ aunque jamás me podré desprender de él.

Solo pido que no quede el delito en la impunidad,/ me golpearon,/ me violaron,/ me asesinaron,/ me vejaron,/ me ultrajaron,/ me dejaron en la vía pública./ Justicia,/ pido que se haga justicia.

Y yo, ¿quién soy?/¿Qué poder divino tengo?/ ¿Encomendado de Dios soy?/ ¿Enviado del diablo soy?/ ¿Justicia ciega?/ ¿Cómo voy a sancionar?/ ¿A declarar culpabilidad o confirmar el estado de inocencia?/ ¿Cómo voy a sentenciar?/ ¿Cómo mierda voy a confinar a personas a la cárcel?/ ¿A diez, a veinte o a treinta años de privación de la libertad?/ Si yo mismo, no sé qué pena merezco...

El gato negro se decide a última hora y absuelve a la navaja, deja insubsistente el cargo por el que la acusa: insuflarle de vida. La incrusta en su vientre, quiere que se anide piel adentro, quiere terminar juntos, uno solo: gato negro-navaja, navaja-gato negro. Empieza a sangrar cerca de su ombligo, varios hilos de sangre caen al suelo, pero la navaja se queda en su epidermis, porque se le han acabado las fuerzas, su cabeza está rota. La navaja agoniza, ha dado todo de ella, ya no tiene el coraje necesario para penetrar en nada, para esculpir ninguna otra madera, ningún otro piso, para graficar un solo signo más, solo quiere descansar en paz. El gato negro lo entiende y no tiene más remedio que sacarla de su vientre, luego dobla lo que queda de su punta, la besa, se persigna, hace un acto de constricción y, finalmente, la bota al despeñadero, al lugar más lejano al que pueda conducir la ventana de la celda.

La navaja vuela en cámara lenta, imponente, nada la detiene.

POSIBLE FINAL...

“Un elefante se balanceaba...”. Los tres sujetos, apoyándose en un pasamanos, ascienden pausadamente por unas escaleras de madera vieja, imposibles de contar. Llegan a un cuadrante que semeja una terraza rodeada de cielo, ladrillos, techos y claraboyas. Empiezan a brincar zafios, cansinos, tirándose uno a otro la bola de fuego y mientras el espejo vuelve a la celda, el hombre, aunque arrastrándose por el suelo, porque siente que desfallece, está rompiéndose la cabeza, de tanto cavilar. Quiere ser un sospechoso usual renego, por eso pesquisa la maniobra perfecta que se debería atribuir al diablo: convencer al mundo de que no existimos, mantener lo que realmente somos detrás de una máscara, sacar el cuchillo que encubrimos en nuestras mangas, rebanar en mil trozos al cura fétido que también se esconde detrás de unos ovillos de madera entumecida y luego desaparecer en un soplido. Ya no se trata de la simple, estúpida y tormentosa transitoriedad, de lo reemplazable que es el ser humano; sino de la mofa, de la posibilidad de burlarse de uno mismo, de lo contrario la pena y la amargura se instalan indefinidamente como un loco, sobre el parche del tambor de hojalata.

“Dos elefantes se balanceaban sobre la tela...”. El juez se redime, absuelve a todo el mundo, más bien ratifica el estado de inocencia de la humanidad entera y empieza a trotar en la celda como si estuviera libre, espontáneo, sin tapujos, como que de

pronto se conociera, ¿reconociera?, hasta que cae desplomado, inerte, sin vida. De un *flashback* silente y sombrío, emerge en una secuencia llena de un rojo intenso. Plano y contraplano, lo imaginario se vuelve certidumbre y lo real incertidumbre como pretende Godard. En un primer plano sobresalen unos ojos iluminados, enceguecidos, abarrotados de lágrimas; en un segundo, una cabeza movediza se retuerce hacia todos los lados; en el más lejano, una boca brillante canta e impulsa finamente las comisuras de los labios hacia arriba, denotando una dulzura incommensurable, única.

“Tres elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña...”. Los sujetos se columpian de forma canibalesca, suscitando chasquidos que nunca se han oído, se propagan en feroces instrumentos, repiquetean hasta que el sonido se congela en un solo tono desarticulado. Acto seguido, en el teatro se impone una hechicera del medievo, que acapara sus miradas. Los sujetos se asombran ante la expresión hiriente y helada de la hechicera, ante su cara cruel que le da un aire demoníaco, pero a la vez hermoso, imperturbable. Los sujetos no aplauden, se paralizan y estremecen. La hechicera empieza irrefrenablemente a preparar su embrujo, a cortar en pedacitos la piel de los sujetos, a lamer su sangre, a emitir un bramido de loba, escalofriante. Los sujetos están conscientes de que les llegó la hora de claudicar.

La luz débil, que se vislumbra desde el poniente por la ventana de la jaula, anuncia la hora de la partida. El hombre se incorpora del suelo y recoge su saco raído que descansa sobre la litera, se lo chanta, se anuda los cordones y despierta al gato negro. Shhhh, le calla la boca cuando este quiere decir algo y le señala con su dedo índice la buhardilla. Con el shamán-gitano hace lo propio, pero no responde, el esfuerzo por deshacerse de los

sujetos ha sido demasiado para él. ¿Para ella? Al unísono, el hombre y el gato negro empujan los barrotes hasta que logran desprenderlos de la ventana. Se deslizan, uno por uno por el hueco, sin dar tiempo a los cadáveres de los sujetos, para que del otro lado emerjan de las cenizas y empiecen a cantar: “... como veían que se caían fueron a llamar un camarada...”.

EPITAFIO

Se estira,/ palpita como hace una centuria./ Infinitamente tersa,/ infinitamente joven./ Otra vez es parte de mí,/ lo que más ansío,/ mi tesoro máspreciado,/ mi único ideal./ No sé si estoy cuerdo o loco,/ si vivo en la ficción o en la realidad./ Quizá la piel se estire para siempre o quizá no./ Pero, la piel siempre está ahí, para mí./ Cada día se alimenta/ y está para mí./ No es un espejismo,/ un chiste barato,/ camuflado de apetito sexual/ o de carnada./ No es una piel devastada,/ vieja y arrugada/ que agrieta y espanta./ Es mi vacío, mi juguete./ Refunfuña del tiempo,/ de lo que está hecha: de tejidos y células./ Poseedora de la madrugada,/ al amanecer solo se ven sábanas en el silencio./ Mi piel grita y se enternece./ Oigo su llamado,/ ya me fundo en ella./ No me olvido que es mi piel adentro,/ yo soy su sangre, su amor...

